

Marcos
Pláticas sencillas
Autor: S. Prod'hom

En el evangelio según Marcos, el Espíritu Santo presenta al Señor Jesús como Siervo y Profeta de Dios. De esta manera había sido anunciado en el Antiguo Testamento. Era una promesa cuyo cumplimiento se esperaba: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis... Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare” (Deuteronomio 18:15, 18).

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Introducción	6
Capítulo 1 - El Señor Jesucristo es presentado como siervo	10
La presentación del Evangelio	10
La predicación de Juan el Bautista	11
El bautismo y la tentación de Jesús	14
La predicación del evangelio del reino.....	18
El llamamiento de los primeros discípulos	20
Un endemoniado en la sinagoga.....	21
La suegra de Pedro.....	23
La curación de un leproso	26
Capítulo 2 - La miseria humana encuentra un alivio	28
La curación de un paralítico	28
El llamamiento de Leví.....	30
El Esposo presente.....	32
El día de reposo	33
Capítulo 3 - Conflicto con los fariseos	36
Una curación en día de reposo.....	36
El llamado de los doce	38
Jesús es juzgado por sus familiares y por los escribas.....	39
La verdadera familia de Jesús.....	40
Capítulo 4	42
La parábola del sembrador	42
Las dos parábolas del reino de Dios	44
Jesús duerme durante la tormenta	45
Capítulo 5 - La autoridad sobre los demonios, la enfermedad y la muerte.....	47
El endemoniado gadareno	47
La hija de Jairo	49
Capítulo 6 - Aumenta la oposición de las clases religiosas.....	52
Jesús en Nazaret.....	52
El envío de los doce discípulos.....	53
Herodes y Juan el bautista.....	54
El regreso de los apóstoles.....	55
La primera multiplicación de los panes.....	56
Una nueva travesía	58
Capítulo 7 - Cristo confronta las tradiciones de los hombres.....	60

Los judíos y la tradición	60
La mujer sirofenicia	63
La curación de un sordo.....	63
Capítulo 8 - Las aflicciones de cristo y las glorias que vendrían tras ellas	65
La segunda multiplicación de los panes	65
Jesús rehusó dar una señal a los fariseos.....	66
La levadura que se debe evitar	67
La curación del ciego de Betsaida	68
Jesús anuncia su muerte	69
Capítulo 9 - Jesús sigue instruyendo a sus discípulos	72
La transfiguración	72
La resurrección de los muertos	74
Un espíritu inmundo difícil de echar fuera.....	75
Diversas lecciones	78
Capítulo 10	83
En camino hacia Jerusalén	83
Un hombre amable	84
Los que han dejado todo atrás	86
El camino de la cruz	87
El deseo de los hijos de Zebedeo	88
El ciego Bartimeo.....	90
Capítulo 11.....	93
Jesús entra en Jerusalén como rey.....	93
La higuera sin fruto.....	94
De regreso a Jerusalén	96
La higuera seca.....	97
Respuesta de Jesús a los líderes del pueblo	98
Capítulo 12	100
La parábola de la vid.....	100
¿A quién se debe pagar el tributo?.....	102
Pregunta de los saduceos.....	103
El mayor mandamiento	104
La pregunta de Jesús concerniente a él	105
La ofrenda de la viuda	106
Capítulo 13	108

Advertencias de Jesús a sus discípulos	108
Primera parte	109
Segunda parte.....	110
Exhortaciones a la vigilancia	112
Capítulo 14	114
La cena en Betania.....	114
La pascua	116
Institución de la Cena.....	117
Getsemaní	119
La traición de Judas.....	121
Jesús ante el sumo sacerdote	122
Pedro niega al Señor	123
Capítulo 15	124
Jesús entregado a Pilato.....	124
En manos de los soldados	125
Expuesto a los insultos de todos	126
Las tres horas de oscuridad.....	127
La muerte de Jesús.....	129
Sepultura de Jesús	130
Capítulo 16	131
Alrededor de la tumba	131
Encuentro de Jesús con los suyos	132

Introducción

Cuando comenzamos nuestras pláticas sobre Mateo, notamos que cada uno de los cuatro evangelios posee su propio carácter. Es importante recordar esto para comprender el pensamiento de Dios en los diferentes escritos. Dios nos revela en ellos las diversas glorias de su Hijo en su manifestación sobre la tierra, mucho más ampliamente que si hubiéramos tenido un solo relato. Dichos escritos inspirados por el Espíritu Santo presentan a Cristo al mundo para que este crea en Él.

El relato confiado a Mateo nos presenta a Emanuel: “Dios con nosotros” (Mateo 1:23), el Ungido de Dios, el Cristo, el Rey prometido a Israel. Su nombre Jesús significa “Jehová Salvador”, pues él es quien venía para salvar a su pueblo de sus pecados. Al mismo tiempo, es presentado como Hijo de David e Hijo de Abraham, a quienes les fueron dadas las promesas, y de quienes según la carne, el Mesías debía descender. Además, en el evangelio según Mateo se mencionan por primera vez la Iglesia. Esta había de reemplazar a los judíos como testimonio de Dios sobre la tierra, pues ellos rechazaron las bendiciones que les traía el Mesías, así como su resurrección predicada por los apóstoles en el libro de los Hechos.

En el evangelio según Lucas, el Señor Jesucristo es presentado como el Hombre según el corazón de Dios; “nacido de mujer”, enviado “en semejanza de carne de pecado”, pero sin pecado. Su genealogía se remonta hacia Adán y hasta Dios. En Lucas tenemos un cuadro de la obra de la gracia divina cuya actividad continúa hasta el día de hoy en favor de un mundo perdido. Los dos primeros capítulos revelan la existencia de unos pocos judíos fieles, verdadero remanente piadoso de Israel, cuya fe en las promesas divinas le permitió ver su cumplimiento en la Persona de su Salvador.

En el evangelio de Juan no se menciona ninguna genealogía del Señor, ningún detalle de su nacimiento; pero leemos esta declaración divina: “Aquel Verbo fue hecho carne” (Juan 1:14). El Creador de todas las cosas aparece en la tierra como cuando despunta el sol en el horizonte. Es la Luz y la Vida de los hombres, es el Hijo unigénito del Padre.

Habiendo sido presentado de esta manera, es rechazado inmediatamente: “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron” (v. 10-11). Para conocerlo y recibirlo el hombre necesita una nueva naturaleza, la cual le es comunicada mediante el nuevo nacimiento, fruto de una intervención divina: “A todos los que le recibieron... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” (v. 12).

Finalmente, en el evangelio según Marcos, el Espíritu Santo presenta al Señor Jesús como **Siervo y Profeta** de Dios. De esta manera había sido anunciado en el Antiguo Testamento. Era una promesa cuyo cumplimiento se esperaba: “Profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis... Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare” (Deuteronomio 18:15, 18). Así lo esperaban los jefes religiosos de Israel, aunque sus convicciones eran meramente teológicas: “¿Eres tú el profeta?”, preguntaron los sacerdotes y levitas a Juan el Bautista (Juan 1:21). El apóstol Pedro lo presentó bajo este carácter cuando predicó a Jesús al pueblo: “El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos... y toda alma que no oiga a aquel profeta, será desarraigada del pueblo” (Hechos 3:22-23). Este dictamen iba a cumplirse sobre Israel pues acababa de rechazar a su Mesías, el Profeta que le había sido enviado.

En los primeros versículos del capítulo 42 de Isaías, Dios revela el carácter de humildad de su Siervo perfecto, como fue manifestado en su servicio. “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz... No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia” (v. 1-2, 4). El pueblo de Israel, a quien se le había confiado la administración de los consejos de Dios según el Antiguo Testamento, es a menudo llamado el siervo de Jehová. Sin embargo, por su infidelidad, al igual que el hombre cuando Dios pone algo bajo su responsabilidad, fue puesto de lado, y su administración y su privilegio le fueron quitados.

El Señor Jesús, como Siervo de Dios, fue “fiel al que le constituyó” (Hebreos 3:2). Respondió plenamente a la misión que le fue confiada, aún cuando sufrió el más cruel rechazo por parte de su pueblo y del mundo: “Mi siervo eres, oh Israel, porque en ti me gloriaré” (Isaías 49:3); notemos que el Señor es llamado aquí “Israel” (esto es: Vencedor o Príncipe de Dios).

“Pero yo dije: Por demás he trabajado, en vano y sin provecho he consumido mis fuerzas; pero mi causa está delante de Jehová, y mi recompensa con mi Dios. Ahora pues, dice Jehová, el que me formó desde el vientre para ser su siervo, para hacer volver a él a Jacob... Poco es para mí que tú seas mi siervo para levantar las tribus de Jacob... también te di por luz de las naciones” (Isaías 49:4-6). El precioso capítulo 53 del mismo profeta, junto a los últimos versículos del capítulo anterior, exaltan la perfección del Siervo de Dios, perfección que llegó hasta el sacrificio supremo en la cruz: “He aquí mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto” (cap. 52:13). “Verá el fruto de la aflicción de su alma, y quedará satisfecho; por su conocimiento justificará mi siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos” (cap. 53:11).

Estos y otros muchos textos preanunciaban claramente los caracteres del ministerio del Señor Jesús. En el evangelio de Marcos lo encontramos relatado de manera particular, haciendo énfasis en la manera fiel y diligente con que el Señor cumplió su servicio de amor para la gloria de Dios.

Notemos que este evangelio sigue la cronología de los hechos, presentándolos en el orden en el cual acontecieron. Sin embargo, al igual que en los demás evangelios, Marcos no relata todo lo que hizo el Señor, tampoco menciona todas sus enseñanzas. Entre los innumerables hechos cumplidos, toma aquellos que presentan a Cristo como Siervo perfecto, de modo que se pudo decir: “Bien lo ha hecho todo” (Marcos 7:37). Revela el pensamiento de Dios que nos es útil conocer y no lo que hubiera satisfecho nuestra curiosidad. El apóstol Juan precisa que su evangelio no contiene todo lo que hizo Jesús, sino lo que era necesario para lograr el propósito del Espíritu Santo. “Para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (cap. 20:31). Y agrega que si se hubieran relatado una por una las cosas que hizo Jesús, no cabrían en el mundo todos los libros que se habrían de escribir (cap. 21:25). Esto significa que lo infinito, que es Dios mismo, no puede caber en lo finito y limitado de la mente humana. “¿Es verdad que Dios morará sobre la tierra? He aquí que los cielos, los cielos de los cielos, no te pueden contener” (1 Reyes 8:27).

Ahora bien, ¿quién era Marcos? No era uno de los doce discípulos que siguieron al Señor en los años del divino ministerio. Es mencionado por primera vez bajo el nombre de Juan en los Hechos de los Apóstoles (cap. 12:12, 25; 15:37). Vivía en Jerusalén con su madre María en cuya casa se reunían los creyentes para orar; allí, en cierta ocasión, oraron de manera particular por Pedro. Faltan pruebas para afirmar que era el hijo carnal de Pedro (1 Pedro 5:13). Marcos salió de Jerusalén acompañando a su tío Bernabé y a Saulo (Pablo) hasta Antioquía. Luego prosiguió con ellos como ayudante en el primer viaje apostólico que llevó el Evangelio a los gentiles. Pero Marcos abandonó a los apóstoles y volvió a Jerusalén. Más tarde, precisamente a raíz de esta circunstancia, Pablo rehusó los servicios de Marcos para otro viaje. Entonces Bernabé lo tomó consigo para viajar hacia Chipre (Hechos 15:37). Sin embargo, volvemos a encontrar a Marcos junto al apóstol Pablo. En la carta a los Colosenses lo recomienda a sus cuidados (cap. 4:10), y en la carta a Filemón envía sus saludos (v. 24). Marcos fue fiel y útil en el ministerio de la Palabra. Pablo lo reclamó desde Roma para su servicio en circunstancias difíciles y peligrosas, cuando se encontraba en vísperas de ser un mártir del Evangelio (2 Timoteo 4:11).

Indudablemente, como todos los que son llamados por el Maestro, Marcos debió pasar por numerosas experiencias que le fueron de provecho. De esta manera, le fue confiado un servicio especial. Debió aprender a poner de lado toda consideración carnal, hasta las más legítimas. Tuvo que reconsiderar los motivos que lo impulsaron a abandonar a los apóstoles en su primer viaje misionero. Debió renunciar a todo lo que un judío podía apreciar en Jerusalén, para trabajar con el apóstol de los gentiles en Roma. Estas experiencias formaron el carácter de Marcos, haciendo de él un instrumento dócil e inteligente a la vez. Bajo la dependencia del Espíritu Santo pudo escribir el evangelio que presenta al Señor Jesús en su servicio de amor y su entrega hasta la muerte.

Quiera Dios abrir nuestro corazón y nuestra mente, como lo hizo con Marcos, mientras leemos y meditamos este evangelio.

Capítulo 1 - El Señor Jesucristo es presentado como siervo

La presentación del Evangelio

Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios.



Juan, en su evangelio, se remonta hasta la eternidad, revelando la existencia del Verbo: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”. Por su parte, Marcos también comienza su relato con un “principio”. Es el principio del evangelio de Jesucristo, es decir sus hechos, sus palabras y su Persona. Jesús mismo es llamado “el primogénito de toda creación”, o “el principio de la creación de Dios”, y él es también “el primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:15; Apocalipsis 3:14; Colosenses 1:18). Marcos no relata el nacimiento de Jesús, ni menciona su genealogía como lo hacen Mateo y Lucas. El motivo de esta divina omisión es fácil de discernir: el Espíritu Santo no necesita estos datos para presentar al Señor Jesús como *Siervo*. Solo era necesario conocer su absoluta consagración para cumplir la tarea o la misión para la cual se presentó. Al entrar en el mundo dijo: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad” (Hebreos 10:9). Mateo presenta su genealogía como Rey, siendo Hijo de David, Hijo de Salomón, mientras que Lucas lo hace como Hombre, siguiendo sus generaciones hasta Adán, omitiendo a Salomón, es decir la línea real que ocupaba el trono de Israel. En su evangelio, Juan hace la misma omisión que Marcos, pero por motivos muy diferentes. No se puede presentar ninguna genealogía del Verbo eterno de Dios, pues como tal el Señor es “sin padre, sin madre, sin genealogía; que ni tiene principio de días, ni fin de vida” (Hebreos 7:3).

Sin embargo, aunque Marcos presenta al Señor como Siervo de Dios, especifica cuidadosamente y ante todo, la naturaleza de aquel que se humilló a sí mismo hasta tomar la “forma de siervo”. Su naturaleza es divina, es el *Hijo de Dios*. Si bien por la humillación voluntaria del Siervo de Dios, el Espíritu Santo no necesitó relatar los pormenores de su llegada al mundo, no obstante hace resaltar su origen divino: “Principio del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”. Es el evangelio del Verbo de Dios hecho carne; son las buenas nuevas que provienen de tan excelsa Persona. El mensaje es su Persona, sus palabras y sus hechos. No se trata de una mera predicación del evangelio como la haríamos nosotros, sino de su cumplimiento bajo el humilde aspecto o forma de Siervo de Dios. Como leemos en Filipenses 2:7-8: “Se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Este es el Evangelio. No todo el Evangelio, bien lo comprendemos, sino tan solo su principio. Pero este Evangelio es único, no pueden existir dos Evangelios como tampoco existen dos Jesucristos. Así lo comprendió Pablo: “No que haya otro... si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gálatas 1:7-8). Es la maldición de Dios pronunciada sobre todo aquel que se atreve a predicar otro Evangelio o pervertir el evangelio de Cristo el Hijo de Dios. Es Dios mismo quien habla por su Hijo, o más bien, *en* su Hijo (Hebreos 1:2). Este es “el evangelio de Dios” (Romanos 1:1), o sea, la venida de Jesús al mundo, que había sido prometida por los profetas en las Santas Escrituras, y es llamado así porque Dios es su origen. Cuando llega a concretarse en el mundo, es llamado entonces el evangelio de Jesucristo.

La predicación de Juan el Bautista

“ He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti.

Un mensajero debía anunciar la llegada de Jesucristo, preparando así su camino. No anunciaba la venida del Siervo, sino a Jehová Salvador, pues un siervo no precisa que nadie anuncie su venida. Notemos como la divinidad del Señor se une de una manera maravillosa con su humanidad en los versículos dos y tres, citas de los profetas Malaquías e Isaías: “He aquí yo envío mi mensajero delante de tu faz, el cual preparará tu camino delante de ti. Voz del que clama en el desierto: preparad el camino del Señor; enderezad sus sendas”. Ahora bien, leyendo estos textos en las profecías notaremos que Jesús es el Señor o Jehová del Antiguo Testamento: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de *mí*; y vendrá súbitamente a su templo el Señor...” (Malaquías 3:1). “Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios” (Isaías 40:3). Jesús es quien envía su mensajero delante de él, para que “todo valle sea alzado, y bájese todo monte y collado; y lo torcido se enderece, y lo áspero se allane. Y se manifestará la gloria de Jehová, y toda carne juntamente la verá...” (v. 4).

Juan el Bautista preparaba el camino delante del Señor mediante su predicación, y bautizaba a los que confesaban sus pecados. Sus oyentes debían enderezar sus sendas recibiendo el mensaje que llegaba a sus oídos. La responsabilidad del portador de la Palabra de Dios es grande. Debe entregar el mensaje en su pureza y revestido de gracia. Pero no es menor la responsabilidad de aquellos a quienes va dirigida la voz del que clama. Deben quitar todo obstáculo que les impida recibir el mensaje: el valle de la corrupción, los montes y collados del orgullo, las torceduras

de las mentiras, las asperezas de la voluntad propia. Los oyentes son responsables de allanar el camino ante la presencia de Aquel que viene. Ahora bien, si el pueblo de Israel debía prepararse para la llegada de Jesús quien se manifestaba en gracia a su favor, ¡cuánto más la cristiandad de hoy debería recibir el mensaje del Evangelio ante la inminente llegada de Jesucristo en gloria!

Además de esto, el aspecto exterior del mensajero debía dar un testimonio claro de su completa separación del mundo que lo rodeaba, y de una consagración plena a Dios quien lo envió. “Juan estaba vestido de pelo de camello, y tenía un cinto de cuero alrededor de sus lomos; y comía langostas y miel silvestre” (v. 6). Era el hombre del desierto. Estaba ceñido con el cinto de la verdad para enfrentar las luchas y la oposición del mundo (Efesios 6:14). Su comida era conforme a las ordenanzas levíticas. La langosta tiene piernas además de patas, lo que le permite saltar sobre la tierra (Levítico 11:21-22). Forma parte de aquellas cosas, “más pequeñas de la tierra, y las mismas son más sabias que los sabios... no tienen rey, y salen todas por cuadrillas” (Proverbios 30:24-27). El carácter de Juan se manifestó simbólicamente a través de su comida. Supo vencer las dificultades y estuvo en las cuadrillas de los profetas que denunciaron a Israel su iniquidad. Por otra parte, como la langosta es agente del juicio divino, también Juan anunció el castigo que debía caer sobre el pueblo rebelde. La miel, producto de la naturaleza, le servía de alimento. Esto nos habla de la Palabra de Dios, tal como él la dio. Otros profetas hicieron la misma experiencia. Ezequiel comió el rollo que en su boca fue dulce como la miel (Ezequiel 3:3). Esta también fue la experiencia del apóstol Juan. Sin embargo, cuando hubo comido el libro, este amargó su vientre (Apocalipsis 10:10-11). Las palabras de Dios que anuncian los juicios sobre el mundo solo pueden causar amargura para el profeta que las anuncia. Nosotros probamos la dulzura de la Palabra, ella penetra en nuestra alma, la vivifica y produce crecimiento espiritual, pero lleva también un juicio inexorable contra todo lo que en nosotros no es según Dios. Ella es la espada de dos filos (Hebreos 4:12).

Juan el Bautista predicaba a Israel el bautismo de arrepentimiento. El Evangelio requiere que los pecadores confiesen sus pecados para poder recibir el perdón. Tanto el arrepentimiento como el perdón proceden de Dios. Es su obra en el corazón gracias a la redención efectuada a favor nuestro: “A este (Jesús), Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para *dar* a Israel arrepentimiento y perdón de pecados” (Hechos 5:31). El mismo don fue otorgado a los gentiles, y esto motivó las alabanzas a Dios por parte de los creyentes judíos (Hechos 11:18). Es el testimonio del apóstol Pablo dirigido tanto a judíos como a gentiles: “Acerca del arrepentimiento para con Dios, y de la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21).

Este es el don de Dios. Sin embargo, a menudo es rehusado. La oposición de la incredulidad (2 Timoteo 2:25), la rebelión de la voluntad propia y la apostasía (Hebreos 6:6), así como la dureza del corazón, son los estorbos que las almas encuentran cuando son guiadas al arrepentimiento (Romanos 2:4-5).

Notemos aún que este arrepentimiento es la obra del Espíritu de Dios en el alma para que el hombre sea convencido de pecado. Contrariamente a esto, el remordimiento es un sentimiento humano que puede llevar a la desesperación y aun hasta el suicidio. El arrepentimiento para con Dios puede estar acompañado por el temor y el miedo. Pero el Espíritu, prosiguiendo su obra, hace fijar los ojos en el Señor Jesucristo, y da la fe necesaria para que ese temor y ese miedo sean reemplazados por la paz y el gozo. En la presencia de Dios el alma está turbada por sus pecados, pero encontrándose con el Salvador, un Salvador crucificado y resucitado, el corazón es inundado por su paz.

La predicación de Juan el Bautista parecía lograr sus propósitos: “Salían a él toda la provincia de Judea, y todos los de Jerusalén; y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados” (v. 5). A orillas de este río, cuyo nombre significa «río del juicio», es donde se llevaban a cabo la confesión y el arrepentimiento, pero era necesario que el pueblo fuese bautizado en esas mismas aguas. No se trataba de cruzar el río de una orilla a otra, como lo hicieron los profetas Elías y Eliseo; o de alzar doce piedras en su lecho como Josué lo había hecho; ni de zambullirse siete veces en sus aguas como Naamán el sirio para ser sanado de su lepra. Si bien el alcance espiritual de esos hechos es muy importante y precioso, la justicia de Dios exigía la confesión y el arrepentimiento. Esto era imprescindible para que el pueblo pudiera recibir el perdón de pecados, a fin de que sean sepultados en el río del juicio de Dios. Es por esta razón que, mientras llamaba al pueblo al arrepentimiento, Juan anunciaba también la llegada de Aquel que, siendo mucho más excelente que él, debía cumplir una obra mayor que la suya. “Viene tras mí el que es más poderoso que yo, a quien no soy digno de desatar encorvado la correa de su calzado. Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo” (v. 7-8). Para que el bautismo del Espíritu Santo tuviera lugar era necesario primeramente la obra redentora. Sin la sangre vertida del Salvador, no podía haber derramamiento del Espíritu Santo.

Juan no solo predicaba el arrepentimiento, denunciaba también la hipocresía de los fariseos y saduceos que venían a su bautismo: “¡Generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera?” Y luego agrega: “Él os bautizará *en... fuego*” (Mateo 3:7, 11). Pero estas últimas palabras no se hallan en el evangelio según Marcos. Aquí Juan se dirige solamente a quienes confesa-

ban sus pecados con sinceridad, anunciándoles el bautismo del Espíritu Santo, pero omitiendo el bautismo de fuego. Este es figura del juicio y de la ira de Dios que iba a caer sobre el pueblo incrédulo y sus dirigentes hipócritas. Este juicio, si bien se cumplió de manera literal con la destrucción de Jerusalén por los ejércitos romanos, se proyecta hasta la «Gehena», el “fuego que nunca se apaga” (Marcos 9:44). Ese mismo fuego está reservado para los que hoy corrompen el reino de Dios, “el horno de fuego”, símbolo del “lloro y el crujir de dientes” (Mateo 13:50). Otro texto agrega: “Un lago de fuego que arde con azufre” (Apocalipsis 19:20), figura de un dolor que se adhiere al alma, así como el azufre ardiente se pega a la parte del cuerpo que lo toca. “El gusano” es otra figura del dolor que roe, carcomiendo a su víctima sin terminar de consumirla jamás. El texto de Marcos presenta la pura gracia de Dios a favor de aquellos en cuyo corazón se realizaba la obra del Espíritu Santo. En el capítulo 9 mencionará seis veces el fuego que no puede ser apagado. No confundamos el fuego del Espíritu Santo con el fuego del juicio eterno. El primero simboliza el poder de Dios que debe arder siempre en nosotros, mientras que el segundo habla de la ira y el castigo que caerán sobre los que “no recibieron el amor de la verdad para ser salvos” (2 Tesalonicenses 2:10).

El bautismo y la tentación de Jesús

“ Aconteció en aquellos días, que Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán.

Marcos relata en pocas palabras el bautismo del Señor. Es mucho más breve que en los evangelios de Mateo y de Lucas. Por su parte, Juan no lo menciona.

¿Por qué debía bautizarse el Señor? Generalmente oímos decir que fue para darnos un ejemplo, o para alentar a los pecadores al arrepentimiento. Pero estos no son los motivos. Notemos en primer lugar la diferencia entre “el bautismo de Juan” (Hechos 19:3) y el bautismo cristiano. El primero formaba un residuo de creyentes judíos con sus caracteres propios, reuniéndolo alrededor del Mesías en la tierra. El segundo, el bautismo cristiano, hecho en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres Personas, se realiza para la muerte de Cristo: “Somos sepultados juntamente con él *para muerte por* el bautismo” (Romanos 6:3-4). De paso mencionamos el bautismo en Moisés (1 Corintios 10:2). A través del mar Rojo y en la nube, el pueblo de Israel estaba puesto bajo la autoridad de Moisés, su conductor.

Juan reunía a los creyentes judíos bajo la señal de su bautismo, pues el Señor, el Mesías, debía tomar su lugar con ellos como cabeza de los fieles que se sometían a la voluntad de Dios. Jesús mismo obligó a Juan a bautizarlo, diciéndole: “Deja ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mateo 3:15).

El Señor tomó su lugar con el remanente fiel de su pueblo, sin que tal vez nadie haya reparado en la excelencia de Aquel que descendía a las aguas del arrepentimiento. Pero notemos también que el Señor encontró a numerosas personas ya bautizadas por Juan. No fue el primero. En el caso del bautismo cristiano, nadie podía bautizarse en la muerte de Cristo si él no hubiera abierto el camino por su muerte y resurrección. Él debía morir primero. Es por este motivo que en una oportunidad le oímos decir: “De un bautismo tengo que ser bautizado (su muerte); y ¡cómo me angustio hasta que se cumpla!” (Lucas 12:50).

Hemos visto al Señor tomar su lugar junto al remanente judío fiel bautizado por Juan: “Debía ser en todo semejante a sus hermanos” (Hebreos 2:17). En ese momento nadie percibió la dignidad del Mesías. Él mismo había velado la excelencia de su Persona bajo su humanidad. Cuando subió del agua, no alzó su voz para reclamar una distinción entre quienes lo rodeaban. Sin embargo, *vio abrirse los cielos*. ¡Qué escena maravillosa! El Espíritu Santo descendió sobre él como paloma, luego Dios el Padre rompió el silencio y distinguió a su Amado de entre todos los demás: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (v. 10).

Fue la revelación de la comunión permanente en la cual vivía Jesús como hombre según el corazón de Dios. El Padre no le dijo: Tú eres el Mesías de Israel, el Profeta, o mi Siervo, sino: “Tú eres mi Hijo amado”. Esa voz divina puso el sello de su aprobación y plena satisfacción sobre los años de la vida del Hijo de Dios en las tierras de Galilea, y en particular sobre el acto de su bautismo.

Tenemos muy pocos datos de esos años. Sabemos que cuando tenía doce años le era necesario estar en los negocios de su Padre (Lucas 2:49); además era “su costumbre” leer la Palabra en la sinagoga de Nazaret (cap. 4:16). Ahora bien, los negocios de su Padre, la lectura de la Palabra, y la sumisión a sus padres José y María (Lucas 2:51), resumen una vida que agradó a Dios. En los pasos de ese Hombre somos llamados a andar.

Habiendo subido Jesús de las aguas de la muerte (de lo cual es figura el Jordán), y después que el cielo se abrió –un cielo absolutamente cerrado para el pecador, pero siempre abierto para el Señor–, entonces pudo descender otra Persona de la Deidad: el Espíritu Santo. Así, por primera vez, se reveló la Trinidad en su plenitud. Amado lector, somos invitados a observar esta esce-

na. No como los que estaban entonces a orillas del Jordán, ni tampoco como Juan cuyo gozo era cumplido en ese momento. Podemos hacerlo en la comunión con el Padre y con el Hijo, por el poder del Espíritu Santo, siendo poseedores de todos los beneficios que la muerte de Cristo nos ha otorgado. Nos conviene contemplar tal escena con adoración.

En virtud de la redención cumplida, leemos en el libro de los Hechos que otra persona vio los cielos abiertos (cap. 7:56). Esteban había seguido los pasos del Maestro muy de cerca, manifestando los caracteres del Hombre celestial.

Durante todo el tiempo en el cual el Señor cumplió su ministerio sobre la tierra el cielo estuvo abierto. Los ángeles de Dios podían subir y descender sobre él. Esta visión fue el privilegio de los discípulos (Juan 1:51). El cielo se volverá a abrir por tercera vez para que el Rey de gloria, acompañado por sus huestes celestiales, cumpla el ruego del profeta: “¡Oh, si rompieras los cielos, y descendieras...!” (Isaías 64:1).

El Espíritu Santo descendió sobre el Señor en forma corporal como paloma. Esta expresión es muy diferente a las lenguas de fuego que se posaron sobre los discípulos en el día de Pentecostés. Aquí contemplamos el símbolo de la gracia que caracterizó el ministerio del Señor, portador de un mensaje de paz para el mundo: “Dios estaba en Cristo... no tomándoles en cuenta... sus pecados” (2 Corintios 5:19). ¡Cuán distinto será el carácter de la manifestación de Cristo en gloria cuando venga al mundo para reinar! Una vara de hierro es su símbolo. Las lenguas de fuego en el día de Pentecostés simbolizan el poder que debían recibir los débiles discípulos para cumplir un ministerio que estaba muy por encima de sus capacidades. Este fuego debe ser mantenido siempre, y a menudo reavivado: “Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios...”, escribe Pablo a Timoteo (2 Timoteo 1:6). “El fuego encendido sobre el altar no se apagará,... el sacerdote pondrá en él leña cada mañana... El fuego arderá continuamente en el altar; no se apagará” (Levítico 6:12-13); hermosa figura del poder del Espíritu Santo en Cristo, y llena de enseñanza para nosotros.

Inmediatamente después de su bautismo, Jesús fue impulsado por el Espíritu al desierto: “Estuvo allí... cuarenta días, y era tentado por Satanás, y estaba con las fieras; y los ángeles le servían” (v. 13). Nuestro precioso Salvador, el Hombre perfecto, “el postrer Adán” (1 Corintios 15:45), sufrió las tentaciones del diablo. “Fue tentado en todo” (Hebreos 4:15), no para probar hasta dónde llegarían sus fuerzas, sino para manifestar su perfecta humanidad.

Notemos de paso el orden en que se desarrollan estos hechos: el Señor *descendió* a las aguas del Jordán –figura de la muerte y del juicio de Dios–; luego subió de ellas –figura de su *resurrección*–; y después que el Espíritu Santo *descendió* del cielo, vino la lucha en la cual obtuvo la victoria.

Este es el camino del Hombre celestial, camino que él nos invita a seguir gracias a su obra redentora cumplida en nuestro favor. “Me seguirás después”, dijo el Señor a Pedro antes de la cruz (Juan 13:36); y una vez abierto el camino: “Sígueme” (cap. 21:19).

El entorno donde nuestro amado Señor sufrió las tentaciones fue muy distinto al que conoció el primer Adán. Este fue tentado en el huerto del Edén, lugar de delicias terrenales, donde nada le faltaba, y con todo ello, sucumbió a la primera tentación. En su caída, toda la creación fue arrastrada al estado ruín en el cual la encontró Jesús, el postrer Adán. Aquí es comparada con un desierto, un lugar despojado de todo lo que Dios había creado para la felicidad del hombre. Además, un peligroso huésped habita en esos sitios desolados: Satanás; y las fieras son sus moradores, detalle que se encuentra solo en el evangelio según Marcos. Este es el estado en el que se encuentra el ser humano cuando está lejos de Dios su Creador, es semejante a las bestias, “animales irracionales” (2 Pedro 2:12).

En sus visiones, el profeta Daniel observó cuatro bestias que simbolizan cuatro grandes imperios (Daniel 7:1-7). El apóstol Juan vio a dos seres humanos bajo la figura de “bestias”, que luego fueron echados en el lago de fuego y azufre (Apocalipsis 19:20).

Es en este entorno, imagen del mundo bajo el dominio de Satanás, donde Jesús sufrió las tentaciones venciendo a su adversario. Una tentación se relacionó con su cuerpo, tuvo hambre; la otra, de carácter espiritual, puso la fidelidad de Dios a prueba; y por último, la tentación concerniente a su gloria real. Sin embargo, en el evangelio de Marcos no se detallan como en el de Mateo y de Lucas. En el evangelio de Juan están completamente omitidas.

Ahora bien, ¿de dónde obtenía el Señor sus recursos para salir victorioso en esa “tierra seca y árida”? Los Salmos 63 y 91 lo revelan: la Palabra era su alimento, y la comunión con Dios era su gozo y su confianza. La verdad era su escudo y su espada; mil podían caer a su lado y diez mil a su diestra. Las armas que el enemigo poseía eran ineficaces contra Jesús, el Hombre obediente. David derribó al gigante con una sola piedra, aunque eran cinco las que había tomado en su saco pastoril. Así también, el Señor silenció al enemigo con las citas de uno solo de los cinco libros de Moisés.

Estas primeras victorias del Señor sobre Satanás fueron seguidas de muchas otras, hasta la última en la cual le hirió la cabeza. Entre tanto, “cuando el diablo hubo acabado toda tentación” (Lucas 4:13), “vinieron ángeles y le servían” (Mateo 4:11). Los ángeles son sus servidores. Ellos sirven al Señor cuando está sentado en su trono de gloria, como lo vieron los profetas Isaías y Daniel, y también le sirvieron cuando, habiendo tomado una forma humana, sufrió en el desierto.

Tal es el privilegio de estos seres celestiales; pero, ¡cuán incomprensible debió ser para ellos la angustia que padeció el Señor en Getsemaní, de la cual uno de ellos fue testigo! Los ángeles son “espíritus ministradores, enviados para servicio a favor de los que serán herederos de la salvación” (Hebreos 1:14). El Señor Jesucristo, Hijo de Dios, tomó esta posición en la cual dependía de los ángeles creados por él mismo. Lo hizo para traer la gracia de Dios a hombres culpables de todos los estragos causados por el pecado en esta creación. Él solo podía servir viniendo como hombre a los lugares mismos donde el pecado lo había arruinado todo. ¡Qué amor maravilloso e infinito!

La predicación del evangelio del reino

“ Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios.

El corto ministerio de Juan el Bautista, el más grande de los profetas, había llegado a su fin (Lucas 7:28). Fue echado en una sombría cárcel a causa de su fiel testimonio, pues no temió condenar la conducta corrompida de personajes tan encumbrados como el rey Herodes. Entonces, la luz de la antorcha profética se apagó (Juan 5:35). Mientras tanto, afuera despuntaban los brillantes rayos del Sol, resplandeciendo con toda su fuerza.

Jesús dejó la tierra de Judea, a orillas del Jordán donde su precursor había concluido la carrera, para comenzar su ministerio en Galilea. “El tiempo se ha cumplido –decía–, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio” (v. 15). En esa región de Galilea, despreciada por el orgullo judío que decía: “nunca se ha levantado profeta” (Juan 7:52), allí resplandeció una gran luz.

El tiempo se había cumplido, y el reino de Dios estaba presente. Aquí se trata del tiempo que *precedía* al establecimiento del reino de justicia y paz anunciado por los profetas, e indicado con precisión por Daniel (cap. 9:24-25). Sin embargo, no se trataba tan solo del cumplimiento del

tiempo. El reino de Dios se había acercado en la Persona misma de Jesús. El Rey estaba presente: “He aquí el reino de Dios está entre vosotros”, decía a quienes preguntaban acerca de su aparición (Lucas 17:21).

Ahora bien, era necesario arrepentirse y creer en el evangelio. El reino de Dios, caracterizado por lo que moralmente él es, no podía establecerse con hombres pecadores, sin ser acompañado por el juicio de sí mismos. Era necesario el arrepentimiento y la fe en esa buena nueva que anunciaba el acontecimiento esperado desde tanto tiempo por los fieles. En la actualidad se proclama el evangelio de la gracia, y los que se benefician de él por la fe son pecadores arrepentidos.

¿Qué diferencia hay entre el evangelio del reino y el evangelio de la gracia? Esta diferencia consiste solo en la *posición* y el *carácter* que ocupa el Señor Jesús en el momento en que se predica el evangelio. Cuando Jesús estaba en la tierra, el reino de Dios estaba en medio de los hombres por su presencia misma. En ese momento se predicaba el evangelio del reino y él hubiera tenido que reinar. Pero, como consecuencia de su rechazo, dejó la tierra y volvió al cielo: “Volveré a mi lugar”, dijo por medio del profeta (Oseas 5:15). “Dejo el mundo, y voy al Padre”, dijo a sus discípulos (Juan 16:28). Pero esto fue solo después de haber cumplido su ministerio que culminó con el sacrificio cruento de la cruz.

En lugar de hacer caer un justo castigo, bien merecido por los culpables de la muerte de su Hijo, Dios, en su amor, hace proclamar el Evangelio de la gracia ofreciendo el perdón, la salvación y una *posición celestial* –en contraste con la terrenal– donde está sentado el Señor. Este es precisamente el objetivo del Evangelio de la gracia predicado desde que el Salvador resucitado ascendió a la diestra de Dios.

Ahora bien, un día dejará esa posición y vendrá a buscar a su Iglesia, fruto de la proclamación de esa gracia, para introducirla en las mansiones celestiales donde ella misma tiene su ciudadanía. Más tarde aún, el Señor volverá en gloria, presentándose al mundo entero para establecer su reino de justicia. Después del rapto de la Iglesia y la manifestación del Señor en gloria, el mundo oirá nuevamente la predicación del evangelio del reino. El arrepentimiento y la fe serán los factores que permitirán a los hombres su entrada en el reino milenial. El Apocalipsis, como otras porciones de la Palabra, revela los pormenores y las circunstancias que acompañarán a esta predicación, y quiénes serán sus beneficiarios.

El llamamiento de los primeros discípulos

“ Andando junto al mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés su hermano, que echaban la red en el mar; porque eran pescadores.

La inmensidad del servicio de Jesús estaba por delante. Su verdadera extensión solo podía ser sondeada por su amor y su omnisciencia. Y solo él, en la dependencia de su Padre, poseía la dedicación y el esfuerzo necesarios para llevar a cabo la obra confiada. Sin embargo, Jesús quiso tener compañeros para cumplir esa obra, porque sin ellos algo habría faltado en ese ministerio. Las Escrituras los habían anunciado, y esos compañeros serían útiles al Maestro, como también a nosotros por sus experiencias, su fe y aún en sus errores.

Caminando a orillas del mar de Galilea, vio a Simón y a Andrés su hermano que echaban una red en el mar. Esta es una imagen tajante de lo que el Señor iba a realizar en medio de los hombres. Jesús se dirigió a esos dos hermanos: “Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres” (v. 17). Iba a formarlos para sacar a pecadores perdidos del entorno pecaminoso en el que vivían y llevarlos a Dios. El Señor los llamó, y ellos obedecieron, a pesar de su incapacidad natural para cumplir esa labor completamente desconocida. Para este trabajo nuevo al que eran llamados, el Maestro poseía todos los recursos necesarios. Los dos hermanos obedecieron al instante, sin ninguna objeción: “Y dejando luego sus redes, le siguieron” (v. 18).

“Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres”. Estas palabras contienen la verdad completa con respecto a la formación de un siervo de Dios. Se necesitan tres cosas:

- 1) ser llamado por el Señor,
- 2) seguirlo,
- 3) ser enseñado por él.

Solo Jesús puede *llamar, atraer y formar* a aquel a quien quiere confiar un servicio. Se aprende siguiéndolo a él. Podían ser inspirados viendo la conducta del Señor Jesús y los motivos que lo impulsaban a cumplir su ministerio de amor. Este amor solo reclamaba la dedicación obediente para que los demás fuesen alcanzados por la felicidad.

En efecto, el servicio del Señor era el “trabajo de... amor” por excelencia (1 Tesalonicenses 1:3). Vivía en la dependencia de su Padre para servir, y lo expresaba de esta manera: “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también

lo hace el Hijo igualmente” (Juan 5:19). Es así cómo sus discípulos, enseñados por él, y viéndolo conducirse, podían cumplir esa obra. Lo importante para esto, como también para nosotros hoy, es seguirle. No se puede aprender de él sin esta condición.

“Pasando de allí un poco más adelante, vio a Jacobo hijo de Zebedeo, y a Juan su hermano, también ellos en la barca, que remendaban las redes” (v. 19). Siendo pescadores estaban ocupados en una triste tarea: ¡remendar redes rotas! ¡Qué desalentadora experiencia cuando el goce de los resultados que se esperan obtener se nos escapa por los agujeros de nuestra existencia! Capacidades, medios, juventud, entusiasmo, salud... todo lo que acompaña al hombre mientras intenta satisfacer sus más legítimos deseos se gasta, se deshace. Esta fue la conclusión del sabio de la antigüedad: “Vanidad de vanidades... todo es vanidad” (Eclesiastés 12:1-8).

“Y luego los llamó; y dejando a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, le siguieron” (v. 20). Quizás parezca fácil abandonar una red rota, vacía o sucia, sin embargo Pedro, para seguir a su Señor, decidió abandonar una red cargada de peces (Lucas 5:11). Cuando todo fracasa en la vida se busca con ansiedad la solución, pero cuando todo va bien es más difícil sentir la necesidad de un cambio. No obstante, en ambos casos, el alma que discierne el llamamiento del Señor y lo aprecia, sabrá obedecer en el acto, porque comprende que todo lo que ofrece esta vida no puede ser comparado con la posesión de un Maestro como Jesús.

Si bien la humildad caracterizaba al Señor, su llamamiento era acompañado por una autoridad divina percibida perfectamente por el oído de aquellos que eran llamados por él. Esa autoridad los conducía a abandonar sin razonamiento ni objeción alguna, sus tareas, sus responsabilidades materiales, y aún sus vínculos de familia.

Todavía hoy es así para quienes el Señor llama a su servicio. ¡Dios quiera que entre nuestros lectores haya muchos que obedezcan a su voz! Todos podemos ser útiles al Señor, cualesquiera que sean las circunstancias en las que nos encontramos. No obstante, para esto debemos escucharlo, seguirlo e imitarlo. Los que creen gozan de esta porción, y mediante la obediencia se manifestarán aquellos a quienes el Señor invita a un servicio especial para él: “Al que tiene, le será dado, y tendrá más” (Mateo 25:29).

Un endemoniado en la sinagoga

“ Entraron en Capernaum; y los días de reposo, entrando en la sinagoga, enseñaba.

Las palabras “luego”, “inmediatamente”, “en seguida” y “al instante” que Marcos repite varias veces en este primer capítulo destacan la incesante actividad que caracterizaba al perfecto Siervo de Dios en el cumplimiento de su ministerio. Esto debería caracterizarnos también a nosotros: “En lo que requiere diligencia, no perezosos; fervientes en espíritu, sirviendo al Señor” (Romanos 12:11). El Señor sabía que su tiempo era muy limitado en la tierra, pero esto nunca le impidió ocuparse de aquellos que requerían su presencia o necesitaban de su poder. La medida de su servicio era perfecta y cabal.

Jesús enseñaba en la sinagoga, lugar de reunión donde se leían las Escrituras del Antiguo Testamento. Los asistentes se maravillaban al oírlo, “porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas” (v. 22). La enseñanza que procede de Dios tiene peso en sí misma. ¿Cuál podría ser la autoridad sino la Palabra de Dios? Aprender de Dios por medio de su Palabra y ser dirigido por el Espíritu Santo da a la predicación de un evangelista la seguridad y la persuasión necesarias para colocar a los oyentes bajo la autoridad de la Biblia. Esto marca la diferencia entre la sabiduría humana y la enseñanza divina, a pesar de la debilidad del instrumento y su falta de erudición. En Jesús todo era perfecto, nada en él impedía la libre acción del Espíritu Santo, y el agua fluía con toda pureza de la fuente.

Pedro y Juan “eran hombres sin letras y del vulgo” (Hechos 4:13), sin embargo, los oyentes debieron reconocer “que habían estado con Jesús” por el poder del Espíritu Santo con el cual hablaban. Los que disputaban con Esteban experimentaron lo mismo: “no podían resistir a la sabiduría y al Espíritu con que hablaba” (cap. 6:10). Esa sabiduría otorga la victoria sobre los opositores. Pablo había sido instruido a los pies de Gamaliel, pero no quería otra sabiduría sino la que el Espíritu Santo le concedió (1 Corintios 2:12). Pidámosle a Dios, el cual da a todos abundantemente (Santiago 1:5; 1 Corintios 1:30).

En la sinagoga se encontraba un hombre poseído por un espíritu inmundo. Quizás entre los asistentes nadie había reparado en él, pero la presencia de Jesús lo manifestó de inmediato. No sabemos qué se predicó, pero notamos sus efectos: la presencia de Dios en la sinagoga reveló la de Satanás. Este es el efecto normal de toda predicación bajo la dirección del Espíritu Santo: “lo oculto... se hace manifiesto”, el “incrédulo o indocto... es convencido, por todos es juzgado” (1 Corintios 14:24-25).

“¡Ah! ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Sé quién eres, el Santo de Dios” (v. 24). El demonio reconoció a su Juez en Aquel que tomó la forma de Siervo para arrancar al hombre del poder bajo el cual había caído por su propia culpa cuando escuchó la voz

de Satanás. Jesús, reprendiendo al demonio, le ordenó callar y salir de ese hombre. El Señor no quería recibir el testimonio del diablo. Notemos que el demonio cuando habló empleó el plural: “¿Qué tienes con nosotros”? Se identificó con el hombre que era su morada, y a quien tenía bajo su poder. Pero “el Santo de Dios” se había humanado precisamente para arrebatarse a Satanás sus dominios y librarnos. Este era el designio del amor divino a nuestro favor.

El demonio debió obedecer a una autoridad mayor que la suya. Sacudiendo a su víctima con violencia, y clamando, la abandonó. En la sinagoga, sin percibir la presencia de Satanás, decían: “¿Qué es esto? ¿Qué nueva doctrina es esta, que con autoridad manda aun a los espíritus inmundos, y le obedecen?” (v. 27). Ignoraban lo que había sucedido en el desierto. El Tentador no había logrado colocar bajo su poder al único Hombre sin pecado, quien obtuvo la victoria. Jesús había vuelto del desierto en el poder del Espíritu Santo y lo manifestaba en presencia de quienes había venido a salvar.

Notemos que desde el principio de su ministerio, el Señor demostró su autoridad de tres maneras:

- 1) en el llamamiento de sus discípulos;
- 2) en sus enseñanzas;
- 3) en la expulsión de los demonios.

Todo su poder estaba puesto al servicio del amor divino para salvar al hombre. ¡Qué bendición se habría derramado sobre Israel si hubiera recibido a su divino Libertador que había venido con el poder del evangelio del reino! A pesar de su rechazo, esa misma potencia acompaña al evangelio de la gracia para llevar a los que creen de las tinieblas a la luz, para hacerlos pasar de la potestad de Satanás a Dios (Hechos 26:18).

La suegra de Pedro

“ Al salir de la sinagoga, vinieron a casa de Simón y Andrés, con Jacobo y Juan.

El Señor Jesús había ido desde el desierto hacia las orillas del mar. De allí se dirigió a la sinagoga de Capernaum, y luego a la casa de Simón Pedro con sus cuatro discípulos. Allí, la suegra de Simón estaba acostada con fiebre, y se necesitaba la presencia del divino Médico. Lo que ocurrió les sirvió de enseñanza, así como también a nosotros. “Y en seguida le hablaron de ella”. Es necesario hablarle a él sin pérdida de tiempo. En efecto, ¿a quién comunicar los problemas y las

dificultades del hogar sino a Aquel que los puede solucionar? “Entonces él se acercó”. ¡Qué bendita proximidad! Aquí no se trata de la comunión que hoy gozamos en Cristo, sino de la cercanía del “buen samaritano” que vino a este mundo para socorrer al caído. “Él la tomó de la mano”. Ya que la enferma no podía levantarse sola, él “la levantó”. Su poder y su ternura unidos lograron tan benditos resultados. El mal desapareció, y una nueva energía le fue comunicada para poder servir: “y ella les servía”. Sin recibir ninguna orden, la mujer se puso inmediatamente al servicio del Señor y de los suyos. El hogar era su ámbito de influencia, la esfera de su actividad; mientras que el mar –el mundo– era la de los “pescadores de hombres”.

El pecado separó al hombre de su Creador. Le quitó la paz, el bienestar y el reposo de los que gozaba en la presencia de Dios. Entonces le sobrevino la agitación y la inquietud, un estado comparado a la fiebre que perturba todo su ser. Ese hombre caído se comprometió a servir a Dios su Creador pretendiendo cumplir los mandamientos dados en Sinaí (Éxodo 19:8). Pero tuvo que aprender que la voluntad natural, con sus mejores esfuerzos religiosos, iba a llevarlo a un total fracaso. En ese estado febril, aún un creyente no hace el bien que quiere, sino el mal que no quiere (Romanos 7:15-25); o una mujer servicial como Marta, afanada y turbada por muchas cosas, no puede servir eficazmente a Dios (Lucas 10:38-42).

¿Cuál es el remedio? El Señor Jesucristo. Es él, y el poder de su gracia, que quitan la agitación, anulando la voluntad carnal, tan inútil y desagradable a Dios. Entonces, el Señor da calma al corazón, y lo capacita para servir “en vida nueva” (Romanos 6:4). Esta es la lección que aprendemos en la casa de Pedro. Sin embargo, no sabemos cuánto comprendió él en ese momento, pues luego lo vemos atravesar dolorosas experiencias hasta las lágrimas, llegando aun a negar a su Maestro.

La incesante actividad de Jesús continuó prodigando sus ilimitados recursos. “Cuando llegó la noche, luego que el sol se puso, le trajeron todos los que tenían enfermedades, y a los endemoniados; y toda la ciudad se agolpó a la puerta. Y sanó a muchos que estaban enfermos de diversas enfermedades, y echó fuera muchos demonios; y no dejaba hablar a los demonios, porque le conocían” (v. 32-34).

Para Israel el sol ya se había puesto espiritual y moralmente. En medio de esas tinieblas, el reino de Dios derramaba la luz de un sol de justicia y de poder. “El pueblo que andaba en tinieblas vio gran luz”, había anunciado el profeta Isaías (cap. 9:2). Esa luz quería disipar las tinieblas de los

corazones y producir en los moradores de Capernaum un verdadero arrepentimiento. En la sinagoga, el demonio debió obedecer el mandato de Jesús, mientras que el corazón de los hombres se manifestó duro y desobediente.

Existe un mundo de demonios, de espíritus satánicos, que es desconocido por el hombre, y cuya actividad maléfica se había desplegado en Capernaum en ese momento. Los demonios son ángeles caídos; conocen a Jesús; saben que les espera el juicio, y que cuando este se ejecute, él será el Juez. Al oír la voz de Jesús, le preguntaron: “¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” (Mateo 8:29). Este no era el objetivo de la venida del Señor al mundo en ese momento, sino la salvación que iba a consumir en favor del ser humano. Estos ángeles caídos saben que no hay salvación para ellos, sino un tormento eterno. “No socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham” (Hebreos 2:16), los que por la fe son “de Cristo, ciertamente linaje de Abraham” (Gálatas 3:29).

“Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (v. 35). Esta era la actividad secreta del Siervo perfecto. Así manifestaba su entera dependencia a Dios, cuya voluntad lo dirigía en todos sus pasos. Jesús se levantaba antes del amanecer a fin de estar preparado en el momento de trabajar. Es nuestro perfecto Modelo. El espíritu profético había dicho: “De madrugada te buscaré” (Salmo 63:1), y Jesús realizó esto plenamente. Sabía que para hablar era necesario oír antes. En esa hora temprana del día, Dios despertaba a su Siervo (Isaías 50:4). Imitemos a Jesús. La oración debe preceder a toda actividad que se desea cumplir según la voluntad de Dios. Jesús se había levantado mientras sus discípulos aún dormían; no los había despertado, había salido solo de la ciudad. “¿A dónde se ha ido tu amado...? ¿A dónde se apartó... y lo buscaremos contigo? (Cantar de los Cantares 6:1).

“Y le buscó Simón, y los que con él estaban” (v. 36). En lugar de contemplar al Maestro en el recogimiento de la oración, como lo harían en otro momento, interrumpiéndole, “le dijeron: Todos te buscan” (v. 37). Pero Jesús, conociendo la voluntad de su Dios, la reveló a sus discípulos: “Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido” (v. 38). El Siervo de Dios no se dejaba influenciar por las multitudes que lo buscaban tan solo por curiosidad. Él había venido para satisfacer las necesidades de las almas perdidas, y solo la Palabra era el remedio eficaz. Los milagros atestiguaban del poder de esa Palabra, pero para ser salvo, el pecador de entonces como el de hoy, no necesita un milagro que sana su cuerpo, sino la fe en esa Palabra que sana su alma. Si este resultado no se obtiene, los milagros son inútiles. Por lo tanto, Jesús “predicaba en las sinagogas de ellos en toda Galilea” (v. 39).

La curación de un leproso

“Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: Si quieres, puedes limpiarme.”

Este leproso había oído hablar de los milagros que Jesús cumplió en favor de tantos desdichados como él. No dudaba de su poder, pero no había comprendido aún que el amor de Dios trajo a Jesús a la tierra precisamente para librar a los hombres de sus miserias. Por eso le dijo: “Si quieres, puedes...”. Jesús estaba allí, porque quería. “Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio”. Así fue como el leproso encontró en Jesús la voluntad y el poder, y toda la compasión producida por el amor perfecto. Este amor se manifestaba en Aquel cuya santidad absoluta le permitía entrar en contacto con la impureza más grande sin ser contaminado por ella. La lepra, figura del pecado, contagiaba a todo aquel que tenía contacto con ella. Aquí sucedió lo contrario: Jesús, tocando al leproso sin ser contaminado, lo sanó. ¡Bendita virtud de Dios manifestado en carne, cuya naturaleza es incorruptible y cuyo amor efectúa la obra que purifica al pecador!

“Entonces le encargó rigurosamente, y le despidió luego, y le dijo: Mira, no digas a nadie nada...” (v. 43-44). En este milagro, las perfecciones divinas y humanas de Jesús, el Siervo perfecto, aparecen con toda su belleza: *el poder* que libera, *el amor* que se anonadó para cumplir ese servicio, *la pureza* perfecta del Hijo de Dios en su humanidad, que quita la suciedad; *la humildad* profunda que evita las manifestaciones del público asombrado por los milagros, y *la devoción* que se agrada en cumplir la voluntad de su Padre.

Luego le dijo: “Muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés mandó, para testimonio a ellos”.

¿Qué había ordenado Dios a Moisés para la purificación del leproso? Según la ley, un leproso era declarado sano desde el momento en que su cuerpo entero se hallaba limpio de lepra. La convicción de pecado lleva al pecador hacia la cruz, la única fuente que lo purifica. El leproso que nos ocupa había llegado a esa fuente, a Jesús mismo. En Levítico 14:4, leemos: “Mandaré luego que se tomen para el que se purifica dosavecillas vivas, limpias, y madera de cedro, grana e hisopo”. El amor de Dios ha provisto todo para el pecador. Las dosavecillas juntas forman una sola y llamativa figura de Aquel que descendió del cielo, nuestro Salvador. “Y mandaré el sacerdote matar unaavecilla en un vaso de barro sobre aguas corrientes” (v. 5). Jesús dejó sus moradas celestiales para revestir una humanidad sin mancha, un cuerpo terrenal, un “vaso de barro”, lleno

de “aguas corrientes”, es decir, la Palabra de Dios. Estas aguas estaban mezcladas con la sangre de la avecilla muerta. La avecilla viva, la madera de cedro, la grana y el hisopo son figuras de la grandeza celestial del Señor, su realeza y humillación. Estas cuatro cosas, formando un solo manojo en la mano del sacerdote, eran sumergidas en las aguas mezcladas con sangre. Luego de rociar “siete veces sobre el que se purifica de la lepra” (v. 7), este era declarado limpio. Ocho días después, el leproso purificado era presentado ante Jehová con lo que se debía ofrecer: “dos corderos sin defecto, y una cordera de un año sin tacha, y tres décimas de efa de flor de harina para ofrenda amasada con aceite, y un log de aceite. Y el sacerdote que le purifica *presentará* delante de Jehová al que se ha de limpiar, con aquellas cosas...” (v. 10-11). ¡Qué bendita cercanía! Estar en la presencia de Dios, en su santuario. ¡Qué bendita posición! Esta es también nuestra parte: “Y a vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprochables delante de él” (Colosenses 1:21-22). El que nos limpió con su sangre, él mismo nos presentará “sin mancha delante de su gloria con gran alegría” (Judas 24). ¿Esperaremos hasta ese momento para acercarnos al Padre? “Teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo... y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos...” (Hebreos 10:21-22), esta es la respuesta.

El Señor quiso que el leproso sanado fuese ante la clase sacerdotal un testigo indiscutible de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Los sacerdotes sabían muy bien que solo el poder divino podía sanar la lepra, como también solo Dios podía limpiar y perdonar el pecado. En lugar de callar, el leproso sanado “comenzó a publicarlo mucho y a divulgar el hecho, de manera que ya Jesús no podía entrar abiertamente en la ciudad, sino que se quedaba fuera en los lugares desiertos” (v. 45). Este hombre no pudo contener su felicidad sino que dio a conocer su gran liberación por todas partes. Sin embargo, hubiera sido mejor seguir las indicaciones de su Benefactor que dar rienda suelta a su alegría. Se le pedía acercarse al sacerdote de Dios “hincada la rodilla” como un adorador del Dios que lo había sanado. Esta circunstancia impidió a Jesús entrar en la ciudad, sin embargo puso de manifiesto a aquellos que tenían verdaderas necesidades, “*y venían a él de todas partes*”.

Capítulo 2 - La miseria humana encuentra un alivio

La curación de un paralítico

“ Entró Jesús otra vez en Capernaum después de algunos días; y se oyó que estaba en casa.

Jesús volvió a la ciudad para continuar con su ministerio de amor. Cuando la gente se enteró de su llegada, acudió a la casa donde se encontraba, “de manera que ya no cabían ni aun a la puerta; y les predicaba la palabra”. La presentación de la Palabra ocupó el lugar más importante en el ministerio del Salvador (ver cap. 1:14-15, 21-22, 38-39). Lo vemos en todos los capítulos predicando y enseñando. Los milagros que hacía testificaban del poder y la presencia de Dios obrando en gracia en medio de su pueblo, mientras que la Palabra de Dios anunciada operaba en los corazones (Hebreos 2:3-4). Así también debería ser en todo servicio que Dios confía a sus siervos. La fe que salva al pecador viene “por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17).

Por la predicación pura y sencilla de la Palabra, Dios aún ofrece la salvación al corazón que la recibe. Es precisamente en vistas de los días malos a los cuales hemos llegado, que el apóstol Pablo encarecía a predicar e instar “a tiempo y fuera de tiempo” (2 Timoteo 4:2). A menudo se oyen atractivos discursos sobre temas religiosos y morales que llaman la atención convocando multitudes. Sin embargo, si no se presenta la Palabra de Dios, no puede producirse la convicción de pecado, ni el arrepentimiento, ni la conversión.

Aunque humilde y “hecho semejante a los hombres” (Filipenses 2:7), Jesús era aquel de quien había escrito David: “Jehová... es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias; el que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias” (Salmo 103:3-4).

Convencidos del poder y la misericordia de Jesús, cuatro hombres le llevaron a un paralítico. “Y como no podían acercarse a él a causa de la multitud, descubrieron el techo de donde estaba, y haciendo una abertura, bajaron el lecho en que yacía el paralítico” (v. 4).

Para llegar hasta la presencia del divino Poseedor de la gracia y el poder, la fe encuentra numerosos obstáculos. Sin embargo, es capaz de hacerles frente porque es activa. La fe dice: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” (Filipenses 4:13). Los ejemplos del poder de la fe son innumerables. Busca hasta encontrar en Jesús el remedio que salva al pecador impotente. En este caso, abrieron el techo de una casa para ponerlo ante Aquel que había descendido del cielo hasta la

tierra para perdonar los pecados. Estos cuatro hombres, como los cuatro evangelios, ponen al pecador ante la mirada de Dios, y presentan a Dios a los hombres. Pero ¡cuántos impedimentos había puesto Satanás en su camino para que no llegaran a Jesús! Aun hoy son innumerables los estorbos que encuentra el alma cuando responde al llamado de Dios oyendo el puro y sencillo evangelio.

Notemos cómo el Señor cumple perfectamente las palabras del Salmo citado, siguiendo el orden en que están expresadas. Antes de sanarlo, otorga al enfermo el perdón de los pecados en respuesta a su fe: “Al ver Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados” (v. 5). El llamado a la misericordia de Jesús nunca es en vano, y la respuesta fue más allá de toda esperanza. “Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mateo 9:29). Dios estima la fe en su pleno valor pues él es quien la produce en el corazón y manifiesta su obra. Sin ella es imposible agradar a Dios; “porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan” (Hebreos 11:6). Esta era la fe que Jesús veía en quienes llevaban al paralítico.

“Estaban allí sentados algunos de los escribas, los cuales cavilaban en sus corazones: ¿Por qué habla este así?” (v. 6-7). Todo lo que oyeron del Señor no había logrado disipar sus tinieblas. Para ellos, Jesús era solo un hombre. Sin embargo, la última frase de sus reflexiones, encierra una verdad muy importante: “¿Quién puede perdonar pecados, sino solo Dios?”.

Esto era exacto, pero ellos desconocían que Dios estaba allí bajo la forma de un siervo. Había descendido del cielo, velando su gloria para ser accesible a todos. Conociendo Jesús sus pensamientos, dejó ver su divinidad, diciéndoles: “¿Por qué caviláis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu lecho y anda?” (v. 8-9). Los pecados eran la causa de todos los males. Bajo el gobierno de Dios en el cual Israel se encontraba, una enfermedad podía ser el resultado de tal o cual pecado, de manera que sanar a quien la sufría, era como decirle: “Tus pecados te son perdonados”. Únicamente Dios puede hacer esto. Encontramos este mismo principio cuando se trata del perdón eterno de nuestros pecados. Que un pecador arrepentido escuche: «Eres salvo», es lo mismo que escuche: “Tus pecados te son perdonados”. Para el pecador en la actualidad, como para el paralítico entonces, esto es el resultado de la venida de Jesús a la tierra. Sin embargo, él no se limitó a desplegar su poder y su misericordia en favor de su pueblo terrenal: “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero... y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2:24). Para convencer a los escribas, Jesús les dijo: “Para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a

tu casa... Todos se asombraron, y glorificaron a Dios, diciendo: Nunca hemos visto tal cosa” (v. 10-12). Efectivamente, nunca se había visto en este mundo a Dios en una persona. Pero venido el cumplimiento del tiempo, el Hijo del Hombre vino desplegando la gracia y el poder divinos que pueden librar a los hombres de sus pecados y sus consecuencias.

¡Qué gozo que aún nos encontremos en el tiempo en que esta gracia y este poder obran en favor de todos, por el evangelio que es “poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego” (Romanos 1:16)!

El llamamiento de Leví

Después volvió a salir al mar; y toda la gente venía a él, y les enseñaba.

“

En su incesante actividad, Jesús bordeaba el mar de Galilea seguido por una multitud a la cual enseñaba. “Y al pasar, vio a Leví hijo de Alfeo, sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme” (v. 14). El empleo de Leví, quien es llamado también Mateo (Mateo 9:9), era uno de los más viles a los ojos de los judíos, pues el pago de los impuestos les recordaba su penosa sujeción al yugo romano. Jesús no solo quería buscar y salvar estos publicanos, sino que también deseaba emplear uno de ellos a su servicio. “A los que antes conoció... a estos también llamó” (Romanos 8:29-30). Siguiendo a Cristo, el Mesías, Leví sería libre y proclamaría la libertad del yugo del pecado (Juan 8:34-36). Más tarde, como administrador de los tesoros que le confió su Maestro, escribió el evangelio según Mateo.

El nuevo discípulo, cuyo nombre significa «unión», al oír el llamado del Señor obedeció inmediatamente, uniéndose al nuevo Maestro y al grupo que encabezaba. Aun hoy el Señor Jesús escoge a sus siervos, los llama y los forma para su servicio. El padre de Leví se llamaba Alfeo, cuyo nombre significa «instruido» o «jefe»; no obstante, su hijo sería instruido por el Señor, quien sería su jefe.

Los pasos del Maestro se dirigieron directamente hacia la casa de Leví. “Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él, muchos publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos” (v. 15). ¡Qué precioso privilegio! Allí, sentados a la mesa, en una comunión más íntima, oyeron las palabras de gracia y de verdad que salían de la boca del Señor.

“Y los escribas y los fariseos, viéndole comer con los publicanos y con los pecadores, dijeron a los discípulos: ¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores?” (v. 16). Al igual que los escribas, testigos de la curación del parálítico, estos fariseos desconocían a Jesús y la gracia que lo había hecho descender en medio de los pecadores. Pensaban que no tenían ninguna necesidad de él. Su actitud fue muy diferente a la de quienes llevaron al parálítico ante la presencia del Señor. Se mantuvieron a la distancia considerándose dignos, porque viendo a Jesús a la mesa con los pecadores, opinaban que el contacto e identificación con esas personas lo contaminaba. Pero no sabían que su perfecta pureza y santidad le permitían tocar a un leproso sin ser contaminado. El Señor veía a todos los hombres en un estado moral representado por la lepra, la fiebre, la parálisis, la ceguera, la sordera, el mutismo; y él había venido para curarlos y salvarlos. No es de extrañar que haya querido estar en medio de aquellos que se reconocían en ese estado. Esto era lo que la respuesta de Jesús les debía hacerles comprender: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (v. 17).

El Señor no da a entender aquí que en este mundo haya una categoría de justos, en medio de la cual se encuentran pecadores, a quienes él venía a salvar. Quiere decir que aquellos que se reconocen pecadores se benefician de su llamado. Dios dice: “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:22-23).

Pero no todos reconocen esto, y por lo tanto no sienten ninguna necesidad de un Salvador. El Espíritu Santo debe realizar un largo trabajo en ellos para llevarlos a reconocer su estado de pecado y de perdición delante de Dios, y su incapacidad para cambiarlo. Sin embargo, desde el momento en que un alma tiene la convicción de su culpabilidad, y ve la imposibilidad de borrar un solo pecado suyo, acepta sencillamente y con gozo la salvación gratuita cumplida por Cristo en su muerte en la cruz.

Para llegar a la convicción de culpabilidad ante Dios, no hay que compararse con otros pecadores, porque estamos generalmente dispuestos a creernos mejores o peores que lo demás. La única medida del bien y del mal es Dios mismo en su perfecta santidad. Debemos compararnos con él para darnos cuenta de que tenemos necesidad de la sangre de Cristo que purifica de todo pecado. Todos aquellos que comparecerán ante el gran trono blanco serán juzgados según esta medida (Apocalipsis 20:11-12). La Palabra de Dios es la luz ante la cual el pecador debe examinarse para reconocer su estado. Ella le presenta al Salvador y su obra perfecta en la cruz que es

plenamente suficiente para salvar incluso al mayor de los culpables. Ante el gran trono blanco será demasiado tarde para comprender que se tenía necesidad de un Salvador. Allí todos lo comprenderán, pero el Juez delante de quien estarán será el Salvador a quien habían rechazado.

El Esposo presente

¡Qué maravillosa gracia trajo Jesús a los pecadores! Quienes la recibían encontraban el gozo y la paz. Podemos hacernos una idea de la felicidad de esa compañía de pecadores sentados con Jesús a la mesa en casa de Leví, así como el gozo de los discípulos rodeando a su amado Maestro a quien habían esperado tanto tiempo. Los discípulos de Juan y de los fariseos no habían comprendido la gracia que venía por medio de Jesucristo, como tampoco el cambio que él brindaba al corazón de todo aquel que lo recibía.

Los discípulos de los fariseos ayunaban, y esto era comprensible pues sus maestros incrédulos no tenían nada que ofrecerles; para ellos Jesús no era el Mesías prometido. Sin embargo, la actitud de los discípulos de Juan el Bautista nos sorprende, y despierta nuestra compasión a la vez. Habían oído al precursor anunciar la llegada del Mesías: “Este es de quien yo decía: El que viene después de mí, es antes de mí; porque era primero que yo... El que tiene la esposa, es el esposo... así pues, este mi gozo está cumplido” (Juan 1:15; 3:29). Muy pocos de los discípulos de Juan habían comprendido la realidad de este testimonio. ¡Cuántos lectores y oidores del evangelio de la salvación se hallan en el mismo estado espiritual! No ven la realidad de la obra redentora cumplida a su favor. Saben que Jesús murió y resucitó, pero no se apropian de sus benditos resultados. Estos vinieron a Jesús, y le preguntaron: “¿Por qué los discípulos de Juan y los de los fariseos ayunan y tus discípulos no ayunan?” (v. 18). Entonces Jesús les respondió:

“ ¿Acaso pueden los que están de bodas ayunar mientras está con ellos el esposo? Entre tanto que tienen consigo al esposo, no pueden ayunar (v. 19).

Quienes habían recibido a Cristo sentían un gozo similar al de los amigos de un esposo en el día de su boda. Nadie pensaría ayunar en un momento semejante. El motivo por el cual los discípulos de Jesús no ayunaban era tan simple como maravilloso. Tenían al esposo con ellos. ¡Qué gozo da al corazón el conocimiento y la presencia de Jesús, quien vino del cielo para dar al hombre una felicidad infinitamente mayor que la inocencia perdida por el pecado de Adán! ¿Conocen todos nuestros lectores esta felicidad?

Ahora bien, el Señor informó a sus discípulos que llegaría el tiempo en que tendrían que ayunar: “Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces en aquellos días ayunarán” (v. 20). Jesús les anticipó su muerte, sabiendo que el odio de los hombres no soportaría su presencia. ¡Qué momento doloroso para sus discípulos que tanto se habían alegrado de tenerlo entre ellos! El anciano Simeón lo había anunciado a María: “Una espada traspasará tu misma alma” (Lucas 2:35). En Juan 16:20, Jesús les dijo: “De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará... aunque vosotros estéis tristes”. Y en el versículo 22: “También vosotros ahora tenéis tristeza, pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo”. Estas palabras destacan la diferencia entre el gozo del mundo y el de los creyentes. Para el mundo que encuentra su felicidad sin Cristo, también su ausencia es un motivo de alegría. El creyente puede gozarse en Cristo, aun en las tribulaciones:

Regocijaos en el Señor siempre (Filipenses 4:4).

“

La fe lo hace presente ante los que esperan verlo en su gloria. Por el contrario, el mundo que se alegra sin él sentirá un inmenso terror cuando aparezca en gloria para el juicio.

A continuación, Jesús les puso el ejemplo de un remiendo nuevo en un vestido viejo, y del vino nuevo en odres viejos. Les mostró que las formas que caracterizaban al sistema de la ley no convenían al poder de la gracia que vino por medio de él. No se deben mezclar las dos cosas, pues no combinan, como tampoco lo hace un remiendo nuevo en un vestido viejo. Solo pone en evidencia la inferioridad del viejo, tira de él y la rotura se vuelve mayor. Así también los odres viejos no pueden soportar la fuerza del vino nuevo. Cada cosa debe ocupar su lugar. La ley dada por Dios a Moisés no pudo perfeccionar en nada al hombre, entonces debió dar lugar a la gracia que vino por medio de Jesús. El estado actual de la cristiandad está caracterizado por la mezcla de estos dos sistemas, el de la ley y el de la gracia. En gran parte consta de ciertas formas religiosas que solo están revestidas con el nombre de Cristo.

El día de reposo

“

Aconteció que al pasar él por los sembrados un día de reposo, sus discípulos, andando, comenzaron a arrancar espigas.

En este relato encontramos nuevas objeciones de los religiosos, que resaltan la diferencia ante el cambio de dispensación. Al pasar por los sembrados, los discípulos de Jesús arrancaban espigas para comerlas. Esto estaba permitido por la ley: “Cuando entres en la mies de tu prójimo, podrás arrancar espigas con tu mano” (Deuteronomio 23:25). Los fariseos se escandalizaron porque hacían esto en un día de reposo. Las ordenanzas y prohibiciones que ellos mismos habían elaborado estaban atadas como un pesado yugo sobre la cerviz del pueblo, quitándole la libertad de gozar de los bienes del Creador. En algunos sectores de la cristiandad ocurrió también esto; la ignorancia llevó a la prohibición de leer y alimentarse libremente de la Palabra de Dios, el trigo celestial.

La palabra Sabbat (sábado) que significa «reposo», se aplicaba al día séptimo, en el cual Dios “reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2:2-3). Cuando Dios llamó hacia sí a su pueblo Israel, le impuso guardar el sábado como señal entre ambos (Éxodo 31:13-17). Dios mostraba de esta manera que deseaba introducir al hombre en su reposo. Esta institución formaba parte de las ordenanzas, las cuales si el hombre las practicaba, viviría por ellas (Romanos 10:5). Ante la desobediencia del hombre, la venida de Cristo puso de lado el Sabbat, pero no el pensamiento de Dios de introducir al hombre en su reposo. Entonces, Dios mismo iba a trabajar. Este es el motivo por el cual Jesús estaba en la tierra, diciendo a los judíos en una circunstancia análoga: “Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo” (Juan 5:17). Él trabajó, y cumplió sobre la cruz la obra en virtud de la cual el creyente puede entrar por gracia en el reposo de Dios (Hebreos 4:3). El pecador solo debe creer. Por ello la fe en el sacrificio de Cristo reemplazó la guarda del sábado y todo el sistema legal. Muchas veces vemos en los evangelios a Jesús haciendo milagros en días de reposo, demostrando la inutilidad de la ley para cumplir los pensamientos de la gracia de Dios.

El Señor presentó aún otra razón por la cual las ordenanzas eran puestas de lado: “¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y sintió hambre, él y los que con él estaban; cómo entró en la casa de Dios, siendo Abiatar sumo sacerdote, y comió los panes de la proposición, de los cuales no es lícito comer sino a los sacerdotes?” (v. 25-26). ¿Nunca leísteis...? Seguramente habían leído en los libros de Samuel los relatos de David, pero su conocimiento era superficial, como parte de la historia de su pueblo, sin comprender el alcance espiritual. David, huyendo del rey Saúl, comió de los panes de la proposición, y dio a los que con él estaban, algo que era permitido solo a los sacerdotes (1 Samuel 21:1-6). David, el rey según el corazón de Dios, tipo de Cristo,

era rechazado, de modo que el sistema relacionado a su reinado ya no tenía ninguna razón de ser. De igual manera, ante el rechazo de Jesús, ciertas formas de culto perdían valor, y si el judío quería ser salvo, debía creer en ese Salvador rechazado.

Para concluir y convencer a sus opositores, Jesús les presentó otro argumento: “El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo” (v. 27). En efecto, el Creador lo hizo todo para el hombre, el gran Universo y todo lo relacionado con este. El hombre era el objeto por el cual los cielos y la tierra fueron creados –pero este hombre no era solo Adán, sino Cristo mismo– porque “todo fue creado por medio de él y para él” (Colosenses 1:16). La conclusión es entonces muy clara: “Por tanto, el Hijo del hombre es Señor aun del día de reposo” (v. 28). Tiene el derecho de disponer de todo lo que él mismo ha creado y ordenado. La humilde posición que tomó, participando de carne y sangre (Hebreos 2:14), no le quita su autoridad y poder. Como lo afirma el Salmo: “¿Qué es el hombre...? Le has hecho poco menor que los ángeles... Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies” (Salmo 8:4-6).

Capítulo 3 - Conflicto con los fariseos

Una curación en día de reposo

Jesús entró nuevamente en la sinagoga un día sábado, donde encontró a un hombre que tenía la mano seca. Los asistentes observaban si lo curaría, para poder acusarlo. Conociendo sus pensamientos, Jesús mandó al lisiado que se levantara delante de todos, y mirándolos dijo:

“ ¿Es lícito en los días de reposo hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla? (v. 4).

Puestos a prueba por estas palabras, no respondieron nada. Su conciencia no les permitía decir que no se debía hacer el bien en un día sábado, pues, si bien no estaban de acuerdo, sabían que era Dios quien los visitaba. Su amor no podía ser condenado por la ley, y menos aún si en ese día liberaba al hombre de sus males. Pero el odio de esos hombres por Jesús no les permitía aprobarlo, puesto que buscaban una oportunidad para destruirlo. La perfección de la vida del Señor no les dio oportunidad de encontrarlo en un error. No podían hallar pretexto para condenarlo sino en el libre ejercicio del amor divino, amor que no podía manifestarse en el círculo restringido de ordenanzas, bajo el cual el hombre permanecía en su miserable estado.

Estas ordenanzas que el hombre pretendía cumplir, le hacían rechazar la gracia, porque esta lo deja de lado. El pecador prefiere permanecer bajo la ley, y por lo tanto bajo el juicio de Dios, en vez de aceptar la gracia que lo libera de la condenación, mostrándole que otro tomó su lugar bajo ese juicio para rescatarlo.

Ante el silencio de sus observadores, Jesús se llenó de indignación: “Entonces, mirándolos alrededor con enojo, entristecido por la dureza de sus corazones, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y él la extendió, y la mano le fue restaurada sana” (v. 5). La ira forma parte de las perfecciones de la naturaleza divina. Es la indignación que Dios siente frente al pecado, tan repulsivo para su naturaleza. Podemos comprender fácilmente los sentimientos de Jesús ante la dureza del corazón de esos hombres insensibles al sufrimiento de sus semejantes, y más aún al amor que vino a liberarlos. ¡Cuánto debió sufrir Jesús viendo su amor despreciado y rechazado por el orgullo y el egoísmo de quienes habían ocupado el lugar de pastores entre el pueblo! Estos eran pastores mercenarios que no se preocupaban por las ovejas (ver Ezequiel 34).

Al ver realizado el milagro, los herodianos y los fariseos, dos sectas enemigas entre ellas, salieron inmediatamente y tuvieron consejo para matar a Jesús. Sin preocuparse por las intenciones de estos hombres malvados, el divino Siervo se retiró con sus discípulos para continuar su obra en otro lugar, así como un arroyo se aleja y toma otro curso al encontrar un obstáculo en su camino.

Jesús se dirigió al mar. Hacia allí lo siguió una gran multitud de todas las regiones vecinas, del otro lado del Jordán, y aún de Tiro y de Sidón, ciudades paganas situadas a orillas del Mar Mediterráneo. La incredulidad de los líderes del pueblo hacía que la gente cargada de necesidades encontrara en Jesús el amor y el poder suficientes para satisfacerlas. Presionado por la multitud, Jesús pidió a sus discípulos que pusieran a su disposición una barca, pues los que sufrían de alguna enfermedad se lanzaban sobre él para tocarlo. ¡Cuán admirable es Jesús en su humillación voluntaria! Era Dios en medio de sus criaturas, hecho hombre para servir las. Sin embargo, como hombre, para mantenerse alejado de la multitud que lo oprimía, no se protegió empleando su poder divino, sino que pidió una barca, como si tuviera necesidad de ella para estar a salvo. Esa perfecta humanidad atraía el corazón de sus criaturas. Este hombre era Dios manifestado en carne, manso y humilde de corazón, a quien los afligidos no temían echarse encima para obtener la sanidad que deseaban. ¡Qué maravillosa gracia! Pero, ¡cuán culpable es todo aquel que la desprecia!

Los demonios, al ver a Jesús, se postraban ante él, confesando que era el Hijo de Dios. También en este caso, el Señor les prohibió expresamente que lo den a conocer. No quería recibir el testimonio de los demonios. Los caracteres divinos que manifestó debían ser suficientes para que los hombres creyeran en él.

La negativa de Jesús a recibir el testimonio de los demonios nos enseña claramente que el creyente no debe tener nada que ver con estos seres. Vale la pena recordar esto, porque en el estado actual del cristianismo, donde la verdad de Dios está cada vez más abandonada, es aterrador ver con qué facilidad los hombres se relacionan con los espíritus malignos, a través del magnetismo, el espiritismo, el hipnotismo, para diversos fines, y sobre todo para obtener cosas que Dios no ha puesto a disposición de sus criaturas. Recordemos que, cualesquiera que sean los resultados obtenidos, Dios está fuera de todo esto, y todo cuanto se pueda producir se debe al poder engañoso de Satanás.

Este poder satánico, bajo el cual los hombres se entregan inconscientemente cada vez más, los abrazará gradualmente hasta el día en que alcance su pleno desarrollo en el juicio de aquellos que no han creído en la verdad. En aquel día Dios enviará “un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:9-12).

El llamado de los doce

Hasta este momento, varios discípulos seguían a Jesús. A algunos de ellos, había llamado personalmente: Simón, Andrés y los hijos de Zebedeo. Entonces

Estableció a doce, para que estuviesen con él.

“

Hasta este momento, varios discípulos seguían a Jesús. A algunos de ellos, había llamado personalmente: Simón, Andrés y los hijos de Zebedeo. Entonces “estableció a doce, para que estuviesen con él” El número doce nos habla de la perfección y la plenitud en la administración confiada al hombre: doce tribus, doce apóstoles, doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel, etc. Es el número más divisible (v. 14). Jesús quería compañeros en su servicio para predicar, sanar y echar fuera demonios. La predicación tenía el primer lugar en la actividad del Señor. De todos los dones del principio, este es el que permanece hasta hoy, pues Dios realiza su obra solo a través de la Palabra. Ya hemos visto en el primer capítulo que únicamente el Señor tiene la autoridad para llamar y dotar a los que quiere usar en su servicio. En el versículo 13 leemos que “llamó a sí a los que él quiso”. No son los que quieren o son designados por otra autoridad, quienes pueden ser consagrados al servicio del Señor.

La autoridad de Jesús se vio manifiesta al cambiar los nombres de algunos de ellos. Simón fue apodado Pedro, y Juan, Boanerges. Probablemente lo hizo conociendo su carácter, pues el nombre expresa cómo es la persona que lo lleva. En el caso de Pedro (que significa piedra), su nombre hace referencia a todos los creyentes. Cada uno de ellos es una piedra del edificio fundado sobre la roca que es Cristo mismo, confesado como Hijo del Dios viviente, así como Jesús le dijo a Pedro en Mateo 16:18: “Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia.

Jesús es juzgado por sus familiares y por los escribas

Cuando Jesús y sus discípulos regresaron a casa, la multitud los rodeó inmediatamente, a tal punto que ni siquiera podían comer su pan. Habiendo oído todo lo sucedido, los familiares de Jesús fueron con la intención de apoderarse de él, diciendo que estaba fuera de sí. Esta fue la apreciación del corazón natural viendo la obra que la gracia de Dios hacía a través del fiel y divino Siervo. Una vida de dedicación y servicio en la dependencia de Dios es considerada una locura, y si el hombre pudiera le pondría fin. Esto es lo que los familiares del Señor querían hacer. ¡Qué abismo hay entre los pensamientos de Dios y los pensamientos de los hombres!

Los escribas que habían ido desde Jerusalén, fueron aún más allá con sus maquinaciones. Como no podían negar el poder con el que Jesús expulsaba a los demonios, lo atribuyeron al jefe de los demonios. Jesús les mostró la locura de semejante afirmación, diciéndoles: “¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás?” (v. 23). Un reino dividido contra sí mismo no puede sobrevivir, ni tampoco una casa. “Si Satanás se levanta contra sí mismo, y se divide, no puede permanecer, sino que ha llegado su fin. Ninguno puede entrar en la casa de un hombre fuerte y saquear sus bienes, si antes no le ata, y entonces podrá saquear su casa” (v. 26-27). Jesús había venido hasta la tierra para liberar al hombre del poder del diablo. Para hacerlo tuvo que entrar en su casa y atarlo. Esto sucedió durante la tentación en el desierto. Allí Satanás se retiró, vencido por la obediencia del Señor, permitiéndole realizar libremente la obra de salvación en favor de los hombres. Jesús echaba fuera a los demonios con el mismo poder con el cual su jefe fue derrotado.

Con respecto a los creyentes, el poder que el diablo tenía sobre la muerte le fue arrebatado en la cruz:

“ Para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo (Hebreos 2:14).

El apóstol Pablo dice: “El Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies” (Romanos 16:20). Esto acontecerá cuando los redimidos sean completamente liberados. Durante el milenio, Satanás será atado, y no podrá dañar a los hombres. Finalmente, para el estado eterno, será arrojado al lago de fuego y azufre preparado para él y sus ángeles. Por desdicha también se encontrarán allí aquellos que prefirieron escuchar las mentiras del enemigo, en lugar de la verdad de Dios que les ofrecía la salvación.

La acusación de los escribas les trajo consecuencias muy graves. Jesús proclamaba que los pecados y las blasfemias serían perdonados a los hombres, pero que “cualquiera que blasfeme contra el Espíritu Santo, no tiene jamás perdón, sino que es reo de juicio eterno. Porque ellos habían dicho: Tiene espíritu inmundo (v. 29-30). Jesús expulsaba a los demonios por el poder del Espíritu Santo, de modo que decir que este poder era el del diablo era una blasfemia contra el Espíritu Santo. Los judíos como nación se colocaron bajo las consecuencias de este pecado, al rechazar el testimonio que desde Pentecostés el Espíritu Santo ha dado de Cristo. Por lo tanto no ha habido perdón para el pueblo; Dios lo apartó y lo dispersó entre las naciones.

La verdadera familia de Jesús

Todo lo que acababa de suceder testificaba claramente que no había relación posible entre Dios y el hombre según la carne. Dios lo había rodeado con todos sus cuidados antes de la ley y también bajo la ley, terminando este período de prueba con la venida de Cristo en gracia.

Después de esto, la madre y los hermanos de Jesús lo llamaron. Él se valió de esta circunstancia para declarar a todos que no reconocía ninguna relación entre él y el hombre en Adán, ni siquiera con su madre y sus hermanos, quienes representaban al pueblo judío del cual él provenía en su humanidad. Otros lazos se formarían por la acción de la Palabra; en adelante, su madre y sus hermanos serían quienes hacen la voluntad de Dios. Esto implica el nuevo nacimiento. Solo se puede hacer la voluntad de Dios poseyendo la naturaleza divina. En la carne esto es imposible; en este estado, el hombre no se somete a la ley de Dios, pues no puede hacerlo.

“ Todo aquel que hace la voluntad de Dios, ese es mi hermano, y mi hermana, y mi madre (v. 35).

Con estas palabras el Espíritu de Dios quiere mostrarnos que a través de las acciones seremos reconocidos como hijos de Dios. No basta decir que creemos; lo que debe distinguir al creyente de los incrédulos es el testimonio que da, un testimonio que consiste en obedecer la Palabra de Dios, ya que Dios nos expresa su voluntad a través de ella. Dios desea ver frutos. “La fe sin obras está muerta (Santiago 2:26). Dios dotó al creyente de una nueva vida capaz de producir fruto, por lo tanto, es natural que lo espere.

¡Que nuestro deseo sea obedecer a la voluntad de Dios en el breve tiempo que nos queda aquí en la tierra! El Señor Jesús mismo es nuestro modelo. Jóvenes y ancianos creyentes, que al considerar su vida de siervo perfecto, de hombre obediente y consagrado, podamos imitarlo y ser agradables a Dios. Entonces seremos reconocidos como aquellos a quienes el Señor no se avergüenza de llamar sus hermanos, hermanas y madre.

Capítulo 4

La parábola del sembrador

Puesto que el hombre natural es incapaz de hacer la voluntad de Dios, dicho en otras palabras, de dar fruto, Jesús indica en este capítulo cómo puede obtenerlo.

Una gran multitud se reunió alrededor de él junto al mar. Nuevamente Jesús se subió a una barca y desde allí, enseñaba muchas cosas por medio de parábolas. En la del sembrador mostró el cambio que Dios necesita operar debido al miserable estado en que se encuentra el hombre natural. Este cambio consiste en sembrar en los corazones su palabra vivificadora que producirá fruto allí donde encuentre un terreno preparado para recibirla. Hasta entonces, y bajo la ley, Israel era comparado a una viña de la que Dios solo pudo obtener malos frutos.

Ya hemos examinado esta parábola en el capítulo 13 de Mateo. Aquí solo vamos a enumerar los diversos terrenos en los que cae la palabra cuando es anunciada, como Jesús les explicó a los discípulos. Él hablaba en parábolas a ese pueblo que, persistiendo en su incredulidad, caía bajo el juicio pronunciado por el Señor en Isaías 6:9-10. Sin embargo, en el versículo 9, después de haber presentado las parábolas, deja a cada uno bajo la responsabilidad de lo que ha escuchado diciendo: “El que tiene oídos para oír, oiga” (Mateo 13:9). Es necesaria la fe para recibir lo que Dios dice, no obstante

La fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios



(Romanos 10:17).

La primera categoría está compuesta por aquellos cuyos corazones son semejantes a un camino. La semilla no puede penetrar, y el diablo, que siempre se opone a la conversión de un alma, se apresura a quitar la semilla que quedó en la superficie, presentando cosas que distraen al corazón. Esto para él es fácil pues siempre hay muchas cosas que logran desviar la atención de la Palabra. A menudo la semilla es arrebatada del corazón aún antes de que la persona se retire del lugar en donde la recibió.

En la segunda categoría la Palabra cae en lugares pedregosos. Como no hay tierra profunda, esta pronto crece. Se ven resultados, se manifiesta la satisfacción por haber escuchado el Evangelio, incluso esto puede ser visto como una conversión. Se toman buenas resoluciones, pero falta el

terreno de fondo, es decir, un corazón preparado. Cuando la oposición del mundo a lo que es de Dios llega, estos resultados desaparecen, el sol del oprobio y la persecución aunque no sea muy fuerte, lo destruye todo.

En el tercer caso, la semilla crece entre los espinos. Las respuestas a lo que se ha escuchado permanecen por más largo tiempo que en el caso anterior, pero la Palabra no ha sido asimilada lo suficiente como para que el corazón se vea liberado de los afanes de este siglo, del engaño de las riquezas y de “las codicias de otras cosas” (v. 19) (Marcos es el único evangelista que cita esta última frase). Se pretende estar ocupado a la vez de las cosas del mundo y las de Dios. Esto dura poco tiempo, y finalmente los espinos sofocan la Palabra sin que ningún fruto llegue a madurar.

Los que escuchan la Palabra y la reciben conforman el cuarto grupo. Esta es la buena tierra. No dice cómo esta tierra ha llegado a ser buena, ni cuánto tiempo fue necesario para prepararla. Sabemos que esta preparación tuvo lugar por medio de la acción de la Palabra escuchada, siendo recibida en el momento de ser presentada. Se produce fruto “a treinta, a sesenta, y a ciento por uno” (v. 20). Aquí la enumeración de los frutos producidos es de manera progresiva, probablemente porque Marcos presenta la obra del divino Siervo. En Mateo es decreciente: ciento, sesenta y treinta por uno (Mateo 13:8). En Lucas, nos muestra como la obra de la gracia produce con paciencia el fruto al ciento por uno (Lucas 8:15).

A partir del versículo 21, la enseñanza es muy específica del evangelio según Marcos. Ella está relacionada con la responsabilidad del siervo, siendo el servicio lo que el Espíritu de Dios tiene aquí por delante. Por eso él dijo a los discípulos, así como a todos los creyentes de hoy: “¿Acaso se trae la luz para ponerla debajo del almud, o debajo de la cama? ¿No es para ponerla en el candelero?” (v. 21). La Palabra de Dios operando en el corazón del que la recibe produce luz. Ahora bien, nadie en su sano juicio enciende una lámpara con la idea de que esta no alumbré. Cada creyente es una lámpara que Dios encendió por medio de su Palabra para que proyecte la luz divina a su alrededor, ya sea a través del testimonio que todos debemos dar, o a través de un servicio especial como la evangelización. Es responsabilidad de cada uno de nosotros no ocultar esa luz, porque tendremos que dar cuenta a Dios y allí todo será puesto en evidencia. Es inútil querer esconder algo de Dios. En el versículo 23 reitera: “Si alguno tiene oídos para oír, oiga”. En el versículo 9, esta advertencia dada a las multitudes, estaba dirigida a quienes no creían, haciendo a cada uno responsable de lo que ha oído. Sin embargo, aquí la exhortación se dirige a quienes recibieron la Palabra, para que presten atención a la manera en que realizan su servicio y cómo emplean lo que han recibido. En virtud de la muerte de Cristo, el creyente escapa al juicio que

merecía. No obstante, bajo el gobierno de Dios cada uno recibirá su recompensa según su fidelidad a lo largo de su vida, a partir de su conversión. Por eso Jesús dice: “Mirad lo que oís; porque con la medida con que medís, os será medido, y aun se os añadirá a vosotros los que oís. Porque al que tiene, se le dará; y al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará” (v. 24-25). Solemnes palabras con las cuales Dios sondea nuestros corazones y nuestras conciencias, preguntándonos hasta qué punto medimos para con los demás las palabras de gracia y de verdad que hemos recibido, así como una lámpara encendida proyecta la luz a su alrededor. Por el momento, esto puede parecer que no tiene consecuencias graves; pero se acerca el día en que no habrá nada secreto que no sea manifestado, y nada oculto que no sea visible. En ese día, según la justa apreciación de Dios, cada uno será medido de acuerdo a lo que haya medido. Desde ahora Dios añade bendiciones a los que son fieles: “Aun se os añadirá a vosotros los que oís. Porque al que tiene, se le dará”. Para poder ser enriquecido se debe dar valor a lo que uno ya posee, mientras que a los que se han conformado con una profesión sin vida, en el día del juicio se les quitará lo que han tenido.

Que estas palabras del Señor nos hagan conscientes a todos de nuestra responsabilidad de difundir la luz a través de una vida de obediencia y fidelidad a Cristo. Es breve el tiempo que nos separa de ese momento en que toda nuestra vida se manifestará a la plena luz, cuando no podremos volver a empezar para hacerlo mejor. Recordemos las dos advertencias de los versículos 9 y 23 de nuestro capítulo: “El que tiene oídos para oír, oiga”.

Las dos parábolas del reino de Dios

En estos versículos tenemos dos de las parábolas del capítulo 13 de Mateo, la correspondiente a la parábola de la cizaña y la del grano de mostaza que se hace un gran árbol. Aquí la enseñanza difiere considerablemente de la de Mateo; esto es a causa de la particularidad de cada uno de los dos evangelios.

Jesús es el que comenzó a sembrar en esta tierra. Su obra continuó a través de aquellos a quienes llamó para esto, y él ascendió al cielo. Allí espera el tiempo de la siega, cuando recogerá todo el fruto de lo sembrado, como en Mateo 13:30. Durante este tiempo, es como un hombre que, después de sembrar, no se ocupa más de su campo. Sin que él sepa cómo, la semilla germina, la planta crece, y él solo vuelve a ocuparse en el momento de la cosecha. Esta parábola es una ima-

gen del reino de Dios en la ausencia de Cristo. Él sembró, subió al cielo, y aparentemente no se ocupa más de los resultados de su obra hasta el momento en que él mismo introduzca en el cielo a los que creyeron durante su ausencia.

La parábola del grano de mostaza presenta otra forma exterior del reino de Dios en la ausencia de Cristo. Los resultados que son visibles, son diferentes a los que el divino obrero quería producir. En lugar de mantener su carácter primitivo de pequeñez, de humildad, cuando no tenía cabida en el mundo, el reino de Dios tomó la forma de una potencia protectora, representada por el gran árbol salido del pequeño grano de mostaza, símbolo de la humildad que debería haber caracterizado al reino. Si consideramos lo que llegó a ser la Iglesia exteriormente, ella aparece como un gran poder que no protegió a quienes siembran la Palabra, sino a los que reconocían la grandeza que ella había adquirido. Su autoridad fue ejercida sobre reyes y pueblos, y protegió a los más grandes enemigos de Cristo, como lo vemos a través de la historia de la Iglesia. Los verdaderos discípulos del reino de Dios dependen del Señor y no tienen que buscar ninguna otra protección.

Jesús pronunció varias parábolas de este tipo en ese momento, que probablemente son las que se relatan en Mateo 13. A los discípulos se las interpretaba claramente, pero a las multitudes solo les hablaba en parábolas. Notemos que Jesús tomó esta forma de lenguaje a partir del momento en que se manifestó su rechazo. Estas aparecen en el evangelio de Mateo a partir del capítulo 13 y en Lucas desde el capítulo 8. En el evangelio de Juan, no hay parábolas, pues en este evangelio, Jesús no es presentado al pueblo. Desde el principio los judíos son considerados reprobados y Jesús aparece como rechazado. El nuevo nacimiento es introducido inmediatamente (ver capítulo 1:10-13). En el capítulo 12, que concluye el ministerio público del Hijo de Dios, leemos las mismas citas de Isaías 6:9, 10. Estas tuvieron su cumplimiento pues el pueblo no había creído las palabras del Hijo de Dios, a pesar de todos los milagros que él había realizado entre ellos (Juan 12:37-43).

Jesús duerme durante la tormenta

Al caer la tarde, Jesús dijo a sus discípulos:

Pasemos al otro lado (v. 35).

“

Después de despedir a las multitudes, se embarcaron, habiendo tomado a Jesús “como estaba” (v. 36). Poco después, se levantó una tempestad y las olas llenaban la barca. A pesar de la tormenta, Jesús dormía en la popa sobre una almohada. Los discípulos afligidos, no entendiendo cómo podía dormir en ese momento, lo despertaron diciéndole: “Maestro, ¿no tienes cuidado que perecemos?” (v. 38). Ellos no habían comprendido aún quién era su Maestro, y tampoco tuvieron en cuenta lo que les había dicho: “Pasemos al otro lado” (v. 35). Si hubieran confiado, habrían estado seguros de que llegarían a pesar de la tormenta. Su Maestro era Dios, el creador de las olas y de los discípulos. A pesar de su humanidad y humildad, seguía siendo el mismo. No era posible que perezca por las aguas que él mismo había creado, ni que dejara perecer a aquellos a quienes había venido a salvar. En perfecta calma, Jesús el Siervo fatigado descansaba en ese momento en que su servicio lo dejaba libre para dormir. No obstante, su reposo fue perturbado por la falta de fe de los discípulos más que por la tormenta. “Y levantándose, reprendió al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y cesó el viento, y se hizo grande bonanza” (v. 39). Jesús usó su poder divino siempre en beneficio de los suyos, jamás lo hizo para sí mismo. Imponiendo silencio a los elementos desencadenados, calmó los corazones de sus discípulos, quienes no comprendían que, mientras Jesús estuviera con ellos, no era mayor el peligro en una tormenta que en un día sereno. Él entonces les dijo: “¿Por qué estáis así amedrentados? ¿Cómo no tenéis fe?” (v. 40). Cuando Jesús calmó la tempestad, tuvieron gran temor, y dijeron entre ellos: “¿Quién es este, que aun el viento y el mar le obedecen?” (v. 41). ¡Cuán pequeño y débil es el hombre! Se asusta en presencia de elementos naturales más poderosos que él, e igualmente tiene temor ante el poder de Dios, incluso cuando este obra en su favor.

Aquí el Señor quiso enseñar a sus discípulos, y a nosotros hoy, que no debemos dejarnos atemorizar por las circunstancias que encontramos en nuestro camino; ni siquiera a través del mar turbulento de este mundo, pues Jesús está con nosotros como lo prometió. Si Dios permite que encontremos dificultades que parecen insuperables a nuestros ojos, es para que conozcamos más su bondad, su amor y su poder, actuando en favor de los suyos y a disposición de la fe. Si hemos tomado con nosotros al Señor, “como estaba” (v. 36), despreciado, rechazado, pero siendo el Dios salvador, el Todopoderoso, invisible a los ojos de la carne, y siempre presente a la fe, no tendremos nada que temer. Él es quien nos puso en camino hacia el cielo, y hasta que no alcancemos esa orilla eterna, él está con y por nosotros, y desea ver que nuestra fe se manifieste con tranquilidad, en medio de las circunstancias más adversas.

Capítulo 5 - La autoridad sobre los demonios, la enfermedad y la muerte

El endemoniado gadareno

En este capítulo nos encontramos con otro cuadro del ministerio de Jesús y del estado en que encontró al hombre, incapaz de dar fruto y bajo el poder del diablo.

Cuando llegó a la otra orilla, a la tierra de los gadarenos, Jesús se encontró con un extraño endemoniado que vivía en los sepulcros. Este tenía tal fuerza que rompía los grillos y las cadenas con que habían intentado dominarlo. Deambulaba día y noche por las tumbas y las montañas, gritando y golpeándose con piedras (v. 5). Únicamente Dios puede presentarnos esta imagen del estado del hombre esclavizado por Satanás, pues solo Él conoce los efectos de ese poder sobre su criatura. El hombre había sido destinado para disfrutar libremente de cuanto había en la rica y bella creación para su felicidad. Allí todo era exuberancia de vida, sin pecado ni dolor. ¡Cuánta diferencia a partir del momento en que el hombre escuchó la voz del seductor! ¡Qué decadencia, qué opresión, qué ruina y qué sufrimiento! De ahí en adelante la vida no fue más que tristeza y dolor. Y esta tierra, de donde debía fluir la abundancia, se abrió para recibir a los muertos, transformándose en un cementerio. Sin embargo, el hombre no puede permanecer en ese estado sin buscar remediarlo. Aun hoy intenta encadenar el poder de Satanás luchando contra los excesos de todo tipo: la violencia, la embriaguez, la inmoralidad, etc. Pero estos son solo logros aparentes. Las ataduras pronto se rompen, y se continúa en el mismo estado. Es precisamente a este lugar adonde el Hijo de Dios vino trayendo el único medio eficaz que libera al hombre. ¡Con cuánta gratitud y alegría debería haber sido recibido en su venida! Pero sabemos que no fue así, como también lo demuestra el final de esta historia. El endemoniado, que se llamaba a sí mismo Legión porque muchos demonios lo poseían, reconoció a Jesús como el Hijo de Dios, como sucedió en otros casos anteriores. Viéndolo de lejos, “corrió, y se arrodilló ante él. Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes. Porque le decía: Sal de este hombre, espíritu inmundo... Estaba allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciendo. Y le rogaron todos los demonios, diciendo: Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos” (v. 6-8; 11-12). Jesús se lo permitió, y los demonios entraron en los cerdos, los cuales corrieron por un despeñadero y se precipitaron hacia el mar. Viendo lo sucedido, quienes apacentaban los cerdos huyeron, contándolo en la ciudad y en el campo. Los que vinieron a ver lo acontecido encontraron al endemoniado, sentado, vestido y en su juicio cabal. Lejos de regocijarse por la liberación del desdichado, estas personas tuvieron miedo y le pidieron a Jesús

que se retirara de su territorio. Obraban bajo la influencia de Satanás, quien actúa sutilmente en los corazones para impedirles recibir a Jesús, el único capaz de liberar al hombre. Es así como el enemigo continúa su trabajo en los que le escuchan. El hombre natural siempre tiene algo que perder si recibe a Jesús, y para evitar esto, rechaza al Salvador. Era vergonzoso encontrar en la tierra de Canaán un rebaño de cerdos, estos animales inmundos cuyo uso Moisés había prohibido, pero era peor aún preferirlos a ellos en lugar de Jesús. El hombre ama la desobediencia y la esclavitud de Satanás en lugar de la presencia del Hijo de Dios. Esta presencia libera, trayendo una luz sobre la cual el mal no puede prevalecer. “Los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas” (Juan 3:19).

Cuando Jesús estaba subiendo a la barca, el que había sido endemoniado le rogó que le dejase ir con él. Pero Jesús no se lo concedió, sino que le dijo:

“ Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti (v. 19). ”

El deseo de este hombre era comprensible. Estar con el Señor es el deseo de todos los que son salvos. Pero hay un testimonio que dar entre los que lo rechazaron, esperando el dichoso momento de estar con él. Debemos dar a conocer la gracia de la que somos beneficiarios y comenzar por nuestra propia casa. “Vete a tu casa, a los tuyos” (v. 19), dice el Señor. A veces es difícil, porque sentimos que el testimonio que damos no siempre está en conformidad con nuestras palabras; pero dejemos que la Biblia regule nuestras vidas y podremos imitar a este hombre, no solo en nuestras familias, sino en todo lugar. “Se fue, y comenzó a publicar en Decápolis cuán grandes cosas había hecho Jesús con él; y todos se maravillaban” (v. 20).

Este endemoniado sanado representa a aquellos que en Israel, luego de verse beneficiados con la presencia de Jesús, dieron testimonio después de su partida, mientras que el pueblo que lo rechazó continuó bajo el poder del enemigo. Como la manada de cerdos que se precipitó al mar, ese pueblo fue expulsado entre las naciones y, en cierta manera, ahogado como nación, condición en la que permanecerá hasta el momento en que, después de un tiempo de terribles pruebas, “mirarán al que traspasaron” (Zacarías 12:10; Juan 19:37).

La hija de Jairo

Habiendo sido expulsado de la tierra de los Gadarenos, Jesús volvió a la otra orilla, donde inmediatamente lo rodeó una gran cantidad de gente. Desde el principio de su ministerio en este evangelio lo vemos constantemente rodeado de multitudes, a las cuales servía con dedicación, siempre dispuesto a responder al llamado de la fe.

Un jefe de la sinagoga, llamado Jairo, se acercó a Jesús y, postrándose a sus pies, le rogó insistentemente, diciendo: “Mi hija está agonizando; ven y pon las manos sobre ella para que sea salva, y vivirá” (v. 23). Jesús fue con él, acompañado por toda la gente que lo oprimía.

Entre la multitud había una mujer que estaba enferma desde hacía doce años, y había sufrido de muchos médicos. Ella había gastado todos sus bienes en vano, pues su condición iba empeorando. Cuando oyó hablar de Jesús, se acercó por detrás y tocó su manto, porque decía: “Si tocare tan solamente su manto, seré salva” (v. 28). La fe de esta mujer no quedó sin respuesta: en seguida se dio cuenta que había sido sanada. Jesús, sabiendo el poder que había salido de él, preguntó quién lo había tocado, y mientras miraba a su alrededor para ver quién había hecho esto, sus discípulos le dijeron: “Ves que la multitud te aprieta, y dices: ¿Quién me ha tocado?” (v. 31). En efecto, la multitud lo presionaba; pero no estaba en relación directa con él por la fe. Hay una gran diferencia entre una persona que teniendo necesidades reales se pone en contacto con el Señor por la fe, y una multitud que sigue a Jesús solo por admiración. La mujer, viéndose descubierta, se acercó temblando y se postró a los pies de su Salvador, diciéndole toda la verdad. ¿Tenía miedo de un reproche? En lugar de esto, oyó de boca del Señor la confirmación de lo que había experimentado, pues él le dijo:

“ Hija, tu fe te ha hecho salva; vé en paz, y queda sana de tu azote (v. 34).

Muchas personas han tenido fe para ir a Jesús, sabiendo que solo él puede salvarlas, y después de haber recibido la paz se retiran, por así decirlo, sin ponerse en una relación práctica con el Señor, ni dar testimonio de él ante el mundo. Nadie en la multitud sabe que se han convertido; no disfrutan de las preciosas declaraciones del Señor que fortalecerían su fe, y le privan del testimonio que le es debido por todo lo que ha hecho por ellas. Tampoco pueden progresar en el conocimiento de su amor. Jesús quiere llenarlas de felicidad. Como a aquella mujer, busca a los que ha salvado, para que lo conozcan mejor.

Querido lector, debe recordar esto. Si posee el perdón de sus pecados, no permanezca como un desconocido entre la multitud. Debe confesar lo que el Señor ha hecho por usted. Este será el camino para progresar en el gozo de su gracia.

Mientras Jesús todavía hablaba, vinieron de la casa de Jairo para decirle: “Tu hija ha muerto; ¿para qué molestas más al Maestro?” (v. 35). Al oír esto, Jesús dijo al jefe de la sinagoga:

No temas, cree solamente (v. 36).

“

El amor y el poder estaban allí en Jesús: un amor perfecto que había venido hacia la tierra atraído por la miseria del hombre, y un poder irresistible. Esperaban el contacto de la fe: “Cree solamente”: esto es lo que Dios pide al pobre pecador; también es lo que pide a los suyos en todas sus dificultades.

Jesús tomó consigo a Pedro, Jacobo y Juan, no permitiendo que nadie lo siguiera, excepto el padre y la madre de la niña. Echó fuera de la casa a los que lloraban y endechaban, según las costumbres orientales en caso de muerte, diciéndoles: “¿Por qué alborotáis y lloráis? La niña no está muerta, sino duerme. Y se burlaban de él” (v. 39-40). La muerte es un sueño que no puede prolongarse en la presencia de Dios. Jesús tomó la mano de la niña y “le dijo: Talita cumi; que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate. Y luego la niña se levantó y andaba, pues tenía doce años. Y se espantaron grandemente. Pero él les mandó mucho que nadie lo supiese, y dijo que se le diese de comer” (v. 41-43).

En este evangelio en particular, vemos que el Señor hacía sus obras evitando despertar la curiosidad del mundo. Hay una diferencia entre dar testimonio de la gracia de Dios luego de haber sido beneficiado por ella, y publicar hechos maravillosos e interesantes, como los que Jesús realizaba, buscando asombrar a la gente que no tiene necesidad espiritual. ¿Estaríamos tan ansiosos hoy de contarle al mundo nuestra conversión como de relatar cualquier milagro que sucediera? Es fácil entender por qué el Señor le dice al endemoniado sanado que vaya a su casa y cuente las grandes cosas que él le había hecho, y por qué aquí prohíbe hablar de la resurrección de esta joven.

El Siervo divino no necesita la reputación del mundo, como tampoco la necesitan aquellos a quienes emplea en su servicio. La aprobación del Maestro es suficiente, él la da en lo secreto. En el día en que todo se manifieste, esta aprobación se hará pública, y todo contribuirá para la gloria de Dios.

Estos dos relatos exponen también en sentido figurado el servicio de Jesús en la tierra. Él había venido a sanar a Israel, que como la hija de Jairo estaba moribundo, y al igual que ella murió. En el estado en que se encontraba no era posible ser sanada. La muerte es el fin de todo hombre y de Israel según la carne, sin embargo, Dios tiene el poder para resucitar. Esto es lo que el Señor cumplirá para su pueblo al final, según Ezequiel 37. Mientras tanto, todos aquellos que reconocen su estado de perdición, como la mujer que tocó a Jesús, pueden acudir por fe para beneficiarse individualmente de los recursos de la gracia y ser salvos. Esta obra se cumple desde los días en que Jesús estuvo en la tierra y continuará hasta su regreso. ¡Que él sea alabado, mientras continúa operando en el corazón de muchas personas aún para que puedan ser salvas durante este período de gracia, aguardando la resurrección de Israel!

Capítulo 6 - Aumenta la oposición de las clases religiosas

Jesús en Nazaret

Jesús regresó a su tierra, seguido por sus discípulos. En el día de reposo comenzó a enseñar en la sinagoga, pero lo que decía, lejos de convencer a quienes escuchaban, suscitó cuestionamientos sobre su persona en los corazones de muchos. “¿De dónde tiene estas cosas?”, decían. “¿Y qué sabiduría es esta que le es dada, y estos milagros que por sus manos son hechos? ¿No es este el carpintero, hijo de María, hermano de Jacobo, de José, de Judas y de Simón? ¿No están también aquí con nosotros sus hermanas?” (v. 2-3). Conocían la familia de Jesús, y lo consideraban el hijo mayor de María. Además, Jesús había ejercido el oficio de José, lo suficiente tiempo como para merecer el apelativo de “carpintero”. Siendo testigos de la manera en que su vida había transcurrido en medio de ellos hasta entonces, estos nazarenos se escandalizaron por el poder divino que él desplegó. Esto debía haberlos convencido de quien era Jesús realmente para ellos de parte de Dios. Lo mismo sucede hoy en día cuando los que escuchan la Palabra de Dios no reconocen su autoridad. Se discuten los medios y se rechaza la fuente. Más allá de estos motivos visibles que los llevaban a rechazar a Jesús, lo cierto y maravilloso era que, para traer las bendiciones prometidas a su pueblo, el Hijo de Dios había descendido a esta tierra. Había tomado la forma de un hombre, naciendo de mujer, y confundiéndose entre los otros hombres hasta el día de su manifestación a Israel. Como siervo profeta vivió en medio de su pueblo en la dependencia de Dios. En él se hallaban todos los recursos de la gracia y el poder divinos a disposición de los hombres para que pudieran verse beneficiados por medio de la fe. Sin embargo, faltaba esa fe. Por eso “no pudo hacer allí ningún milagro, salvo que sanó a unos pocos enfermos, poniendo sobre ellos las manos” (v. 5).

Jesús estaba asombrado de la incredulidad de ellos (v. 6).



Comprendemos su asombro, pues había venido del cielo para liberar a su pueblo de las consecuencias del pecado, tal como los profetas lo habían anunciado. Nació en Belén, precedido por Juan el Bautista, y realizó con palabras y con hechos todo lo que debía convencer a los judíos de que él era el Mesías prometido. Todo esto lo cumplió con un amor infinito, que hacía de él el siervo de todos.

¡Cuán grande es la responsabilidad del hombre ante el amor de Dios, que vino a él en la persona de su Hijo para liberarlo de las consecuencias del pecado y salvarlo! La dificultad que el hombre encuentra ante los recursos que Dios le ofrece se halla en el hecho de que están dirigidos a la fe. Esto es precisamente lo que le desagrada. Este medio lo pone de lado, así como todos sus pretendidos recursos, y para el hombre es humillante. Jesús no se presentó de una manera atractiva para la carne. Sus palabras no adulaban el corazón natural, un corazón demasiado malo para que el Único que lo sondea hasta las entrañas pueda decir cosas buenas sobre él. Se entiende así que sin fe es imposible agradar a Dios. La incredulidad impide que el Señor haga Su obra; el pecador incrédulo permanece bajo la ira de Dios. Jesús dijo a los judíos: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis” (Juan 8:24). Verdad solemne que dejará sin excusa a los que comparezcan ante él en el día del juicio.

Jesús sabía que “no hay profeta sin honra sino en su propia tierra, y entre sus parientes, y en su casa” (v. 4), y a pesar de la incredulidad de ellos, “recorría las aldeas de alrededor, enseñando” (v. 6). Su ministerio se cumplió con una paciencia que solo el amor divino podía producir.

El envío de los doce discípulos

A pesar de la incredulidad de los de su tierra, Jesús no se dejó desanimar, y envió a los doce que había escogido para estar con él (cap. 3:13-19), para que en todo lugar la gente pudiera verse beneficiada con su presencia. También les dio autoridad sobre los espíritus inmundos. Jesús tenía autoridad sobre el poder de Satanás por cuanto había atado a ese hombre fuerte al principio de su ministerio, y además podía conferir este poder a los hombres, para que hicieran la misma obra que él. Revestidos de esta autoridad, los doce discípulos salieron bajo la protección de Aquel que se había presentado al pueblo esperando ser recibido. “Les mandó que no llevaran nada para el camino, sino solamente bordón; ni alforja, ni pan, ni dinero en el cinto, sino que calzaran sandalias” (v. 8-9). Debían posar en la casa donde fuesen hospedados, y cuando salieran, debían sacudir el polvo de sus pies contra aquellos que no los hubieran recibido ni escuchado, para que esto les sirviera de testimonio. Este servicio era realizado en favor de Israel y bajo la autoridad de aquel que debía ser recibido por su pueblo. Quienes lo rechazaran quedarían bajo juicio. Después de la cruz, cuando los discípulos fueron a su servicio en medio de un mundo que había llevado a la muerte a su Señor, debieron proveerse a sí mismos. Su Mesías ya no estaba presente ni visible para protegerlos. No significaba que los mensajeros de la gracia no tuvieran que depender más del que los envió, sino que el Señor quería mostrarles el cambio que estaba ocurriendo para ellos, sirviendo a un rey rechazado (Lucas 22:35-38).

Los discípulos predicaron entonces el arrepentimiento, expulsaron a muchos demonios, ungiéron con aceite a muchos lisiados y los sanaban. El arrepentimiento debía ser anunciado en primer lugar. Esto era indispensable para que el Señor pudiera establecer su reinado sobre los hombres pecadores. Los milagros que acompañaban la predicación manifestaban el poder de Aquel que estaba presente para instaurar su reino, arrebatando a los hombres de manos del enemigo. Esto sucederá cuando Cristo vuelva para establecer su glorioso reinado. Día de gloria para quienes creyeron en él durante su ausencia, pero también día ardiente como un horno para todos aquellos que lo rechazaron.

Herodes y Juan el bautista

Herodes oyó hablar de Jesús. Para algunos era Elías, y para otros un profeta. Para Herodes, cuya conciencia le acusaba por el crimen que había perpetrado para agradar a Herodías, Jesús era Juan el Bautista, resucitado de entre los muertos. Y decía: “Por eso actúan en él estos poderes” (v. 14). “Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo; y oyéndole, se quedaba muy perplejo, pero le escuchaba de buena gana” (v. 20). Pero en lugar de permitir que su conciencia quede bajo la influencia de la palabra de Juan, y romper con sus pecados, la cargó con un crimen atroz matando al hombre a quien reconocía como justo y santo. Se hizo siervo de una mujer corrupta como él, que buscaba apagar esa luz que tanto le molestaba.

Este crimen no cambió la justa apreciación que tenía Herodes respecto de Juan. Además se puede suponer la incomodidad del rey al pensar que, habiendo resucitado, podría volver a verlo. Pero el desdichado no se encontrará con el profeta, sino con aquel de quien Juan fue el precursor, y no como Salvador, sino como Juez.

¡Qué momento solemne para los hombres que pensaban librarse del Hijo de Dios llevándolo a la muerte, pero se verán ante él cargados con sus pecados! Será un momento terrible, no solo para los que participaron en el rechazo de Cristo cuando estaba en la tierra, sino también para aquellos que desde entonces desprecian la gracia que se les ha concedido, mostrando contra él el mismo odio que quienes lo crucificaron. Algunos hombres dicen que son incrédulos, pero no existen conciencias incrédulas. En diferentes grados, la incredulidad es solo un proceso totalmente ineficaz que busca silenciar la voz de la conciencia. En lugar de tratar de sofocarla, debemos escucharla y permitirle ser iluminada por la Palabra de Dios. Cuando, bajo el efecto de esta luz, el pecador ve el horror de su condición, la gracia le presenta el valor de la sangre de Cristo que pu-

rifica de todo pecado. Entonces, por la fe, una conciencia purificada reemplaza a una conciencia cargada de pecados. Es la felicidad, el gozo y la paz con Dios, a cambio del terror y la angustia de pensar que un día se encontrará ante este Dios justo y santo como juez.

No volveremos sobre las circunstancias que determinaron la muerte de Juan el Bautista y que hemos visto en detalle en el Evangelio según Mateo. El relato de Marcos muestra que el rechazo de Cristo ya había sido confirmado por el de su precursor.

El regreso de los apóstoles

Estos versículos nos presentan una circunstancia que forma parte del servicio y que es de mucho interés para los siervos del Señor, así como para todos los redimidos, pues todos tienen un servicio que realizar.

Marcos nos muestra a Jesús en su relación con aquellos a quienes llamó para trabajar con él. En el capítulo 1:17 les dijo: “Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres”. Ellos estaban con él para ser formados. En el capítulo 3:13-14, llamó a los que él quería y estableció a doce para que estuviesen con él. En el versículo 7 de nuestro capítulo, los envió de dos en dos, revestidos con su poder, y bajo su protección, a fin de hacer la obra para la cual los había preparado.

Cuando regresaron, se reunieron de nuevo alrededor de él y descansaron junto a él. “Le contaron todo lo que habían hecho, y lo que habían enseñado. Él les dijo:

“ Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer” (v.30-31).

A quien debemos informar sobre el servicio es al Maestro; lo que decimos y hacemos debe ser examinado en su presencia. Si hemos actuado según su pensamiento, habremos aprendido de él, y podremos adquirir la sabiduría necesaria para servirle cada vez mejor.

Los discípulos encontraron en Jesús un corazón lleno de consideración por ellos. Él era el Maestro y el Siervo perfecto. Sabía que la obra no se realiza sin cansancio, pues él mismo se sentó cansado junto al pozo de Sicar (Juan 4:6). Los invitó a ir al desierto a descansar un poco. Jesús sigue siendo hoy el mismo para los suyos. No pide más de lo que sus débiles siervos pueden lograr, y los cuida con el mismo amor. Cuán equivocado estaba el siervo malo cuando dijo: “Señor, te conocía que eres hombre duro” (Mateo 25:24). Si conocemos a Jesús, busquemos servirle fielmen-

te, sabiendo que es un Maestro bondadoso con todos, pequeños y grandes, para que cuando el tiempo del servicio haya terminado pueda decir: “Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu señor” (Mateo 25:21).

Este relato contiene otra enseñanza útil. Jesús invitó a los discípulos a descansar en un lugar desierto. Esto no solo era necesario por el movimiento de la multitud, sino que Jesús quería enseñarles a hacer como él. Después de su servicio, el Siervo perfecto se retiraba a un lugar apartado, en soledad, en lugar de exponerse a recibir la alabanza de los hombres. El lugar que conviene ocupar después del servicio es en la presencia del Señor, y no ante la admiración de los hombres y los hermanos. Si el siervo encuentra la ocasión de decir a otros, y no a su Maestro todo lo que ha hecho, corre el riesgo de elevarse. En un lugar apartado, y en la presencia del Señor, el modelo perfecto, el servicio se manifiesta con todos los defectos que lo caracterizan. Así se mantiene en la humildad y en el sano juicio de sí mismo y de sus obras. Esto lo hará cada vez más apto para cumplir fielmente su tarea.

Los discípulos pronto experimentaron que el verdadero descanso no se encuentra en la tierra. Como les dijo Jesús, en este mundo podemos descansar “un poco”, y luego continuar con el trabajo. El verdadero descanso, el descanso de Dios del que gozaremos eternamente, es el llamado “reposo” en Hebreos 4:9, el cual vendrá cuando toda obra haya terminado. El creyente debe esforzarse por entrar en ese reposo, en lugar de detenerse en el camino buscando descanso en este desierto. Mientras estamos en esta tierra, las necesidades abundan a nuestro alrededor y el amor no puede encontrar descanso en medio de ellas. Muchas personas vieron cuando los discípulos salieron en una barca, y habiéndolos reconocido, acudieron a pie desde varias ciudades y llegaron antes que ellos al lugar adonde iban, y allí se reunieron con Jesús. ¡Qué precioso centro de reunión! ¡Qué gozo es cuando los siervos del Señor en su búsqueda atraen a otros hacia su Persona!

La primera multiplicación de los panes

Jesús fue movido a compasión viendo a la gran multitud reunida junto a él, “porque eran como ovejas que no tenían pastor” (v. 34). Sus pastores, los líderes del pueblo, buscaban su propio interés; por ello, no podían ocuparse de las necesidades del rebaño, que solo el amor podía satisfacer. Pero Jesús, el dispensador de la bondad de Dios, comprendía las necesidades de su pueblo. En el relato correspondiente de Mateo (cap. 14:14), se nos dice que “sanó a los que de ellos estaban enfermos”. En Marcos, el evangelio que resalta su carácter de profeta, leemos que “comenzó

a enseñarles muchas cosas” (v. 34). La predicación siempre ocupaba el primer lugar. Solo esto salva al oyente, si cree en esta Palabra. Un milagro no puede inducirlo a prestar atención a la Palabra; solo manifiesta el poder del que habla. ¡Qué poder tenía la predicación de Jesús! No había mezcla en ella; todas sus palabras eran tales como el Padre se las daba. “El que Dios envió, las palabras de Dios habla” (Juan 3:34). Y dijo a los judíos:

Según me enseñó el Padre, así hablo (Juan 8:28).



Y en el versículo 26: “Lo que he oído de él, esto hablo al mundo”. Desdichadamente sabemos que solo unos pocos sacaron provecho de ello. Como el lugar estaba desierto y la hora era muy avanzada, los discípulos consideraron que era mejor despedir a la multitud, para que fueran a buscar alimentos, pues no tenían nada para comer. Jesús les respondió: “Dadles vosotros de comer”. Ellos le dijeron: “¿Que vayamos y compremos pan por doscientos denarios, y les demos de comer?” (v. 37). Los discípulos, ignorando lo que poseían en Jesús, pensaban en recursos materiales y visibles. No se daban cuenta de que estaba con ellos el creador del mundo y de todo lo que se halla en él. Se había revestido de humanidad para traer a los hombres los recursos divinos. Podía entrar en todas sus circunstancias, comprendía todas sus necesidades, simpatizaba con ellos en todos sus males, y siempre puso su poder a disposición de la fe. Olvidaban también que de él habían recibido la capacidad para hacer todas las cosas que acababan de contarle. Jesús, en su paciente bondad, quería que ellos comprendieran quién era realmente, y emplearlos como dispensadores de su gracia. No les pidió que alimentaran a las multitudes confiando en sus recursos. Él nunca confía a los suyos un servicio sin proporcionarles los medios para hacerlo. “Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo” (1 Pedro 4:11). Jesús les dijo: “¿Cuántos panes tenéis? Id y vedlo. Y al saberlo, dijeron: Cinco, y dos peces” (v. 38). Les ordenó que se sentaran en la hierba verde en grupos de cien y cincuenta personas. “Entonces tomó los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, bendijo, y partió los panes, y dio a sus discípulos para que los pusiesen delante; y repartió los dos peces entre todos. Y comieron todos, y se saciaron. Y recogieron de los pedazos doce cestas llenas, y de lo que sobró de los peces. Y los que comieron eran cinco mil hombres” (v. 41-44).

El Señor no solo responde a las necesidades existentes, sino que da mucho más. ¡Que podamos hacer esta experiencia más a menudo! Para esto, solo tenemos que obedecer cuando él pone ante nosotros cualquier deber, pues es quien provee lo necesario multiplicando lo que ya tenemos, lo que sin él sería insignificante.

Una nueva travesía

Jesús hizo subir a sus discípulos a una barca para que fueran delante de él a la otra ribera, mientras despedía a la multitud. Ahora sí podía enviarla de regreso, después de haber saciado “a sus pobres... de pan”, como dice el Salmo 132:15. El Señor nunca despide vacíos a quienes se acercan a él; y ellos se habían reunido junto a él (v. 33).

Jesús no siguió a sus discípulos, sino que se fue a una montaña para orar. Como siervo perfecto, siempre lo encontramos dependiendo de su Dios en todas las circunstancias. Para cumplir su servicio no descansaba en su poder, sino en su Dios y Padre, quien lo había enviado. Quería estar solo para orar a Dios libremente. ¡Qué modelo sublime, digno de contemplar y ser imitado!

Mientras Jesús oraba, sus discípulos se encontraban presa de las dificultades de la travesía. Siendo de noche, luchaban en la barca en la que el Señor los había enviado, porque el viento les era contrario. Esta es una verdadera imagen de lo que les sucede a los creyentes que están en este mundo durante la ausencia de Jesús; algo que el Señor conoce perfectamente bien. Su corazón, movido por la compasión hacia las multitudes, no lo es menos hacia sus agobiados discípulos: “Viéndoles remar con gran fatiga,... cerca de la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, y quería adelantárseles” (v. 48). Allí también, mientras iba a librarlos, puso a prueba su fe. Hizo como si quisiera ir más lejos. “Viéndole ellos andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma, y gritaron” (v. 49). Su presencia, lejos de tranquilizarlos, aumentó aún más su miedo. No lo reconocieron. Esto también nos sucede a nosotros cuando nos dejamos abrumar por las dificultades, mientras deberíamos estar ocupados de aquel que puede y quiere ayudarnos. No logramos verlo cerca de nosotros, lo cual calmaría nuestros corazones. Los discípulos, demasiado absortos por su situación, en lugar de pensar que el Señor venía a liberarlos, lo tomaron por un fantasma. Él, queriendo disipar sus temores, les habló y les dijo:

¡Tened ánimo; yo soy, no temáis! (v. 50).

“

Aunque sus discípulos conocían tan poco a su Maestro, ¡qué calma habrán sentido en sus corazones ante estas palabras: “Yo soy”! Para su felicidad y también la nuestra, ellas expresan infinitamente más de lo que podemos comprender. Hablan de lo que Dios es en lo infinito de su ser, manifestado en amor hacia los suyos en medio de las penosas circunstancias que atraviesan aquí en la tierra. Estas palabras aportan a este triste mundo todo lo que puede dar ánimo y seguridad, revelando lo que él es. Desde la gloria, Jesús nos dice aún hoy: “¡Tened ánimo; yo soy, no temáis!”.

Jesús subió a la barca, y el viento se calmó. Su poder apacigua la tormenta, y si su presencia es comprobada por la fe, la paz invade los corazones. Es por eso que el salmista podía decir: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo” (Salmo 23:4).

Los discípulos “se asombraron en gran manera, y se maravillaban”, pues “aún no habían entendido lo de los panes, por cuanto estaban endurecidos sus corazones” (v. 51-52). Es necesaria la perseverancia y la paciencia de Dios, quien en su gracia penetra nuestros corazones con su amor buscando llevarnos al conocimiento de Sí mismo. Esto es indispensable para que podamos contar con él, y glorificarlo mientras atravesamos las difíciles circunstancias de la vida presente.

La barca llegó a la otra ribera, en la región de Genesaret. Inmediatamente los habitantes reconocieron a Jesús y a los discípulos, y se apresuraron a anunciar su llegada en los alrededores. Desde todas partes, los enfermos eran traídos hacia él en lechos. Por dondequiera que Jesús entraba, en pueblos y ciudades, o en el campo, los lisiados, colocados al borde del camino, le rogaban que les permitiera tocar tan solo el borde de su manto. Y todos los que lo tocaban eran sanados.

¡Qué contraste con lo que había ocurrido en su tierra al principio de nuestro capítulo, donde solo pudo hacer unos pocos milagros! Para verse beneficiados con los infinitos tesoros de su gracia, siempre puestos a disposición de la fe, es suficiente reconocer a Jesús, como lo hicieron estas personas, incluso después de haberlo subestimado durante un tiempo, y recibirlo.

Capítulo 7 - Cristo confronta las tradiciones de los hombres

Los judíos y la tradición

Vemos aquí a Jesús rodeado, no por personas que venían a él con sus necesidades, sino por religiosos llenos de sí mismos. Estos encontraban en falta a los discípulos porque no se ajustaban a las tradiciones de los judíos. ¡Qué contraste entre la gracia de Jesús manifestándose hacia todos en amor, como lo hemos visto obrando en el capítulo anterior, y estos hombres que preferían las vanas formalidades de una religión carnal!

Los fariseos y escribas se acercaron a Jesús y le dijeron: “¿Por qué tus discípulos no andan conforme a la tradición de los ancianos, sino que comen pan con manos inmundas?” (v. 5). Los judíos, especialmente los fariseos y los escribas, observaban muy escrupulosamente muchas cosas recibidas por la tradición. Se lavaban cuando volvían del mercado, pensando que de esta manera se purificaban de las faltas cometidas en sus transacciones. Lavaban las tazas, vasijas, jarrones de bronce y camas, dándose una apariencia de gran santidad ante los hombres; pero esto era solo hipocresía. Estos desdichados que hacían reproches a los discípulos, no percibían que estaban llevándolos ante aquel que sondea los corazones y las entrañas. Jesús les respondió: “Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres” (v. 6-7; comparar con Isaías 29:13). Luego les mostró que la observancia de las tradiciones humanas anulaba los mandamientos de Dios, porque lo que viene del hombre no puede estar en armonía con lo que proviene de Dios. Como no podían cumplir la ley, la reemplazaban por reglas que tenían cierta semejanza con las ordenanzas de Moisés, cuyo significado no entendían. Las abluciones que eran parte del culto judío eran solo lavados externos que hablaban de las demandas de Dios acerca de la pureza de corazón. Pero esto solo se logra a través del sacrificio de Cristo. Todas esas prácticas religiosas carnales, que parecían justificarlos ante los ojos de sus semejantes, provenían de la fuente impura de su propio corazón, al cual no le bastaban los lavados de la tradición. Por el contrario, la observancia de estas ordenanzas desviaba a los hijos del cumplimiento de sus más legítimos deberes para con sus padres. En efecto, las ofrendas hechas para el templo dispensaba a los hijos de lo que se debía a los padres. Pero la ley decía: “Honra a tu padre y a tu madre” (v. 10; comparar con Éxodo 20:12). De esta manera, esta religión de la cual el hombre se enorgullecía, no honraba a Dios ni a quienes, después de Dios, se les debe el más grande honor, es decir a los padres. La religión de la carne siempre priva a Dios de lo que le es debido, alimentando el orgullo del hombre, incluso por medio de esfuerzos difíciles de cum-

plir. Pablo escribió acerca de los mandamientos de los hombres diciendo que “tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (Colosenses 2:23). En tanto Santiago, habla de la religión como el fruto de la vida de Dios: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27), es decir, andar en amor y en pureza según Dios nos permite mantener una relación práctica con él.

Jesús llamó a la multitud advirtiéndoles acerca de la inutilidad de una apariencia religiosa. Él les dijo: “Oídmelos todos, y entended: Nada hay fuera del hombre que entre en él, que le pueda contaminar; pero lo que sale de él, eso es lo que contamina al hombre. Si alguno tiene oídos para oír, oiga” (v. 14-16). Para Dios el corazón debe ser purificado, no las manos; y debemos velar acerca de lo que sale del corazón y no tanto de lo que entra en la boca.

Es la tercera vez que encontramos en este evangelio la advertencia: el que tiene “oídos para oír, oiga” (v. 16). Comprendemos así la importancia de escuchar a Aquel que sirvió como el Profeta entre su pueblo. Es a él a quien el Espíritu de Dios nos exhorta a considerar y escuchar en los capítulos 3 y 4 de la epístola a los Hebreos, donde nos es presentado como apóstol –el que enseña– y sumo sacerdote de nuestra profesión. También se nos dice tres veces en esos dos capítulos: “Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3:8, 15; 4:7). En el capítulo 12 de la misma epístola leemos otra vez: “Mirad que no desechéis al que habla. Porque si no escaparon aquellos que desecharon al que los amonestaba en la tierra, mucho menos nosotros, si desecháremos al que amonesta desde los cielos” (v. 25). Solo escuchando y creyendo la Palabra seremos salvos y guardados del mal hasta el fin.

Cuando Jesús se alejó de la multitud y entró en la casa, sus discípulos le preguntaron acerca de lo que había dicho sobre la contaminación que viene de dentro. Ellos también estaban tan acostumbrados al formalismo del culto judío que solo podían concebir la contaminación en su forma externa. Jesús les dijo: “¿También vosotros estáis así sin entendimiento?” (v. 18). Entonces les enumeró qué cosas contaminan al hombre, diciendo: “Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (v. 20-23). En presencia de semejante fuente de corrupción, ¿qué

valor podrían tener las formalidades de una religión carnal, que no pueden cambiar la naturaleza del hombre? Entendemos entonces que es necesario un nuevo nacimiento, y la purificación, por medio de la sangre de Cristo, de todos los pecados, frutos del viejo hombre.

Es muy humillante descubrir que nuestro corazón natural tan malvado es la fuente de todo el mal que hay en el mundo. Es por eso que el hombre, en su soberbia, aborrece la luz que la Palabra de Dios trae sobre su estado. Se cree bueno, o al menos capaz de mejorar, aunque Dios diga lo contrario. En leemos:

“ Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón (Jeremías 17:9-10).

Después del diluvio, el Señor dijo que ya no volvería a maldecir la tierra por causa del hombre, y que no destruiría más a todo ser viviente. ¿Acaso es porque Dios pensó que el juicio del diluvio daría una lección saludable a los hombres y que ellos mejorarían? Al contrario, el Señor dice: “Porque el intento... del hombre es malo desde su juventud” (Génesis 8:21). Por lo tanto, era inútil traer un juicio similar, pues el corazón del hombre, fuente de todo mal, nunca cambiaría; Dios iba a actuar de otra manera. Tenía en sí mismo los recursos necesarios. Después de un tiempo de paciencia, que duró más de veintitrés siglos desde el diluvio, el Hijo de Dios vino a este mundo para sufrir el juicio que merece el hombre pecador e incorregible. Es así como Dios puede ofrecer al culpable el perdón de sus pecados y comunicarle una nueva naturaleza que le permite hacer el bien. Ahora, si bien un diluvio no volverá a destruir a los impíos de la tierra, en 2 Pedro 3:7 leemos que “los cielos y la tierra que existen ahora, están reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos”. El fuego como símbolo del juicio total y final lo consume todo, mientras que el diluvio fue solo un juicio parcial, ya que ocho personas se salvaron. El juicio final es presentado por Dios después de haber ofrecido a los hombres el medio para escapar de él.

Es nuestro deseo que los lectores que aún no han nacido de nuevo acepten lo que Jesús dice acerca de sus corazones naturales en los pasajes que nos ocupan y comprendan que con tal naturaleza, no hay mejoría posible. Entonces estarán felices de aceptar el don de Dios, la vida eterna, en lugar de recibir la paga del pecado que es la muerte (Romanos 6:23).

La mujer sirofenicia

Versículos 24-30: Jesús fue a las regiones de Tiro y de Sidón, y entró en una casa, pero no quería que nadie lo supiera. Sin embargo, en ese país habitado por extraños a las promesas hechas a Israel, se encontró con la fe de una mujer sirofenicia cuya hija tenía un espíritu inmundo. Cuando oyó hablar de Jesús, esta mujer fue a postrarse a sus pies, rogándole que librara a su hija. Jesús le respondió: “Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos. Respondió ella y le dijo: Sí, Señor; pero aun los perrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos” (v. 27-28). Nuestros lectores notarán nuevamente aquí que la diferencia entre este relato y el de Mateo 15:21-28 está marcada por la particularidad del Evangelio. En Mateo, donde Jesús es presentado como Mesías, la mujer llegó a Jesús clamando: “¡Señor, Hijo de David, ten misericordia de mí!”. Jesús mantuvo ante ella el carácter de Hijo de David hasta el momento en que su fe la llevó a tomar humildemente su lugar. Entonces se encontró con el corazón del Dios de la gracia, quien es tanto el Dios de las naciones, como el Dios de los judíos (ver Romanos 3:29). En nuestro evangelio, Jesús simplemente obra como siervo, enviado primeramente a los judíos. “Deja primero que se sacien los hijos, porque no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos” (v. 27). Y cuando esta mujer hubo tomado el lugar que le correspondía con respecto a los judíos, pudo beneficiarse en gran medida de las migajas que ellos pisoteaban ignorando a Jesús. Fue a causa de ese rechazo que él se hallaba en esos confines. Entonces Jesús pudo decirle: “Por esta palabra, ve; el demonio ha salido de tu hija” (v. 29). La gracia de Dios no se limita a un solo pueblo; es para todos, y va hacia allí donde se encuentra la fe, fuera de toda cuestión de dispensación. Pedro, el apóstol de los judíos, se vio obligado a reconocer en el caso de Cornelio: “En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia” (Hechos 10:34-35).

La curación de un sordo

Jesús regresó al Mar de Galilea a través de la tierra de Decápolis, una región situada en el noreste de Palestina y habitada también por gentiles. Allí le trajeron a un sordo y tartamudo, y le rogaron que le impusiera su mano. “Y tomándole aparte de la gente, metió los dedos en las orejas de él, y escupiendo, tocó su lengua; y levantando los ojos al cielo, gimió, y le dijo: Efata, es decir: Sé abierto. Al momento fueron abiertos sus oídos, y se desató la ligadura de su lengua, y hablaba bien” (v. 33-35). Este hombre es una imagen del remanente de Israel al cual Jesús separó de la

nación incrédula, para que pudiera escuchar la voz de Dios y hablar de él. Esta obra debe realizarse en todos, ya que por naturaleza no entendemos el lenguaje divino, y no podemos hablar de Dios, ni alabarlo.

Jesús sentía profundamente en su alma el grado de miseria en el que había caído su pueblo, así como cada ser humano. De su corazón oprimido por semejante estado, se elevó hacia el cielo ese gemido tan humano como divino. Era el gemido del Siervo, nada menos que el Hijo de Dios, y era la expresión de su amor en medio de los estragos causados por el pecado en su criatura. En la tierra no hay recursos para la miseria del hombre. Por eso Jesús miró hacia el cielo, de donde vienen los recursos divinos. Su corazón no ha cambiado. Jesús conoce nuestros males y nuestras penas. Su interés por todo lo que nos acontece proviene del mismo amor que lo trajo a la tierra. Debemos mirar siempre a lo alto y elevar nuestras peticiones. Hacia allí suben esos suspiros indecibles por nuestra parte, pero comprendidos por Aquel que conoce cuanto sucede en nuestros débiles corazones, oprimidos por todo tipo de sufrimientos.

Jesús no quería que este milagro fuese conocido, pero cuanto más mandaba no decirlo, tanto más se divulgaba.

“ Y en gran manera se maravillaban, diciendo: Bien lo ha hecho todo; hace a los sordos oír, y a los mudos hablar (v. 37). ”

Todos tuvieron que reconocer la perfección de las obras de Jesús. Estas palabras expresan someramente todo el servicio que el Señor hacía mientras estaba en la tierra, y lo que continúa haciendo. En medio de la conversión, los oídos se abren a la Palabra de Dios, y la lengua se desata para alabarle y dar testimonio de él. A través de diversas circunstancias, a menudo dolorosas, también podemos decir que Dios hace todas las cosas bien. Aun cuando no lo comprendemos, “sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien” (Romanos 8:28).

Capítulo 8 - Las aflicciones de Cristo y las glorias que vendrían tras ellas

La segunda multiplicación de los panes

En el relato del capítulo 6:34, vimos como el Señor manifestó su compasión hacia las multitudes a causa de sus necesidades espirituales: “Eran como ovejas que no tenían pastor”. Les enseñó, proveyendo también a sus necesidades materiales; a las cuales, en esta segunda multiplicación se encuentra más ligada su compasión. Aquí no son los discípulos quienes fueron a decirle a Jesús que despida a la multitud para que vayan a buscar comida, sino que el Señor los llamó y les dijo: “Tengo compasión de la gente, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer; y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos” (v. 2-3). En su amor infinito, se interesaba por todas las circunstancias de quienes lo rodeaban. Más allá de lo que la gente pensaba acerca de él, Jesús deseaba alcanzarlos con su corazón lleno de misericordia. Él es el Señor que quiso saciar “a sus pobres... de pan” (Salmo 132:15).

Las compasiones de Jesús pusieron de manifiesto la duda y la ignorancia de sus discípulos acerca de su poder y su persona. Era una ignorancia culpable, pues ellos ya habían sido testigos de lo que Jesús había hecho en circunstancias similares. “¿De dónde podrá alguien saciar de pan a estos aquí en el desierto?” (v. 4). ¿Acaso no somos a menudo como los discípulos? Cuántas veces en nuestras dificultades miramos a nuestro alrededor y solo vemos el desierto o la insuficiencia de nuestros recursos, y nos inquietamos sin saber de dónde vendrá la ayuda. En el Evangelio leemos:

“ No os afanéis... y vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas (Mateo 6:31-32).

Ante nuestras penas y necesidades, el Señor sigue siendo el mismo que cuando estaba en la tierra. Si le parece oportuno no responder inmediatamente a nuestras peticiones, ni según nuestros deseos, es para fortalecer nuestra débil fe. Debemos esperar realmente en él, ya sea que el mundo se nos aparezca como un desierto, o como Egipto con sus ricas provisiones.

Los discípulos solo tenían siete panes y unos pececillos. Jesús los tomó y, después de ordenar a los cuatro mil hombres de la multitud que se sentaran, dio gracias y los partió, y se los dio a sus discípulos para que los distribuyeran entre la gente. Todos comieron hasta saciarse, y llenaron siete canastas con los pedazos que sobraron; luego Jesús despidió a la multitud. Como ya lo hemos señalado, Jesús siempre despide satisfechos a los que acuden a él.

En la multiplicación de los panes en el capítulo 6, Jesús obró de acuerdo a su carácter de Mesías presentado a su pueblo; es por esto que sobraron doce cestas... Aquí, a pesar de su rechazo como Mesías, obra según la gracia y el poder divinos, como lo muestra el número siete; había siete panes, y sobraron siete canastas. El número siete nos indica algo perfecto.

Jesús rehusó dar una señal a los fariseos

Jesús y sus discípulos subieron a una barca y fueron a la región de Dalmanuta (en Mateo 15:39, Magdala). Allí, Jesús se vio enfrentado con los fariseos que discutían con él pidiendo una señal del cielo para probarlo. La petición que provenía de la incredulidad e hipocresía de ellos hizo gemir a Jesús. Él ya había gemido constatando el estado miserable del pueblo, representado por el hombre sordomudo, en el capítulo 7:34. En ese caso su gracia y su poder tenían un remedio, pero ante la incredulidad e hipocresía de los religiosos, Jesús no podía hacer nada: “Y gimiendo en su espíritu, dijo:... De cierto os digo que no se dará señal a esta generación. Y dejándolos, volvió a entrar en la barca, y se fue a la otra ribera” (v. 12-13). Él mismo era la señal, pero ellos no la querían. Era inútil, Jesús no podía hacer más de lo que ya había hecho entre ellos.

La vida del Hijo de Dios, el Siervo perfecto, fue una vida llena de aflicciones de todo tipo. Sufrió viendo como los hombres padecían bajo las consecuencias del pecado. Sufrió ante la incredulidad y el desprecio por el amor que traía la liberación y la felicidad para todos. Como dice Isaías, él era el “varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos” (Isaías 53:3). Nuestro precioso Salvador atravesó toda esta angustia en el camino que lo condujo a otros sufrimientos aún mucho más terribles, los de la cruz. Allí, como lo expresa el mismo profeta:

“ Herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados (Isaías 53:5).

¿Para quienes, queridos lectores, fue todo ese sufrimiento sino para personas culpables como ustedes y yo? Por la fe en él podemos ser liberados de las terribles consecuencias de nuestros pecados, y compartir con nuestro amado Salvador la gloria por toda la eternidad. Pensemos en lo que le costó al Hijo de Dios nuestra salvación, a fin de que sea gratuita para nosotros. ¡Que al meditar en estas cosas nuestros corazones sean constreñidos por su amor, de modo que vivamos para él! ¡Y que los corazones de aquellos que aún no han visto ninguna belleza en él, sean atraídos hacia aquel que dejó la gloria para venir a salvarlos!

La levadura que se debe evitar

Jesús advirtió a sus discípulos contra los principios de los fariseos y de Herodes: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos, y de la levadura de Herodes” (v. 15). La levadura es el símbolo de una doctrina corruptora. La hipocresía y la impiedad caracterizaban a los fariseos, quienes aparentaban ser religiosos ante los hombres, sin tener en cuenta a Dios, el juez de todos los pensamientos. Pretendían conservar la religión judía, en oposición a los saduceos y herodianos. Como obtenían ventajas de la religión tal como la enseñaban, manifestaron una violenta enemistad hacia el Señor, quien sacó a la luz todo lo que no era conforme a Dios. Por su lado, los seguidores de Herodes formaban más bien un partido político, dispuesto a complacer a los romanos, representados por su líder. Poco les importaba su religión, y si la tenían, se apegaban a los saduceos. Estas personas buscaban sacar todas las ventajas posibles de la subyugación del pueblo judío a los romanos. Un escritor dijo de ellos: Daban a César lo que era de César, pero no daban a Dios lo que era de Dios. (cf. Marcos 12:17; Lucas 20:25).

Comprendemos por qué el Señor alertó a sus discípulos contra estos principios, y es triste ver la incapacidad suya para comprender dichas advertencias. Sus pensamientos no se elevaban por encima de lo material. Cuando Jesús les habló de la levadura, la relacionaban solo con el pan; creían que era porque solo habían traído un pan con ellos. La insensatez de los discípulos cargaba aún más de sufrimiento el corazón del Señor. Él les dijo: “¿Qué discutís, porque no tenéis pan? ¿No entendéis ni comprendéis? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? ¿Y no recordáis? Cuando partí los cinco panes entre cinco mil, ¿cuántas cestas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Doce. Y cuando los siete panes entre cuatro mil, ¿cuántas canastas llenas de los pedazos recogisteis? Y ellos dijeron: Siete. Y les dijo: ¿Cómo aún no entendéis?” (v. 17-21).

La falta de comprensión de los discípulos nos asombra, e incluso nos indigna; pero hablando con sinceridad, ¿no nos reconocemos en ellos? ¿Qué beneficio sacamos de las enseñanzas recibidas del Señor, cuando escuchamos su Palabra o experimentamos su bondad y liberación? Hay muchas ocasiones en las que él podría decirnos: “¿No entendéis? ¿No veis? ¿No oís? ¿Aún tenéis endurecido vuestro corazón? ¿No recordáis?” (v. 17-18). Reflexionemos en todas las ocasiones en que el Señor ha tenido que recordarnos nuestras inconsecuencias, nuestra indiferencia, nuestra ingratitud, y nuestro continuo olvido de su Palabra. Después de una lectura en familia o de una reunión, nos dejamos distraer por mil cosas; y esto a veces aun nos ocurre mientras deberíamos estar prestando atención. Y luego, a lo largo del día, nos falta esa palabra que es útil para guiarnos en el camino, alentarnos, consolarnos o instruirnos. ¡Hemos olvidado! Nos hallamos sin recursos, sin inteligencia. En el capítulo 12 del Evangelio según Juan, el Señor recuerda una profecía de Isaías, que anunciaba el endurecimiento del pueblo como un juicio: “Cegó los ojos de ellos, y endureció su corazón; para que no vean con los ojos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane” (Juan 12:40). El Señor había venido para abrir los ojos y los oídos del pueblo, pero como no lo recibieron, permanecieron en su estado a fin de ser juzgados. Los discípulos, en cambio, habían recibido a Jesús, y a causa de esta falta de comprensión el Señor debe decirles: «Ustedes que han gozado del privilegio de ver y oír, ¿aún permanecen en esta condición?». Ellos no deberían haber permanecido en el mismo estado del pueblo, y sin embargo, cuán poca diferencia había en cuanto a los resultados. ¡Qué deshonra para el Señor cuando la conducta del creyente no difiere de la del incrédulo!

La curación del ciego de Betsaida

En Betsaida, un ciego fue llevado a Jesús para que lo tocara. Quienes lo hicieron, sabían que solo se necesitaba esto para encontrarse con el poder que libera de la incapacidad. Pero Jesús no lo sanó allí, sino que tomándolo de la mano, lo sacó fuera de la aldea. Entonces escupió sobre sus ojos, puso las manos sobre él, y le preguntó si veía algo. “Él, mirando, dijo: Veo los hombres como árboles, pero los veo que andan. Luego le puso otra vez las manos sobre los ojos, y le hizo que mirase; y fue restablecido, y vio de lejos y claramente a todos” (v. 24-25).

Este hombre que veía de modo difuso, representa a los discípulos en el estado en que los vimos anteriormente. Sin ser ciegos como la nación, todavía no veían nítidamente. Jesús los había apartado del pueblo, así como llevó al ciego fuera de la aldea. Allí, en su paciente gracia, terminaría su obra hasta que pudieran ver todo claramente. Esto les sucedió después de la resurrección del Señor (Lucas 24:45), y después de haberles enviado el Espíritu Santo.

Jesús envió a su casa al que había sanado, diciéndole: “No entres en la aldea, ni lo digas a nadie en la aldea” (v. 26). Era inútil seguir proclamando lo que Jesús hacía, pues la nación estaba decidida a no recibirlo.

El rechazo de Cristo se manifiesta en este capítulo, donde la actividad de su amor no se detiene, a pesar del estado del pueblo y de sus discípulos. Alimentó a las multitudes demostrando su divino poder (v. 1-9). Ante la evidente incredulidad de los fariseos, decidió dejarlos (v. 10-13). Soportó con paciencia a sus discípulos, quienes ya habían sido separados de las multitudes, para completar su obra en ellos, a fin de que pudieran ver con claridad (v. 14-26). En el final del capítulo, vemos a Jesús anunciando su muerte. Esta era la única manera de llevar al hombre hacia Dios para recibir bendición. En su estado natural, el hombre solo puede rechazar a Dios.

Jesús anuncia su muerte

Yendo a las aldeas de Cesarea de Filipo, ciudad situada al pie del Líbano, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que soy yo? Ellos respondieron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los profetas” (v. 27-28). Como en ese momento, aun hoy el hombre natural no puede aceptar que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Incluso aquellos que lo consideran una persona extraordinaria, no admiten su divinidad, y tampoco que es el Salvador enviado por Dios para rescatar a los pecadores. En el Evangelio de Juan 8:24, Jesús dijo a los judíos: “Si no creéis que yo soy, en vuestros pecados moriréis”. Para que Israel fuese salvo les era necesario creer que Jesús era el Cristo, el Mesías prometido que iba a liberar a su pueblo (Mateo 1:21; Lucas 1:70-71).

Entonces dirigiéndose a los discípulos, Jesús les dijo: “Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo. Pero él les mandó que no dijese esto de él a ninguno” (v. 29-30). A partir de ese momento, la nación iba a ser dejada en su incredulidad; Dios había hecho todo lo posible por ella. Los profetas no habían sido escuchados; el precursor del Mesías había sido condenado a muerte; la predicación del reino por el Señor y sus discípulos había sido ignorada, excepto por unos pocos; y después de todos los milagros que Jesús hizo, los fariseos demandaban una señal. Todo demostraba que de parte del hombre nada era posible; lo único que le quedaba era la muerte y el juicio.

En ese mismo momento Jesús les habló de su muerte. Muerte que él mismo sufriría en lugar de los culpables, para que Dios pudiera cumplir sus pensamientos de gracia tanto para el pueblo judío como para todos los pecadores. “Comenzó a enseñarles que le era necesario al Hijo del Hom-

bre padecer mucho, y ser desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y ser muerto, y resucitar después de tres días” (v. 31). Esta revelación sometió la fe de los discípulos a una prueba terrible. Acababan de confesar que Jesús era el Cristo y podían esperar que les dijera: «Solo vosotros, los que creéis en mí, reinaréis conmigo, y yo juzgaré a los que me rechazan». Pero en lugar de esto, les dijo que sufriría mucho y sería condenado a muerte. Al oír estas palabras, Pedro llevó a Jesús aparte para reconvenirlo. Sabemos por Mateo 16:22, en qué términos lo hizo. Jesús “volviéndose y mirando a los discípulos, reprendió a Pedro, diciendo: ¡Quítate de delante de mí, Satanás! porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres” (v. 33). Pedro juzgaba humanamente; esperaba un Mesías glorioso con el cual compartiría inmediatamente la gloria; pero desconocía el lado de Dios, el único punto de vista desde donde se deben considerar todas las cosas. No entendía que el reinado de Cristo solo se podía establecer en virtud de su muerte, la cual reconciliaría todas las cosas con Dios y quitaría el pecado de delante de sus ojos. Esta muerte era necesaria, no solo para que se cumplieran las promesas hechas a Israel, sino también para que en la eternidad, una nueva tierra fuera poblada por hombres salvos semejantes a Cristo. Pedro solo pensaba en un reinado presente, no teniendo en cuenta que sin la muerte de Jesús, el pecado lo hacía imposible. Pensaba en ello según a él le parecía, y no según Dios. Cuando Pedro reprendió al Señor, no percibió que se ponía en las manos de Satanás, y apartaba de Jesús a los otros discípulos. Su salvación solo podía tener lugar siguiendo a un Cristo sufriente y rechazado, que debía pasar por la muerte ignominiosa de la cruz. Jesús reprendió a Pedro mirando a los discípulos, para que todos pudieran entender la gravedad de su error y sus consecuencias. ¿Qué hubiera sido de nosotros si el deseo de Pedro hubiera sido satisfecho? Él mismo, y todos nosotros, habríamos permanecido eternamente bajo las terribles consecuencias de nuestros pecados.

Es pues la cruz el camino hacia la gloria, y el camino de la salvación. Jesús lo dejó claro a la multitud y a los discípulos (v. 34-36.): “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”. Seguir a Cristo, queriendo el cielo y el mundo al mismo tiempo, es algo imposible que muchos desean y que a menudo han intentado. Si alguno quiere seguir a Cristo, es decir, ser salvo, debe renunciar a su vida como hombre natural en la tierra, porque esta vida se opone a Dios. A ella están ligados el pecado y la condenación eterna, como también todos los placeres de este mundo a los que el corazón natural se aferra con tanta fuerza, cosas que satisfacen “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1

Juan 2:16). No es posible seguir a Cristo y satisfacer una vida que causó su muerte. Todo el que renuncia a lo que el mundo puede ofrecerle como alimento para sus deseos, por amor a Cristo y al Evangelio, salvará su vida por la eternidad. Lo que le permitirá renunciar a esto es el goce del amor del cual es objeto, y pensar en todo lo que Cristo sufrió para salvarlo. ¿De qué sirven las ventajas que puede ofrecer el mundo que hemos de dejar algún día, para continuar la existencia en las penas eternas? ¿Qué no daría un hombre para redimir su alma cuando descubra, demasiado tarde, que todo está perdido y sin retorno?

A aquellos a quienes Satanás quiere llevar a la perdición, les llama la atención sobre las cosas presentes que deben ser abandonadas para seguir a Cristo. Nunca les presenta las consecuencias eternas que serán la parte de aquellos que lo hayan escuchado, ni la felicidad de quienes creyeron a Dios. Jesús explica que la conducta que tengamos en la tierra tiene sus consecuencias, y muestra que si bien para salvar su vida, es necesario seguirlo en el camino del renunciamiento y de la muerte, no siempre será así. Cuando él venga en la gloria de su Padre, acompañado de sus santos ángeles, se avergonzará de los que se avergüenzan de él y de sus palabras “en esta generación adúltera y pecadora” (v. 38).

Cuando Jesús aparezca glorioso, como Rey de reyes y Señor de señores (Apocalipsis 19:14-16), acompañado de todos los ejércitos que están en el cielo, sus redimidos, en el momento en que todo ojo lo verá, ¿quién no querrá haberlo seguido en la tierra?

Por la gracia de Dios, todavía hay tiempo para seguir los pasos de un Salvador rechazado, la única manera de estar con él en la gloria. Pronto vendrá a buscar a los que no se avergüenzan de él, y la puerta de la salvación se cerrará. Entonces el destino de todos será fijado para la eternidad. Quiera Dios que muchos aun hagan como Moisés, que escogió “antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón” (Hebreos 11:25-26).

Capítulo 9 - Jesús sigue instruyendo a sus discípulos

La transfiguración

Después de hablar con sus discípulos acerca de su muerte y de los beneficios que esta les brindaría, Jesús les anunció que algunos de ellos no gustarían la muerte sin haber visto el reino de Dios venido con poder.

Los discípulos habían confesado que Jesús era el Cristo. Si bien esto era correcto, ellos ignoraban el camino que Cristo debía atravesar para llegar a la gloria a fin de que ese reino fuera establecido, y que ellos tuvieran una parte en él. Después de instruirlos sobre este punto fundamental, Jesús quiso fortalecer su fe, sacudida quizás cuando escucharon hablar de su muerte y de sus sufrimientos. “Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos” (v. 2-3). Esta blancura resplandeciente debería haber hecho comprender a los discípulos la pureza celestial del reino de Dios, y mostrarles hasta qué punto todo en ese reino superaba su concepción del mismo. Podemos también apreciar el valor de la sangre de Cristo, en cuya virtud todos los creyentes serán presentados en la misma pureza, con sus ropas emblanquecidas en la sangre del Cordero (Apocalipsis 7:14). Isaías ya había dicho al pueblo: “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isaías 1:18).

Juntamente con Jesús, aparecieron Moisés y Elías. Hablaban con él. Lucas nos relata el tema de su conversación. En Marcos, el Espíritu de Dios nos da una visión del reino venido con poder. Esto es lo que Pedro comprendió cuando escribió en su segunda epístola:

“ No os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad
(2 Pedro 1:16).

Mientras transcurría esta maravillosa escena, Pedro y sus dos compañeros estaban espantados y no sabían qué decir. Pedro sugirió al Señor hacer tres tiendas, una para él, otra para Moisés y otra para Elías. El pobre discípulo quería cubrir la gloria celestial con una tienda material, pues incluso estando atemorizado, prefería ser testigo de la gloria antes que oír hablar de la cruz. “Bueno es para nosotros que estemos aquí”, dijo (v. 5). Así son nuestros corazones. Olvidamos fácilmen-

te la cruz, la realización de la muerte, para detenernos en la gloria, olvidando que sin la cruz no tendríamos parte en la gloria. En ese mismo momento, Dios mostró a los discípulos cuánto diferían sus pensamientos de los de ellos y cuánto más elevados eran. En vez de encerrar a estos tres personajes gloriosos bajo una miserable tienda, la nube como una señal de la morada de Dios, cubrió a los tres discípulos, débiles hombres como nosotros. Dios mostró así que quería llevar al hombre a su misma presencia en virtud de la muerte de su Hijo, porque sin ella ningún hombre habría sobrevivido en semejante gloria. Nadie jamás había podido entrar en ella. En Éxodo 40:34-35 y 2 Crónicas 5:14, vemos que nadie pudo permanecer en el tabernáculo ni en el templo cuando la gloria del Señor los había llenado. Entonces desde la nube se escuchó una voz: “Este es mi Hijo amado; a él oíd” (v. 7). En su segunda epístola, Pedro dice del Señor: “Cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz” (2 Pedro 1:17). Fue a este Jesús, el amado Hijo de Dios el Padre, el hombre humilde, sufriente y que caminó hasta la muerte, que Moisés y Elías dieron lugar desapareciendo de la escena a fin de que solo él sea escuchado. Como ya lo hemos dicho al tratar este tema en Mateo, Moisés y Elías representan a la ley y a los profetas. Ellos daban lugar a Cristo, de quien habían dado testimonio, y cuya obra es la única que puede llevar a los pecadores hacia Dios y cumplir Sus consejos. Es solo él quien debe ser escuchado.

“ Cuando miraron, no vieron más a nadie consigo, sino a Jesús solo (v. 8).

¡Qué preciosa realidad para los discípulos tener solo a Jesús con ellos! Ya sea que se trate de la gloria que acababa de desvanecerse, de las dificultades en el camino, o de los sufrimientos, Jesús estaba con ellos, enseñándoles y haciéndoles comprender las verdades gloriosas que reemplazaban al régimen de la ley. Aunque Jesús está ahora en la gloria, él sigue siendo el mismo para nosotros; él está con nosotros y nos habla desde el cielo. En cada una de nuestras circunstancias dolorosas, y siempre, podemos realizar su presencia. Si el vacío se hace sentir a nuestro alrededor, podemos experimentar que todo aquí en la tierra es vanidad. Es solo Jesús quien permanece. Él está allí haciéndonos oír su voz, animándonos, consolándonos y enseñándonos. En él se encuentran todos los recursos que necesitamos hasta el momento en que seamos semejantes a él en la gloria.

La resurrección de los muertos

Jesús les prohibió expresamente a sus discípulos que contaran lo que habían visto, excepto “cuando el Hijo del Hombre hubiese resucitado de los muertos” (v. 9). Ellos se preguntaban qué significaba esto. Jesús les había hablado de su muerte, había fortalecido su fe en su persona y en su reino glorioso a través de la transfiguración. Era pues necesaria la resurrección para que Cristo pudiera volver y tomar posesión de su reino. Ya les había dicho en el capítulo 8:31, que resucitaría después de tres días. Los discípulos, como los judíos en general, excepto los saduceos, creían en la resurrección del día postrero. Sin embargo, ellos no conocían acerca de la resurrección de entre los muertos, la que dejaría a los demás muertos en sus tumbas, es decir, a aquellos que murieron sin tener la vida de Dios. Ellos no podían saberlo hasta que la muerte fuese derrotada por el Señor. Él es la resurrección y la vida. Su muerte iba a ser el triunfo sobre la muerte, y no el triunfo de la muerte, como Satanás y los hombres lo habían pensado por un tiempo. La resurrección de Cristo manifestó este triunfo. Lo mismo sucedió con muchos santos que dormían, cuyas tumbas se abrieron cuando Jesús entregó su espíritu, y después de la resurrección de Cristo aparecieron a muchos (Mateo 27:52-53). Es en virtud de esta victoria, que el Señor haciendo valer Su poder, en Su tiempo hará partícipes de esta resurrección de entre los muertos a todos aquellos que habiendo confiado en él, hayan pasado por la muerte. Pablo, hablando de la resurrección de los santos, dice:

Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida



(1 Corintios 15:23).

Habrà, pues, dos resurrecciones: la de entre los muertos, para todos los creyentes, en la venida de Cristo, y la de los impíos, que tendrá lugar después del reinado de mil años (Juan 5:28-29; Apocalipsis 20:4-6, 11-15).

Los discípulos no debían hablar de lo que habían visto en el monte hasta que Jesús resucitara de entre los muertos. En realidad, tampoco podían hacerlo porque se hallaban lejos de comprender los pensamientos de Dios. Se encontraban moralmente como el ciego del capítulo 8, que veía a los hombres como árboles. En ese momento no tenía sentido hablar del reino en gloria, antes que Cristo muriera y resucitase. Su muerte demostró el juicio de Dios sobre el pecado en el que se encontraba todo Israel así como todo hombre; y su resurrección estableció la base sobre la cual Dios podía cumplir todas sus promesas.

Fue después de la resurrección de Cristo, que los discípulos tuvieron una amplia comprensión y pudieron proclamar todos los resultados de la muerte del Señor. Él les había prohibido decir que era el Cristo (cap. 8:30), pero después de su muerte, ellos lo predicaron poderosamente (ver Hechos 2:31-36; 5:42; 18:5, 28). Fue también con gran vehemencia que dieron testimonio de la resurrección de Cristo (Hechos 2:24, 32; 3:15; 4:2, 10, 33; 5:30; 10:40; 13:30, 37; 17:3). Desde entonces, fueron revelados todos los pensamientos de Dios en relación a un Cristo resucitado y glorificado, que volverá del cielo para llevar consigo a su Iglesia y a todos los suyos. Luego establecerá su reino en gloria, del cual les había mostrado un anticipo en el monte de la transfiguración.

Los discípulos le preguntaron respecto de la venida de Elías (v. 12-13), la cual debía preceder al establecimiento del reino (Malaquías 4:5-6). En efecto, Jesús les dijo que Elías vendría primero, como los profetas lo habían anunciado, así como los sufrimientos del Hijo del Hombre. Pero los judíos habían hecho todo lo que quisieron con él. Esto sucedió con Juan el Bautista, el precursor de Cristo, que fue rechazado al igual que él, como lo vimos al estudiar Mateo 17:9-13.

Un espíritu inmundo difícil de echar fuera

Cuando Jesús bajó del monte encontró a los discípulos que había dejado, rodeados de una multitud y a los escribas que discutían con ellos. La gente asombrada probablemente por la ausencia de Jesús con tres de sus discípulos, corrió a saludarlo. Mientras Jesús preguntaba qué estaba sucediendo, un hombre se acercó y le dijo: “Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, el cual, dondequiera que le toma, le sacude; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando; y dije a tus discípulos que lo echasen fuera, y no pudieron. Y respondiendo él, les dijo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo he de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os he de soportar? Traédmelo” (Marcos 9:17-19). En presencia de Jesús, el espíritu malo sacudió inmediatamente al niño quien se revolcaba en el suelo echando espuma. Habiéndole preguntado Jesús acerca del niño, el padre dijo que estaba así desde pequeño, y que a menudo el espíritu inmundo lo arrojaba al fuego y al agua para destruirlo. “Si puedes hacer algo, ten misericordia de nosotros, y ayúdanos”, añadió el padre en su dolor (v. 22). Dos poderes se hallaban presentes allí: el de Satanás, quien en este caso manifestaba particularmente su carácter homicida tratando de destruir al muchacho; y el de Dios, en la persona de Jesús, cuyo amor lo había traído a este mundo para liberar al hombre del poder del diablo. A lo largo del tiempo, Satanás había intentado destruir a Israel, del cual este niño era una figura. Como él, desde su infancia, es decir desde el principio de

su historia, había caído bajo el poder del Enemigo quien a pesar de todos sus esfuerzos, no había logrado destruirlo. Cuando en los últimos días el residuo judío se vea enfrentado a todo el poder del diablo, entonces el Señor, movido a compasión, intervendrá para liberarlo.

Jesús respondió al padre: “Si puedes creer, al que cree todo le es posible” (v. 23). Jesús estaba en este mundo porque quería salvar. De parte del hombre, solo era cuestión de creer, pues todo el poder de la gracia de Dios se hallaba a disposición de la fe. Y así sigue siendo aún hoy. Si alguien siente la ardiente necesidad de salvación, ¿qué puede hacer sino creer en lo que Cristo hizo por él en la cruz? El padre exclamó con lágrimas:

Creo; ayuda mi incredulidad (v. 24).

“

En su infinita bondad, Jesús no solo quiere liberar, sino también producir la fe que logra apropiarse de él. ¡Cuán bueno es animar a quien, consciente de su falta de fe, ve que la liberación solo se encuentra en Dios! “Y cuando Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él” (v. 25). El demonio salió después de exclamar y desgarrar violentamente al niño que quedó como muerto. Pero Jesús lo tomó de la mano, y él se puso de pie.

¡Qué lejos está el hombre de percibir su terrible situación bajo el yugo de Satanás! Hoy, más que nunca, hay burlas acerca del diablo; se niega su existencia, y al mismo tiempo se recurre a él, se lo interroga a través de médiums, y se familiariza con él de diversas maneras, sin darse cuenta. Sin embargo, Satanás sabe bien cómo emplear todos esos medios. Poco a poco, el hombre se coloca bajo su dominio, hasta el día en que ya no será posible liberarse de él, cuando la energía del error desplegará todo su poder, y él recibirá el homenaje de los hombres, cuando haya dado su autoridad a su gran líder llamado “la Bestia” (Apocalipsis 13:4). Cegados por este poder diabólico, “cuando digan: Paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina... y no escaparán” (1 Tesalonicenses 5:3). Para evitar semejante fin, hoy es ofrecida la salvación por la fe,

Una salvación tan grande” (Hebreos 2:3),

“

que no debería ser rechazada. El que cree, y quizás dice como el padre del niño: “Creo; ayuda mi incredulidad”, puede obtenerla en este mismo momento.

Cuando entraron en la casa, los discípulos le preguntaron a Jesús por qué no habían podido echar fuera este demonio. Jesús les respondió: “Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno” (v. 29). El poder que Jesús les había dado a sus discípulos sólo podía ser ejercido permaneciendo en una comunión práctica con Dios. Esto también debe ser una realidad para cualquier servicio. La oración nos pone en relación con Dios, fuente de poder, de amor, de gracia, de inteligencia, de paciencia, de sabiduría, y de todo lo que se necesita para cumplir un servicio, por pequeño que sea. Para orar, debemos ser conscientes de nuestra debilidad e incapacidad, es decir, de nuestra insignificancia. Al mismo tiempo, debemos tener la certeza de que Dios, y solo Dios, tiene todos los recursos a disposición de la fe. Él quiere y puede responder a todas las necesidades que tienen en cuenta sus intereses, entre los cuales se encuentran también los nuestros. Ayunar, espiritualmente significa abstenerse de todo lo que puede excitar la carne, embotando nuestros sentidos espirituales e impidiéndonos discernir la voluntad de Dios. Debemos comprender la necesidad que tenemos de la oración, puesto que la carne una vez en actividad, se apoya en sí misma y en sus propios recursos, desentendiéndose de Dios. Esta es una lección muy importante en cuanto a la causa de la incapacidad de los discípulos, y lo es también para nosotros. Si no la tenemos en cuenta, perderemos el gozo de servir al Señor, ya que la ausencia de la oración y el ayuno nos privan de percibir su poder. Una de las principales causas que nos impiden hacer un trabajo fructífero para el Señor es la mundanalidad que ha entrado en nuestros hábitos. Esto satisface nuestra carne, la alimenta, haciéndonos olvidar que estamos en un desierto para el alma. Como somos del cielo, este desierto no puede proveer nada para el hombre nuevo. El mundo ofrece al hombre viejo todo lo que desea, y es aquí donde deberíamos sentir que estamos realmente en un desierto. Para esto necesitamos la sobriedad (el ayuno), tan a menudo recomendada en la Palabra. Esta nos mantiene alejados de las cosas que nos rodean y que pueden influir en nuestros corazones, impidiéndonos servir eficazmente al Señor. Si, por ejemplo, alguno de nosotros se concediera disfrutar de algún placer mundano, ¿podría, inmediatamente después ir junto a un moribundo y hablarle del amor del Salvador de una manera eficaz? Su conciencia lo condenaría, puesto que estaría interrumpida la comunión con Dios. La Palabra expuesta no tendría poder, ya que el corazón no la disfrutaría. Oh, que en nuestros corazones gustemos de la oración y el ayuno cotidianos que el Señor nos concede a todos aquellos que lo conocemos como Salvador. En esa comunión íntima hay riqueza y abundancia para el corazón renovado, de la que brotará un servicio útil y fecundo para el que nos ha redimido, para que seamos un pueblo “celoso de buenas obras” (Tito 2:11-14).

Quien no posee la vida de Cristo, no puede hacer nada para Dios. Es una vida inútil para el Señor. Ella solo se gastará para su propia satisfacción. En esta triste condición no hay otra perspectiva que la muerte y el juicio. Pero, a Dios gracias, esto puede ser revertido aceptando a Jesús como nuestro Salvador. Entonces, el creyente puede ser un siervo útil (comparar con Onésimo en Filemón 11), para andar en las buenas obras que Dios preparó de antemano (Efesios 2:10).

Diversas lecciones

Versículos 30-50: Atravesando Galilea, Jesús anunció nuevamente a sus discípulos su muerte y su resurrección al tercer día: “El Hijo del Hombre será entregado en manos de hombres, y le matarán; pero después de muerto, resucitará al tercer día” (v. 31). Él buscaba desviar sus pensamientos de la gloria que tanto los atraía, para dirigirlos hacia su muerte, sin la cual se verían privados de todas las bendiciones tan estimadas a sus corazones como hijos de Abraham. Sin embargo, absorbidos en esto, no comprendían las palabras de Jesús. Cuando llegaron a Capernaum, Jesús, conociendo que habían discutido entre sí, les preguntó de qué estaban hablando. Sintiendo reprendidos en sus conciencias, no respondieron nada, pues habían disputado sobre quién sería el mayor. ¡Cuán inoportuna era esa preocupación en el momento en que su Señor y Maestro acababa de hablarles de sus sufrimientos y de su muerte! Es comprensible que las palabras de Jesús permanecieran veladas para ellos, ya que sus pensamientos seguían una corriente absolutamente opuesta. Pero él, manso y divinamente paciente hacia los suyos, deseaba enseñarles. En su omnisciencia no ignoraba de qué habían hablado.

“ Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos (v. 35).

Qué pensamiento tan diferente al de los discípulos, pues lo que es elevado según Dios tiene otra medida para los hombres: “Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación” (Lucas 16:15). Solo buscando el lugar que Jesús tuvo en la tierra hallaremos el camino de la grandeza según Dios. “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45). La verdadera gloria consiste en asemejarse a Jesús en su servicio de amor, olvidándose de sí mismo, tal como él lo hizo viniendo hacia nosotros para librarnos del estado miserable en el cual habíamos caído.

Luego Jesús “tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió” (v. 36-37). No solo deberíamos buscar el último lugar y querer ser siervo de todos para ser grandes según Dios, sino poseer también el espíritu que caracteriza a un niño pequeño: un ser sin pretensiones, sencillo, confiado, dispuesto a recibir al Señor. Es conmovedor imaginar al Señor atrayendo a un niño hacia sí, y tomarlo en sus brazos. Su corazón brindaba libremente todo el amor que lo llenaba, un amor a disposición de todos, pero despreciado por aquellos cuya altivez e incredulidad mantenía a distancia esta gracia que era precisamente para ellos. El niño aceptaba a Jesús, y eso es lo que da valor a alguien aquí en la tierra y para toda la eternidad. Dios estima a todo aquel que recibe a su Hijo, quien es el objeto de su deleite, y que fue enviado hasta aquí para dar a conocer su amor. En vez de pensar en sí mismos, en los beneficios que recibirían con la venida de Cristo a este mundo, y en las ventajas que podrían obtener para sus vidas, los pensamientos y los afectos de los discípulos deberían haberse enfocado en la persona de Jesús, recibéndolo con una simplicidad infantil. Si alguien recibía en su nombre a un niño, un ser que no tenía otro valor que el de dejarse llevar en los brazos de Jesús, no solo lo recibía a él, sino también a Dios quien lo había enviado. ¡Qué pensamiento tan elevado, contrario a los del corazón natural, que siempre está ocupado en sí mismo! Las grandes cosas de Dios se manifiestan generalmente en lo más sencillo a los ojos de los hombres, porque son apreciadas en relación con la persona de Cristo. Estar por Cristo o en contra de él, es la cuestión que nos interpela a todos, y la respuesta a ella determina nuestro destino eterno.

Jesús acababa de hablar acerca de recibir a un niño en su nombre, entonces Juan le dijo: “Maestro, hemos visto a uno que en tu nombre echaba fuera demonios, pero él no nos sigue; y se lo prohibimos, porque no nos seguía” (v. 38). Aunque en apariencia buscaban la gloria de su Maestro, nuevamente los pensamientos de Juan y de los demás discípulos giraban en torno a sí mismos. “No nos sigue”, dicen. El “nos” era más importante para ellos que el nombre del Señor. “Jesús dijo: No se lo prohibáis; porque ninguno hay que haga milagro en mi nombre, que luego pueda decir mal de mí. Porque el que no es contra nosotros, por nosotros es” (v. 39-40). Con estas palabras, Jesús no quería decir que le era indiferente que lo sigan o no. Siendo menospreciado por la gran mayoría, lo que debía llamar la atención de los discípulos y ser de valor para ellos, era la aceptación o el rechazo de su persona. Seguir a Jesús en el camino que nos traza su palabra, es una cuestión de obediencia que se desprende del apego a su persona. Esto es muy apreciado por el Señor Jesús; pero es necesario hacerlo sin pensar que hay mérito en ello, de lo contrario, el corazón se estrecha ocupándose de sí mismo. Si nos ocupamos de Cristo, el corazón se ensan-

cha y podemos crecer a su semejanza. La escasa visión de Juan le hizo olvidar que aquel hombre a quien querían impedir que expulsara los demonios estaba haciendo precisamente lo que ellos no habían podido hacer, a pesar de su posición privilegiada siguiendo al Señor.

El tiempo en que Jesús vivió sobre la tierra, al igual que nuestra época, se caracterizan por el rechazo de su persona. Quien no estaba en su contra, estaba a su favor. Observemos que el Señor no dice: «El que no está contra mí está por mí», sino que dice: “El que no es contra nosotros, por nosotros es” (v. 40). Él se identifica con sus débiles discípulos, puesto que, al fin y al cabo estaban con él. Esto es algo que el Señor reconoce y aprecia, diciéndoles en un determinado momento: “Vosotros sois los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas” (Lucas 22:28).

Que el Señor nos conceda a todos seguirle por el camino de la obediencia a su Palabra, que es el camino de la verdad y el amor, animados por Su mismo espíritu, para que podamos ser guardados de la estrechez del espíritu sectario, que le da más importancia al «nosotros» que a la persona del Señor.

Todo lo que hacemos por el Señor es muy importante para Dios. En este mundo donde él es despreciado, incluso un vaso de agua fresca dado en su nombre a sus discípulos, por el hecho de que son suyos, tendrá su recompensa. Por otro lado, un niño que cree en Jesús es tan valioso para él que si alguien le hiciera tropezar en su camino, dice Jesús que sería mejor para él que le pusieran una piedra de moler en su cuello y lo arrojaran al mar. Queridos lectores, dejémonos penetrar por este hecho tan importante para este tiempo y la eternidad; todo lo que hacemos en nuestras vidas es apreciado por Dios en relación con la persona de Cristo, rechazado por los hombres, pero glorificado por Dios.

En lugar de estar tan ocupados en su grandeza, los discípulos debían evitar todo lo que pudiera impedirles entrar en la vida, o en el reino de Dios, pues se trata ante todo de la vida eterna y de las cosas celestiales. En el caso de los pequeños, los motivos de una caída son a veces puestos por otros en su camino, mientras que para cada uno de nosotros, estos existen dentro de nosotros mismos. La mano, el pie, el ojo, son miembros indispensables para la vida presente, pero a causa del pecado, pueden privarnos de la salvación o hacernos tropezar. Es necesario que en nuestros pensamientos nos apeguemos firmemente a todo lo que concierne a la vida eterna, y desechemos categóricamente todo lo que nos desvíe de ella. Si la mano hace cosas reprensibles, si el pie nos lleva por un camino equivocado, o el ojo aferra el corazón al mal por medio de malos deseos, debemos renunciar a ellos aun a costa de una dolorosa amputación, a pesar de todo lo que cuesta romper con hábitos establecidos. Si no tenemos la “vida” de Dios para toda la eterni-

dad, entonces será el “infierno, donde el gusano de ellos no muere, y el fuego nunca se apaga”. Quienes sean arrojados al fuego eterno, ¿qué harán con sus miembros que los habrán llevado a la perdición? ¿Qué valor tendrán sus manos, sus pies, sus ojos, en ese lugar donde todos los objetos de los malos deseos habrán dado lugar a las terribles consecuencias reservadas para aquellos que han preferido un día de satisfacción respecto de su felicidad eterna? Nos gusta pensar que ninguno de nuestros lectores se verá privado del cielo por algún placer fugaz que este mundo engañoso pueda ofrecerles. La cuestión de nuestra salvación eterna es tan importante que vale la pena renunciar sin vacilar a toda ocasión de caída mientras estamos en el camino, porque una vez que lleguemos al final de nuestro viaje, el destino estará fijado por la eternidad. “Si el árbol cayere al sur, o al norte, en el lugar que el árbol cayere, allí quedará” (Eclesiastés 11:3).

Ciertamente, el juicio es para todos. Dios no puede soportar el mal para siempre: “Todos serán salados con fuego” (v. 49). Para quienes están perdidos, su parte será el juicio eterno. En cuanto a los creyentes, Dios trata con ellos mientras están en este mundo, por todo lo que él no puede aprobar en su andar. Dios comienza el juicio por Su casa (1 Pedro 4:17). El creyente depende de un Padre que, “sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno” (1 Pedro 1:17). Debe evitar sus ocasiones de caída y las de los demás, especialmente de los pequeños, teniendo cuidado de no satisfacer los deseos de su carne.

De acuerdo con el carácter de este evangelio, que presenta el servicio, se añade: “Y todo sacrificio será salado con sal” (v. 49). Es una referencia a Levítico 2:13: “Sazonarás con sal toda ofrenda que presentes, y no harás que falte jamás de tu ofrenda la sal del pacto de tu Dios; en toda ofrenda tuya ofrecerás sal”. Sabemos por Romanos 12:1 que en reconocimiento por el gran amor de Dios, el creyente debe ofrecer su cuerpo en sacrificio vivo, es decir la completa entrega de sí mismo al Señor, como Cristo lo hizo en su humanidad. Esto es lo que la ofrenda de la torta representa en este pasaje del Levítico. En el servicio a Cristo, que incluye toda nuestra vida, no debe faltar la sal. La sal conserva, evitando la corrupción. Es una figura del poder que da las fuerzas para rechazar todo lo que podría obstaculizar nuestra relación con Dios, impidiéndonos ser desviados de ella por cosas que agradan a la vieja naturaleza. Estas son representadas por la miel, que nunca debía ser encontrada en un sacrificio (Levítico 2:11). El creyente también es considerado como la sal de la tierra. Jesús dijo: “Buena es la sal; mas si la sal se hace insípida, ¿con qué la sazonaréis?” (v. 50; ver Mateo 5:13). En todo su andar el cristiano debe separarse del mal. Si es fiel, su misma presencia en medio del mundo preserva de la corrupción. Si deja de lado todo aquello

que lo hace capaz de ser testigo del Señor, ¿cómo adquirirá sabor? En Mateo se nos habla que tal hombre ya no sirve para nada más sino para ser pisoteado. ¡Qué solemne advertencia! Para finalizar, Jesús dijo:

“ Tened sal en vosotros mismos; y tened paz los unos con los otros (v. 50).

Los discípulos deben hacer uso de la sal en sus relaciones buscando evitar toda la corrupción que se produciría si toleraran lo carnal, agradándose unos a otros. Este comportamiento solo produce malos frutos, pues “el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción” (Gálatas 6:8). Procuremos buscar la paz entre nosotros, pero para que la paz sea según Dios, no debe lograrse a expensas de la santidad. En Hebreos 12:14 leemos: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor”.

Podemos resumir este largo capítulo, tan lleno de instrucciones prácticas, diciendo que después de presentar a los discípulos el reino en gloria por medio de la transfiguración, el Señor les mostró el camino que conduce hacia él, buscando fortalecer su fe. Siendo de Cristo, y sirviéndole en separación del mal, era necesario que sus pensamientos fueran transformados. También se ocupó de darles aliento en ese camino. La gloria vendrá después, cuando ya no deban estar preocupados por sí mismos, como tan a menudo lo hacían, al igual que nosotros.

Capítulo 10

En camino hacia Jerusalén

Jesús y sus discípulos dejaron Galilea por última vez antes de la crucifixión. Era un momento muy solemne, y pasó desapercibido tanto por el pueblo como por los discípulos.

Cuando llegaron a los confines de Judea, la multitud se reunió alrededor de Jesús. Él, continuando su servicio de profeta, “de nuevo les enseñaba como solía” (v. 1). Su amor no se cansaba, hallándose en presencia de las necesidades. Puesto que el pueblo no quería saber nada de él, podríamos pensar que era inútil enseñarles. Sin embargo, el Señor arrojaba una semilla que el Espíritu Santo haría germinar en los corazones y daría fruto después de su muerte, cuando ellos, en particular los discípulos, comprenderían todas las enseñanzas de Jesús.

Entre los que escuchaban al Señor, había razonadores, personas religiosas llenas de su propia justicia. Aun hoy existen personas que oyen a los que enseñan la verdad, más bien para encontrarlos en falta que para aprender. Aquí los fariseos, apegados a la ley de Moisés, buscaban sorprender a Jesús en oposición a esa ley. Le preguntaron si estaba permitido que un hombre repudiara a su esposa. Jesús reconoció que Moisés había permitido el divorcio, pero añadió que fue por la dureza de sus corazones. Desde que Dios creó estas relaciones, el pecado había entrado en el mundo, y las había estropeado. El egoísmo del hombre no quería soportar las consecuencias de la caída cuando ellas se hacían sentir en las relaciones más íntimas, pues el pecado endurece el corazón. Era por eso que Moisés había permitido esta medida extrema. Sin embargo, a pesar de todo el desorden que se introdujo en lo que Dios había establecido, era necesario volver al principio para conocer el pensamiento de Dios, con el fin de conformarse a él. Debemos recordar este principio importante cuando necesitamos saber la verdad sobre cualquier cuestión. Es necesario volver a “lo que era desde el principio” (1 Juan 1:1; 2:24; Jeremías 6:16). Jesús enseña aquí: “Al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne... Por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” (v. 6-9). Esta declaración del Señor contiene todo lo que hay que saber sobre este tema. El creyente debe conformarse a ello. Cuando un hijo de Dios desea casarse, debe tratar el tema muy seriamente delante de Dios, y dejarse guiar por él para estar seguro de que este acto, tan importante para toda su vida, se realiza “en el Señor”, como dice Pablo (1 Corintios 7:39), pues el vínculo del matrimonio, una vez establecido, no puede ser disuelto sino por la muerte.

Entre la multitud, se hallaban personas que reconocían en Jesús una fuente de bendición para los niños. Debió haber sido muy agradable para el Señor que le trajeran a esos pequeñitos para que los tocara. Era un enorme contraste con el menosprecio que sentía de parte de los “sabios e inteligentes”, ante quienes la gracia se hallaba oculta debido a su incredulidad. Los discípulos no lograron comprender el pensamiento de su Maestro. La lección que les había dado en los versículos 36-37 del capítulo anterior no les había sido de provecho, pues reprendían a quienes le traían a esos niñitos.

“ Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios. De cierto os digo, que el que no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él (v. 14-15).

Los discípulos consideraban la grandeza y la importancia solo desde el punto de vista de la humanidad, para quienes los niños pequeños no son importantes. Por el contrario, Jesús apreciaba a estos pequeños seres porque recibiendo naturalmente sus palabras, entraban en el reino de Dios. Comprendemos por qué Jesús los amó, los atrajo hacia él, y los puso como ejemplo de quienes entran en el reino. Tomó en sus brazos a los que le habían traído, y poniendo sus manos sobre ellos, los bendijo. Hoy, el Señor tiene los mismos pensamientos para todos los niños y para quienes se parecen a ellos.

Un hombre amable

Viendo a Jesús que salía por el camino, un hombre corrió y echándose de rodillas ante él, le dijo: “Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna? Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino solo uno, Dios” (v. 17-18). Este joven desconocía a Jesús y el propósito de su venida hasta la tierra, por esto también ignoraba la ruina del hombre y su incapacidad para obtener la vida mediante sus propias obras. Llamándolo “maestro bueno”, no lo reconoció como el Hijo de Dios, sino como un buen hombre de entre los hijos de Adán, a quien tanto él como los demás podrían asemejarse buscando ser buenos como él. Por eso Jesús le respondió: “Ninguno hay bueno, sino solo uno, Dios” (v. 18). Precisamente por esto el Señor había venido del cielo, porque no había ni uno bueno en la tierra, y nadie podía heredar la vida eterna a través de sus propias obras. Este hombre se hallaba en presencia de aquel que podía satisfacer todas sus necesidades. ¿Sabría aprovecharlas? Puesto que preguntó lo que debía hacer, Jesús le dijo: “Los mandamientos sabes: No adulteres. No mates. No hurtes. No digas falso testimonio. No defraudes. Honra a tu padre y a tu madre. Él entonces, respondiendo, le dijo: Maestro, todo esto lo he

guardado desde mi juventud” (v. 19-20). La parte de la ley que Jesús citó podía ser guardada, y este hombre lo había hecho. Sin embargo, no estaba seguro de heredar la vida que la ley prometía. Era recto, moral, y tenía cualidades atractivas. Jesús reconocía lo bueno que quedaba en la humanidad que él mismo había creado, y lo apreciaba. Mirando al joven, lo amó; él sabía que decía la verdad. Pero las cualidades naturales, así como todo lo que posee el hombre en la carne, no pueden darle vida y llevarlo hacia Dios. Jesús le dijo: “Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y tendrás tesoro en el cielo; y ven, sígueme, tomando tu cruz. Pero él, afligido por esta palabra, se fue triste, porque tenía muchas posesiones” (v. 21-22). Juntamente con la ley se hallaban los bienes de este mundo. El corazón del hombre podía amoldarse a ella y disfrutarlos. Pero estos beneficios se limitaban tan solo a la vida presente. No proveía nada para la eternidad, pues no cambiaba en nada el estado del hombre culpable y perdido. No obstante, allí estaba Jesús para dar la vida eterna y con ella todos los bienes celestiales. Para obtenerlos era necesario seguirlo a él, renunciando a todo aquello que desvía el corazón del cielo, y llevar su cruz, es decir, aplicar la muerte al mundo y a todo lo que forma parte de él.

El corazón de este hombre, por muy amable que fuera, estaba apegado a sus riquezas. Estas ocupaban su predilección en lugar de Jesús y, sin darse cuenta las prefería al cielo. Quería disfrutar del presente; pero al hacerlo, se exponía a escuchar, quizás en un corto plazo, la voz de Dios hablándole como al rico de la parábola en estos términos: “Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será?” (Lucas 12:20). Se fue triste, incapaz de aliar el cielo con la tierra, Jesús y las riquezas. De esta manera se quedó con ellas y su tristeza.

¡Cuántas personas a nuestro alrededor se parecen a él! ¡Cuántos se perderán por haber preferido, no grandes bienes como este hombre, sino pequeñeces, vanidades, placeres efímeros, a los cuales se debería haber renunciado para poder seguir a Jesús. El razonamiento del corazón natural es necio considerado a la luz divina que proyecta sus rayos hacia la eternidad; deberíamos juzgar las cosas presentes en vista de los bienes celestiales y eternos que vendrán. Para gozar de esta luz hay que creer, depositando la confianza en Jesús; pero naturalmente el corazón incrédulo, tiene miedo de Dios; cree que Dios lo está engañando, porque él mismo es engañado por el Enemigo.

“Entonces Jesús, mirando a su alrededor, dijo a sus discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!” (v. 23). Los discípulos se sorprendieron por esta palabra porque bajo la ley, según el gobierno de Dios, las riquezas eran parte de las bendiciones concedidas a los fieles, por lo tanto quienes las poseían entrarían naturalmente en el reino. Jesús les respondió: “Hijos, ¡cuán difícil les es entrar en el reino de Dios, a los que confían en las riquezas!

Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios” (v. 24-25). El obstáculo es la confianza en las riquezas. Quienes no las tienen y no pueden contar con ellas, confían más fácilmente en Dios. Ellos se dejan atraer más fácilmente hacia el Señor, aunque Satanás sabe también cómo hacer valer aún las cosas más insignificantes de este mundo buscando desviar los corazones de los hombres y especialmente de aquellos a quienes el Señor llama.

Los discípulos, asombrándose nuevamente, se dijeron unos a otros: “¿Quién, pues, podrá ser salvo? Entonces Jesús, mirándolos, dijo: Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios” (v. 26-27). No solamente el hombre no es bueno, sino que no puede hacer nada para obtener la vida eterna. Si reconoce y acepta su incapacidad, Dios entra en escena y manifiesta sus recursos a la fe. Él mismo lo ha hecho todo, y por medio de la cruz todo es gracia para el pecador. ¡Qué maravilloso favor! ¡Qué aliento en estas palabras de Jesús:

Todas las cosas son posibles para Dios (v27)!

“

Desesperado ante su impotencia, el corazón del pecador encuentra en Dios el poder y el querer. Todo lo necesario para nuestra salvación proviene de él; solo debemos escuchar, creer y seguir a Jesús, quien es el camino, la verdad y la vida (Juan 14:6).

Los que han dejado todo atrás

La conducta de Pedro y de los otros discípulos difería completamente de la de este hombre, por muy amable que haya sido. Entonces Pedro dijo al Señor: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido. Respondió Jesús y dijo: De cierto os digo que no hay ninguno que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por causa de mí y del evangelio, que no reciba cien veces más ahora en este tiempo; casas, hermanos, hermanas, madres, hijos, y tierras, con persecuciones; y en el siglo venidero la vida eterna” (v. 28-30). Dios no quiere ser deudor de quienes, confiando en él, se desprenden de lo más precioso para el corazón humano. Estos encontrarían en la tierra cien veces más de lo que han dejado, en sus relaciones fraternas y en bienes espirituales y eternos; y por encima de todo valor, el don perfecto de Dios: la vida eterna, esa vida en gloria, cuando todo lo presente haya pasado. Pero todas estas cosas, que encontramos después de haberlo dejado todo por el Señor, necesariamente conllevan persecuciones. Este rechazo a lo que proviene del corazón natural, lleva a experimentar el des-

agrado e incluso el odio, que tristemente proviene del odio a Dios. Este odio se manifestó cuando Dios, en su infinito amor, se presentó a los hombres en Cristo, quien al mismo tiempo hacía brillar la luz que los juzgaba.

Para abandonarlo todo y seguir a Jesús, es necesario haber visto en él al único Salvador que puede librar del juicio y dar vida eterna. Cuando su persona se convierte en el objeto del corazón, todo puede ser más fácilmente abandonado. El apóstol Pablo consideró como basura las cosas que habían sido una ganancia para él antes de conocer todo lo que poseía recibiendo al Señor, cuando fue detenido en el camino a Damasco. Entonces pudo decir: “Ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo” (Filipenses 3:8). Solo el conocimiento de tal Salvador, y de su infinito amor que lo llevó a la cruz para soportar el juicio en nuestro lugar, puede llevarnos a dejar todo por él, si así nos lo pide. Esto sucedió en tiempos de persecuciones, cuando los creyentes tuvieron que dejar sus familias, sus posesiones, su país, e incluso dar sus vidas. Si actualmente no somos llamados a esto, no tenemos menos que renunciar a todo lo que en nuestros corazones ocupa el lugar que pertenece al Señor. Ninguno de nosotros deberá dejar lo que el Hijo de Dios debió abandonar para venir a salvarnos; nadie sufrirá lo que él sufrió por nosotros. En comparación con su sacrificio, los nuestros son ínfimos; no obstante, si hacemos algo por él, él nos devolverá cien veces más, y nos introducirá en la misma gloria que él.

Jesús añadió: “Pero muchos primeros serán postreros, y los postreros, primeros” (v. 31). A pesar de todos los sacrificios que haríamos y veríamos hacer a los demás para seguir al Señor, no existe en nosotros mismos la capacidad para apreciar su valor. Dios, quien lee en los corazones, conoce las razones que nos hacen actuar. Nosotros, que juzgamos según las apariencias, corremos el riesgo de cometer errores y no apreciarlos justamente. Por eso, en el día en que el Señor ponga todo en evidencia, algunos hombres considerados primeros, pasarán al último lugar, y otros, a quienes consideramos los últimos, serán los primeros. Así que contentémonos con seguir a Cristo por amor a él, sin preocuparnos por las recompensas. A su debido tiempo, él atribuirá a cada uno lo que es justo, según su bondad, sin la cual no tendríamos nada.

El camino de la cruz

Jesús ya había hablado varias veces de sus sufrimientos y de su muerte. Ahora se dirigía a Jerusalén, donde esa muerte le esperaba. Iba delante de sus discípulos, quienes lo seguían con asombro y temor, presintiendo, quizás más de lo que creían, que su Maestro iba a ser condenado a muer-

te. “Entonces volviendo a tomar a los doce aparte, les comenzó a decir las cosas que le habían de acontecer: He aquí subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, le azotarán, y escupirán en él, y le matarán; mas al tercer día resucitará” (v. 32-34). Los discípulos acababan de enterarse de las ventajas, presentes y eternas, de aquellos que lo habrían dejado todo por seguir a Jesús. Consideraron que debido a su conducta tendrían parte en ellas. Pero no pensaban que a pesar de su devoción y fidelidad a Cristo, no podrían participar en ninguna bendición en el cielo o en la tierra sin la cruz donde su Maestro sufriría la muerte y el juicio de Dios en su lugar. Es por eso que Jesús quiso darles a conocer una vez más su muerte y resurrección como el único medio para introducirlos en la gloria venidera, mas allá de cuales fueran sus propios pensamientos.

¡Oh, cuán grande amor divino e infinito del cual Jesús fue la expresión aquí en la tierra! Fue ese amor el que lo llevó hasta Jerusalén delante de sus discípulos, cuyos corazones estaban tan solo ocupados de su grandeza y su gloria. Sin ese amor que lo llevó a entregarse a la muerte en su lugar y también el nuestro, la muerte habría sido su parte y también la nuestra.

¡Oh, que todos los salvos recordemos cuanto le debemos a nuestro Salvador, a fin de seguirlo y servirlo con devoción en el camino que él mismo trazó! Allí encontraremos cada día persecuciones y oprobios, pero no faltarán sus cuidados, y al final la gloria eterna. Para llegar allí, no tendremos que pasar como Jesús por el terrible juicio de Dios. Que todos podamos decir como el apóstol Pablo:

“ Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2:20).

El deseo de los hijos de Zebedeo

Jesús acababa de hablar una vez más a sus discípulos acerca de los sufrimientos y la muerte hacia los cuales se acercaba. Esto debería haber llenado sus corazones de empatía, absorbiéndolos por completo en una santa emoción pensando en su amado Maestro. Pero lamentablemente no fue así, al menos en el caso de dos de ellos. Su parte en la gloria estaba delante de sus ojos, impidiéndoles ver el medio para entrar en ella. Jacobo y Juan, quienes más tarde fueron apóstoles llenos de amor y de celo por seguir a Cristo en el camino del sufrimiento y de la muerte, solo pensaban en su propia gloria. Ellos le pidieron a Jesús que les concediera sentarse en su gloria,

uno a su derecha y el otro a su izquierda. “Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Ellos dijeron: Podemos. Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado” (v. 38-40). Jesús les indicó así su parte antes de la gloria. En cuanto a los lugares que deseaban, pertenecían a aquellos para quienes estaban preparados. No era él quien podía distribuirlos. La copa del sufrimiento y el bautismo de su muerte, que era la parte de Jesús, también sería la suya antes de ocupar esos lugares. No la muerte en su carácter expiatorio, la cual solo pertenece a Jesús, sino el sufrimiento y la muerte, que son la porción de aquellos que siguen a Cristo en su camino de rechazo en el mundo. No podía ser de otra manera, y los apóstoles lo realizaron con gozo. Pablo no hubiera querido otra cosa cuando dijo: “Conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos... si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos” (Filipenses 3:10-11). Lo que debe atraer nuestros corazones hacia la gloria es Cristo; además, no hay gloria sin él, quien es su centro. Si nuestros corazones se apegan a Jesús comprendiendo su gran amor, desearemos estar con él para gozar de su persona. Los sufrimientos que encontraremos en el camino, los hemos de atravesar en su comunión y en el poder que nos da la contemplación de su gloria, en lugar de estar ocupados de un buen lugar para nosotros mismos.

En el camino que se transita siguiendo a Jesús, el Padre aprecia el renunciamiento y el servicio de cada uno. Él dará un lugar en relación con la fidelidad demostrada hacia su Hijo amado:

“ Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará (Juan 12:26).

No nos corresponde a nosotros apreciar el servicio de los demás. Si los discípulos hubieran comprendido lo que Jesús les había dicho en el v. 31, no habrían reclamado el primer lugar, porque no sabían si otros lo merecían. A Dios gracias, sabemos que Jacobo y Juan tendrán un buen lugar junto al Señor; no estarán entre los últimos. Jacobo fue el primero de los doce en morir por su Maestro. Juan tuvo la carrera más larga al servicio de aquel sobre cuyo pecho descansó su cabeza la noche antes de la crucifixión (Juan 13:25). En otra ocasión, Jesús les dijo a los doce que se sentarían en doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Lucas 22:30).

Los otros diez discípulos sintieron indignación hacia Jacobo y Juan. ¿Fue porque esos pensamientos tenían poco que ver con lo que Jesús acababa de decirles, o por interés propio? No pudiendo juzgar eso, deseamos que la primera suposición sea la correcta.

Jesús llamó a sus discípulos para volver a enseñarles la diferencia entre la grandeza según Dios y lo que para el hombre es la grandeza. Los que gobiernan las naciones hacen valer su autoridad, y por su grandeza, algunos hombres dominan sobre otros. Así es como funciona la autoridad en el mundo. “No será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor, y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos” (v. 43-44). Para los celestiales, esto es así. El más grande de todos los que estarán en la gloria, es quien más se humilló a sí mismo. “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra” (Filipenses 2:8-10). Si Jesús fue elevado como hombre a la supremacía universal y celestial es porque había hecho el camino del anonadamiento, la obediencia y la muerte, a fin de que nosotros podamos seguirlo en ese camino hacia la gloria. ¿Sería conveniente que sus redimidos busquen una posición elevada o dominar en este mundo donde su Señor solo encontró la vergüenza y la muerte? Imitarlo, humillarse, ¿no será la verdadera grandeza para poder servir mejor, teniendo como modelo al Hijo del Hombre que “no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”? (v. 45). Si lo que buscamos es ocupar uno de esos lugares que los hijos de Zebedeo querían, la humildad debería ser nuestra parte en este mundo. Ser siervos de todos, no solo de algún gran personaje –cuyo servicio nos honraría– sino de cualquiera, de los más miserables, de los menos atractivos, de los más indignos, como de todos los demás. Esto será posible estando penetrados por el Espíritu del Señor. Esta es la lección que Jesús enseñó a sus discípulos en el camino que lo conducía a la cruz, y que hoy nos la da mientras nos encaminamos hacia el cielo. ¡Oh, que Dios nos conceda sacar provecho de ella!

El ciego Bartimeo

El camino que conducía a Jerusalén pasaba por Jericó. Cuando Jesús salió de esta ciudad, seguido por una gran multitud, un ciego llamado Bartimeo mendigaba sentado a un lado del camino. Habiendo escuchado que pasaba Jesús, se puso a gritar: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!” (v. 47). Había fe en este ciego. Si bien se lo habían presentado bajo su nombre despectivo, “Jesús nazareno”, creía que él era el Hijo de David. A pesar de tener una apariencia poco atractiva, el objetivo fue discernido por la fe. “Muchos le reprendían para que callase, pero él clamaba

mucho más: ¡Hijo de David, ten misericordia de mí!” (v. 48). Siempre hay personas que buscan silenciar las voces que se dirigen hacia el Señor. Sin embargo, teniendo la certeza de que la gracia de Dios jamás es llamada en vano, se obtiene el valor para clamar aun más fuerte, más allá de nuestra miserable condición.

Este llamado a Jesús fue un doble testimonio dado ante la multitud indiferente. Bartimeo declaró que él era el Hijo de David y que en él se encontraban los recursos para resolver su estado. Deteniéndose Jesús, mandó que llamaran al ciego. Los que fueron le dijeron:

“ Ten confianza; levántate, te llama. Él entonces, arrojando su capa, se levantó y vino a Jesús (v. 49-50).

Si bien en el mundo hay personas que pueden ser un obstáculo para llegar a Jesús, aun hoy el Señor se ocupa de llamar a los pecadores y de animarlos a ir hacia él. Cuando un pecador siente alguna necesidad en su corazón, siempre encontrará en Jesús el deseo de responderle. Si estos dos deseos se encuentran, el resultado es seguro. ¡Qué estímulo para los que buscan al Señor! Al llamado de Jesús, Bartimeo se despoja de su manto, se deshace de todo lo que puede demorarlo en su carrera. Considera su propia capa como un obstáculo, aunque era tan necesaria para un mendigo ciego. Sin sacar cálculos, la abandona para encontrarse lo antes posible con Jesús, que pasaba por esos lugares por última vez. ¡Qué ejemplo da este pobre hombre a todos aquellos que no se inquietan por la salvación de sus almas, que no creen necesitar al Salvador, que no lo llaman, haciéndose rogar durante mucho tiempo para ir a él! Sin embargo, el tiempo vuela. La voz que llama se hace escuchar quizás hoy por última vez.

Jesús dijo a Bartimeo: “¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le dijo: Maestro, que recobre la vista. Y Jesús le dijo: Vete, tu fe te ha salvado. Y en seguida recobró la vista, y seguía a Jesús en el camino” (v. 51-52). Esta sanidad es un ejemplo de la conversión. Donde hay fe, se entra inmediatamente e infaliblemente en la posesión de la salvación, pues la necesidad de ser salvo encuentra en Jesús la necesidad de salvar. Liberado del peso de su abrigo, sin la preocupación por el camino y sanado de su incapacidad, Bartimeo puede seguir a Jesús quien cuidará de él en el camino que conduce al cielo. Así es aun hoy para todos aquellos que van al Salvador con fe. Esta es la primera vez en el evangelio de Marcos que Jesús es llamado “Hijo de David”, mientras que Mateo varias veces se refiere a él de esta manera. Esto es comprensible, ya que Marcos presenta a Jesús bajo el carácter de Siervo, y Mateo lo presenta como el Mesías. Sin embargo, aunque el evangelio que nos ocupa trata del servicio, este relato presenta a Jesús como el Hijo de David en relación con su

pueblo ciego, devolviendo la vista a aquel que deposita en él la fe. En los tres primeros evangelios, el servicio público del Señor culmina con la curación de Bartimeo. Esto nos muestra que, a pesar de la triste ceguera del pueblo, donde hay fe en el Hijo de Dios, hay sanidad. Así sucederá también con el residuo judío en los últimos días.

Capítulo 11

Jesús entra en Jerusalén como rey

Aunque iba camino a la cruz, Jesús entraría en Jerusalén como rey. Dios quería que el pueblo rindiera testimonio de que este Jesús rechazado era verdaderamente su rey, un testimonio que aumentaba la responsabilidad de los judíos y los dejaba sin excusa.

El relato de Marcos sobre este acontecimiento es más o menos el mismo de Mateo, salvo que Mateo lo relaciona con el carácter de Jesús como Mesías. Muestra esta entrada real como el cumplimiento de la profecía de Zacarías 9:9, citada en de la siguiente manera:

“ Decid a la hija de Sion: He aquí, tu Rey viene a ti, manso, y sentado sobre una asna, sobre un pollino, hijo de animal de carga (Mateo 21:5).

Marcos presenta a Jesús como siervo y profeta, sin embargo, él es rey, y como tal recibe un testimonio. Cuando se acercaban a Jerusalén, junto a Betfagé y a Betania, frente al monte de los Olivos, envió a dos de sus discípulos y les dijo: “Id a la aldea que está enfrente de vosotros, y luego que entréis en ella, hallaréis un pollino atado, en el cual ningún hombre ha montado; desatadlo y traedlo. Y si alguien os dijere: ¿Por qué hacéis eso? decid que el Señor lo necesita, y que luego lo devolverá” (Marcos 11:1-3). Los discípulos encontraron todo como el Señor les había dicho. Y le trajeron el pollino, sobre el cual pusieron sus vestidos para que Jesús pudiera sentarse sobre él. Muchos tendieron sus mantos por el camino; otros cortaron ramas de árboles y las tendieron por el camino, transformándolo en un camino real. Los que iban delante y los que le seguían, en procesión triunfal, gritaban: “¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Bendito el reino de nuestro padre David que viene! ¡Hosanna en las alturas!” (v. 9-10).

Lo recordamos, Hosanna significa “Danos la salvación”. Es la oración que en los últimos días, en su angustia, el residuo judío presentará al Señor pidiendo su liberación. Dirá: “Jehová es nuestro Rey; él mismo nos salvará” (Isaías 33:22). “Oh Jehová, sálvanos ahora, te ruego” (Salmo 118:25). Guiados por el Espíritu de Dios, los discípulos y las multitudes aclamaron a Jesús como rey. Poco después la desolación imperó a su alrededor, y en un momento dado solo la señal de Pilato en la cruz atestiguaba la realeza de Cristo, en presencia del pueblo que había gritado: “No tenemos más rey que César” (Juan 19:15, 21).

Cuando Jesús llegó a Jerusalén, entró en el templo, “y habiendo mirado alrededor todas las cosas, como ya anocheecía, se fue a Betania con los doce” (Marcos 11:11). En Betania estaba el hogar acogedor de Marta, María y Lázaro, a quien Jesús había resucitado días antes. Allí, lejos de la ciudad orgullosa y rebelde, donde se maquinaba su arresto, Jesús gozó de la simpatía de esta familia, especialmente porque sentía el odio de los judíos subir como una marea que no se detendría ni siquiera en la cruz. ¡Bienaventurados los que en esta tierra pudieron ofrecer refugio al Hijo de Dios, desconocido y despreciado porque había venido a servir y a salvar a su criatura pecadora y perdida!

Aún hoy podemos recibir al Jesús despreciado y odiado. Para ello es necesario, en primer lugar, aceptarlo como Salvador, para que se convierta en el huésped de nuestro corazón, y sea más apreciado que cualquier otra cosa aquí en la tierra, ya que solo él ha traído el descanso y la paz a la conciencia trabajada y cargada de una gran culpabilidad. Estamos en los últimos días en los cuales Jesús llama a la puerta de nuestro corazón. Él quiere entrar para llenarnos de paz y felicidad eterna en el gozo de su comunión.

“ He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo (Apocalipsis 3:20).

Debemos abrir la puerta de nuestro corazón mientras aún hay tiempo, porque se acerca el momento en que Dios mismo cerrará otra puerta, la de la gracia, ante la cual será inútil llamar.

La higuera sin fruto

“Al día siguiente, cuando salieron de Betania, tuvo hambre. Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, fue a ver si tal vez hallaba en ella algo; pero cuando llegó a ella, nada halló sino hojas, pues no era tiempo de higos. Entonces Jesús dijo a la higuera: Nunca jamás coma nadie fruto de ti. Y lo oyeron sus discípulos”.

Esta higuera es una imagen del hombre natural, de su pueblo Israel, a quien Dios había cuidado para obtener fruto de ellos (ver Lucas 13:6-9). Pero en lugar de fruto, Dios solo obtuvo una profesión exterior, representada por las hojas. Porque la naturaleza humana se somete fácilmente al ejercicio de una religión impuesta, cuyos resultados se manifiestan por los cambios externos que pueden ocurrir sin el nuevo nacimiento. Es la religión de la carne, cuyo fruto no es el que Dios

pide. Hay una apariencia de vitalidad, nada más. Así era el pueblo judío en tiempos del Señor, solo practicaba la ley ceremonial que Moisés había dado; su conducta exterior contrastaba con el paganismo que la rodeaba; los judíos honraban a Dios con sus labios; pero “su corazón está lejos de mí”, dice el Señor (Isaías 29:13). Así es también el cristianismo de hoy, civilizado en gran parte por la influencia del Evangelio, que ha producido cambios favorables en los hombres, pero que no son el fruto de la vida de Dios. En efecto, esta civilización moderna y cristiana rechaza a Cristo. Tiene una apariencia de piedad, pero niega su eficacia, que es Cristo mismo (ver 2 Timoteo 3:1-5).

Dios quiere la realidad, quiere fruto; si la naturaleza del hombre en Adán, si Israel, favorecido de alguna manera, no lo produce, es estéril; después de mucho tiempo de paciencia, Dios lo deja a un lado por su naturaleza estéril, como la de la higuera.

El tiempo de la ley, durante el cual Dios cuidó del hombre natural, “no era tiempo de higos”. El tiempo de los frutos es el tiempo de la gracia, cuando el viejo hombre fue condenado en la cruz y una nueva naturaleza reemplaza a la naturaleza estéril del hombre en Adán. Entonces el Padre puede cultivar esta naturaleza y obtener incluso “mucho fruto” (Juan 15:8).

Como el Evangelio dice: “pues no era tiempo de higos” (v. 13), algunas personas concluyen que el Señor no debía esperar encontrarlos. Pero, como ya vimos, el tiempo en que Dios dejó al hombre bajo la ley no fue el tiempo del fruto. Sin embargo, Dios quiso esperar mucho tiempo antes de pronunciar su juicio. Durante ese tiempo, a menudo se acercó por medio de sus profetas para ver si encontraba algo, como Jesús hizo con la higuera. Pero además de esta explicación, suficiente para silenciar todo el razonamiento de la incredulidad, la naturaleza, de la cual el Señor sacó tantos ejemplos, demuestra que el relato de Marcos no lo contradice, cuando nos habla de Jesús acercándose a una higuera en busca de frutos fuera de la época de los higos. Un cristiano que vivió en Palestina durante varios años explica que la temporada de higos va de agosto a octubre. Pero en primavera, estación en la que sucedió este hecho narrado en el evangelio, ya hay higos de una cosecha primaveral, los cuales estarán maduros en junio; los lugareños los comen con gusto antes de madurar, en abril. A veces las higueras no tienen ninguno de estos higos de la primera cosecha, pero producirán los de la segunda, que es la verdadera. Esto fue lo que sucedió con la higuera a la que Jesús se acercó y que sirvió para mostrar la esterilidad del hombre natural ante Dios. El mismo autor dice que en los valles protegidos de las regiones de Betania Betfagé hay muchas higueras tempranas y prósperas que suelen tener muchos higos de la primera cosecha, aunque esto no es lo que se llama “tiempo de higos”.

Es bueno recordar que, por muy extraños que nos parezcan algunos hechos registrados en las Escrituras, sobre todo a quienes vivimos en países con diferentes costumbres y climas, la Palabra nunca relata cosas falsas. Lo que dice en cuanto a la naturaleza, así como cuando nos habla de Dios y del hombre, es la verdad. Si no entendemos, es por nuestra ignorancia; sin embargo, debemos creer.

De regreso a Jerusalén

Al volver a Jerusalén por la mañana, Jesús entró en el templo y utilizó la autoridad de un rey en su casa para purificarla: “Comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno” (v. 15-16). Quería poner su casa en armonía con su propio carácter, que era, según ,

Una casa de oración para todos los pueblos.

“ (Isaías 56:7)

En efecto, así será en el reino milenar; y aunque el templo de esa época fue profanado por el comercio que los judíos practicaban allí durante las fiestas, era, sin embargo, el templo de Dios que será reconstruido para el milenio, cuando los pueblos vayan allí cada año para adorar al Señor (ver Zacarías 14:16).

En tiempos del Señor, los judíos venían de todas partes a celebrar la fiesta de la pascua; por eso el templo se transformó en mercado y oficina de cambio, para ofrecer a los visitantes las víctimas necesarias para el sacrificio, y para permitirles cambiar su dinero. A los ojos del Señor, ellos habían convertido su casa en “cueva de ladrones” (v. 17), debido al comercio deshonesto que allí se realizaba. Al volver del mercado, los judíos se lavaban las manos porque creían que así se purificaban del fraude y la usura con que generalmente realizaban sus transacciones (Marcos 7:4).

La manera de actuar de Jesús despertó el odio de los principales sacerdotes y de los escribas, quienes buscaban la manera de matarlo. Sin embargo, no se atrevieron a actuar abiertamente debido a la multitud que, sorprendida por la doctrina de Jesús y más abierta a las enseñanzas del Señor que los escribas y los fariseos, parecía haber sido alcanzada en su conciencia. Desgraciadamente, el temor de los líderes no pudo contener su odio contra Cristo durante mucho tiempo.

po; incluso las multitudes fueron influenciadas por sus líderes para gritar, unos días después: “¡Crucifícale!” (Marcos 15:8-15). Así es el corazón del hombre, fácilmente influenciable y siempre enemigo de la verdad y de la luz que Dios le trae.

Cuando llegó la noche, Jesús salió nuevamente de Jerusalén.

La higuera seca

El día siguiente, cuando Jesús y los suyos se dirigían a Jerusalén por el mismo camino, los discípulos vieron que la higuera estéril se había secado desde la raíz. Recordando lo que había sucedido, Pedro dijo a Jesús: “Maestro, mira, la higuera que maldijiste se ha secado” (v. 21). El juicio pronunciado por el Señor había producido su efecto; de ahí en adelante ningún fruto saldría de este árbol. Como ya lo hemos visto, es una figura del juicio de Dios sobre nuestra naturaleza pecaminosa, y que, por la fe, fue ejecutado sobre Cristo en la cruz.

Para el hombre natural, dotado de brillantes facultades que le permiten sorprender al mundo con su ciencia y su genio, es muy humillante aceptar que, a los ojos de Dios, es un árbol seco, incapaz de dar fruto para el cielo. Dios ya no le pide más, y solo se dirige a él para ofrecerle la salvación, si cree en su Palabra como un niño. Entonces podrá entrar, por la fe, en una nueva condición ante Dios, en la que será agradable y dará fruto para siempre. Pero no someterse a la valoración que Dios hace del hombre natural, incapaz e incorregible, es exponerse a permanecer eternamente bajo las consecuencias de sus pecados.

Jesús respondió a Pedro: “Tened fe en Dios. Porque de cierto os digo que cualquiera que dijere a este monte: Quítate y échate en el mar, y no dudare en su corazón, sino creyere que será hecho lo que dice, lo que diga le será hecho. Por tanto, os digo que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá” (v. 22-24). Entonces, si no hay recursos ni capacidad en el hombre, todo está en Dios: “Tened fe en Dios”. Esto lo encontramos en el Salmo 11:3-4: “Si fueren destruidos los fundamentos, ¿qué ha de hacer el justo? El Señor está en su santo templo”. Los discípulos necesitarían los recursos divinos para continuar su servicio, con el que todo se relaciona en este libro. El Israel caído, pero afirmando su pretensión de ser el verdadero pueblo de Dios, se les opondría como una montaña, símbolo de un gran poder terrenal, con el cual tendrían que luchar cuando Jesús ya no estuviera con ellos. Entonces tendrían que depender solo de Dios, sin preocuparse por los hombres, para cumplir su tarea. Cualquier cosa que tenga el carácter de una montaña, o un obstáculo cualquiera, desaparecerá en el mar. En el libro de los Hechos vemos a los apóstoles experimentar esta fe en Dios, temiendo solo a él, cuando Pedro y Juan respondieron

a los principales de los judíos: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios” (Hechos 4:19). El poder amenazante de un Israel juzgado y seco desde la raíz no asustaba a los que tenían fe en Dios, y así podían cumplir su ministerio. La fe en Dios se manifiesta a través de la oración; dependiendo de él con toda confianza uno puede usar su poder para servirle, cualquiera que sea el servicio. Debemos pedir con fe, creyendo que recibiremos lo que pedimos. dice:

Pida con fe, no dudando nada (Santiago 1:6).

“

Junto con la fe, también es necesario un estado de ánimo que nos permita contar con Dios. Por eso Jesús dice: “Cuando estéis orando, perdonad, si tenéis algo contra alguno Santiago, para que también vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestras ofensas. Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas” (v. 25-26). El perdón del cual se habla aquí es lo que se llama «perdón gubernamental». No es el perdón de los pecados, que Dios concede una vez por todas a los que creen en el sacrificio de Cristo. Pero Dios, en su gobierno, toma conocimiento de la conducta de los suyos y actúa en consecuencia con cada uno. Él no puede soportar el mal en nuestros caminos, y si hacemos el mal, debemos sufrir las consecuencias. Pero aquí Dios también actúa en gracia, y si confesamos nuestros pecados, él perdona. “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Dios quiere, pues, que nos perdonemos unos a otros; sin esto él no podrá perdonarnos ni responder a nuestras oraciones. No siempre pensamos que nuestra dureza y nuestra falta de gracia hacia los que nos han hecho daño tenga consecuencias tan graves. Es bueno acostumbrarnos, desde la infancia, a perdonar a los que nos ofenden, y también a pedir perdón a los que hemos ofendido, recordando que es por pura gracia que Dios nos ha perdonado, y que nuestros semejantes nunca nos han ofendido tanto como nosotros hemos ofendido a Dios.

Respuesta de Jesús a los líderes del pueblo

Jesús y sus discípulos volvieron al templo donde encontraron a los principales sacerdotes, a los escribas y a los ancianos. Heridos en su orgullo por la autoridad con la que Jesús había purificado el templo de todo el comercio que allí se practicaba, se acercaron al Señor y le dijeron: “¿Con qué autoridad haces estas cosas?” (v. 28). Trataban de desafiar la validez irrefutable de la autoridad de Jesús, no queriendo admitir que venía de Dios. A su vez, Jesús les hizo una pregunta pa-

ra hacerles sentir su incompetencia para juzgarle, y también su propio y miserable estado: “Os haré yo también una pregunta; respondedme, y os diré con qué autoridad hago estas cosas. El bautismo de Juan, ¿era del cielo, o de los hombres? Respondedme” (v. 29-30). Si respondían: del cielo, eran condenados, porque habían rechazado a Juan; al mismo tiempo debían reconocer que la autoridad de Jesús provenía de una fuente divina, así como el bautismo de Juan. Si decían: de los hombres, temían a la multitud, pues todos tenían a Juan como un profeta. Estos desdichados prefirieron parecer ignorantes antes que admitir la culpa; por eso respondieron a Jesús: “No sabemos. Entonces respondiendo Jesús, les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas” (v. 33).

Si el hombre razona con Dios, es porque se niega a creer y quiere justificar su mal estado buscando hallar a Dios en falta. Que Dios nos conceda creerle con toda sencillez, para obtener esa sabiduría divina con la cual Jesús silenció a todos los razonadores de su tiempo. De él se había dicho:

“ Me has hecho más sabio que mis enemigos con tus mandamientos,
porque siempre están conmigo
(Salmo 119:98).

Vivimos en tiempos en que hay muchos razonadores; tengamos cuidado de no discutir sobre las cosas de Dios: estas son para la fe, y la fe de los niños.

Capítulo 12

La parábola de la vid

En esta parábola Jesús presenta a los judíos toda la conducta de Israel desde su origen hasta el rechazo al Señor. En el Antiguo Testamento, varias veces Israel es comparado con una viña.

“ Ciertamente la viña de Jehová de los ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de Judá planta deliciosa suya (Isaías 5:7);

ver también Marcos 12:1-6). El Salmo 80 también habla de ello. Dios esperaba que diese fruto y, como vimos con la higuera, no obtuvo fruto, sino uvas silvestres (Isaías 5:2). Lo que el Señor enfatiza en esta parábola no es la esterilidad de la vid, sino la culpa del pueblo, y especialmente de los líderes, de los labradores, de los que tenían una responsabilidad.

Después de haber hecho todo lo necesario para que su viña diera fruto, Dios, el dueño de la viña, envió a sus siervos los profetas, quienes durante siglos recordaron a Israel la obediencia debida al Señor. En 2 Crónicas 36:15-16 leemos: “Jehová el Dios de sus padres envió constantemente palabra a ellos por medio de sus mensajeros, porque él tenía misericordia de su pueblo y de su habitación. Mas ellos hacían escarnio de los mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus profetas”. Como primera consecuencia de este desprecio, Dios permitió que las diez tribus fueran desterradas a Asiria, y más tarde entregó a Judá a la cautividad en Babilonia, de donde trajo un residuo: el pueblo que habitaba Palestina en el tiempo de Jesús, y al cual Dios presentó a su propio Hijo. “Por último, teniendo aún un hijo suyo, amado, lo envió también a ellos, diciendo: Tendrán respeto a mi hijo. Mas aquellos labradores dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y la heredad será nuestra. Y tomándole, le mataron, y le echaron fuera de la viña” (Marcos 12:6-8). No quedaba esperanza; la paciencia de Dios había terminado; el Hijo amado era el último intento; no había más recursos; el juicio tenía que seguir inevitablemente. La venida del Hijo unigénito de Dios debería haber tocado los corazones de estos labradores; pero su odio contra Dios y su egoísmo los privó de toda capacidad para entender la bondad de Dios y lo que le es debido. Ellos no solo rechazaron el fruto, sino que codiciaron la herencia y mataron al heredero. La injusticia, el robo y el asesinato los caracterizan desde entonces. “¿Qué, pues, hará el señor de la viña? Vendrá, y destruirá a los labradores, y dará su viña a otros” (v. 9). Cuarenta años después de la muerte de Jesús, los romanos destruyeron Jerusalén y dispersaron a los judíos entre las naciones. Como pueblo, Dios los abandonó y levantó otro tes-

timonio, la Iglesia, hasta que Israel sea recibido nuevamente sobre la base de la gracia. Esto es lo que significa: “Dará su viña a otros”. A su vez, la Iglesia ha sido infiel, y el juicio de Dios la alcanzará cuando la verdadera Iglesia sea llevada al cielo.

Jesús cita a los judíos un pasaje de la Escritura para mostrarles su responsabilidad desde otro punto de vista: “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. De parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos” (Salmo 118:22-23). La incapacidad del hombre y la mala disposición de su corazón hacia Dios son plenamente resaltadas en estos pasajes y en la parábola que Jesús dirigió a los principales de los judíos. Dios les envió a su único y amado Hijo: ellos lo mataron, después de haberle negado el fruto de su viña y de haber maltratado a sus siervos. Dios los ve como constructores que debían conocer el valor de la piedra angular que él apreciaba. Sin embargo, ellos no veían en ella ninguna belleza, no entendían que en ella descansaba todo el edificio de bendiciones en las que pretendían tener parte.

Al comienzo del ministerio de Jesús, el cielo se abrió y Dios hizo oír su voz, diciendo: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mateo 17:5). El hombre dice: “No hay parecer en él, ni hermosura; le veremos, mas sin atractivo para que le deseemos” (Isaías 53:2). Sin embargo, él era el Hijo de Dios, el objeto de sus deleites eternos (Proverbios 8:30). No hay, pues, punto de unión entre los pensamientos de Dios y los de los hombres; si lo hubiera, se habrían encontrado en torno a la persona del Hijo de Dios. Fue precisamente la venida de Jesús la que sometió el corazón del hombre a la última prueba; por eso el Señor dice en Juan 15:24: “Ahora han visto y han aborrecido a mí y a mi Padre”. Es importante recordar esta triste constatación: no hay punto de unión entre el corazón del hombre y Dios; porque hoy, más que nunca, se enseña que el hombre puede ser mejorado, que en él hay algo divino que solo necesita ser cultivado, etc. Si fuera así, Dios lo habría hecho; no hubiera tenido necesidad de enviar a su Hijo; Jesús no le hubiera dicho a Nicodemo: “Os es necesario nacer de nuevo” (Juan 3:7).

Los líderes del pueblo entendieron que Jesús estaba hablando de ellos, así que trataron de capturarlo; pero temiendo a la multitud, lo dejaron y se fueron. Es una triste decisión dejar al Señor, abandonar el único medio de salvación y de bendición, ahora y por la eternidad –porque no respondía a sus propios pensamientos– y elegir la oscuridad y la muerte para siempre.

En presencia de la luz que el Señor ha hecho brillar aquí en la tierra con su venida, ¿quién quisiera dejarle para seguir los pensamientos de los hombres y las inclinaciones de su propio corazón hacia las cosas perecederas de este mundo, para extraviarse en el camino de la perdición eterna?

¿A quién se debe pagar el tributo?

Los líderes de los judíos, reducidos al silencio por Jesús (cap. 11:27-33) y alcanzados en su conciencia por la parábola de la vid, le enviaron a “algunos de los fariseos y de los herodianos, para que le sorprendiesen en alguna palabra. Viniendo ellos, le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie; porque no miras la apariencia de los hombres, sino que con verdad enseñas el camino de Dios. ¿Es lícito dar tributo a César, o no? ¿Daremos, o no daremos?” (v. 13-14). Su pregunta era artificiosa. Sin embargo, se estaban enfrentando con el “que prende a los sabios en la astucia de ellos” (Job 5:13). Conociendo su hipocresía, Jesús les dijo:

“¿Por qué me tentáis? Traedme la moneda para que la vea. Ellos se la trajeron; y les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Ellos le dijeron: De César. Respondiendo Jesús, les dijo: Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (v. 15-17).

¡Cuán cierto es que la sabiduría de los hombres es locura para Dios! Esta manera de sorprender a Jesús en falta podría parecer inteligente, porque los fariseos y los herodianos formaban dos clases de personas con principios muy diferentes. Los primeros, enemigos de los romanos, trabajaban para mantener sus tradiciones y su religión, mientras los últimos, partidarios de los romanos, tenían muy poco interés en el judaísmo. Por consiguiente, cualquier respuesta que Jesús les diera, ellos la considerarían como un error: para ellos, si él era el Mesías, no podría reconocer a César ni sus derechos sobre el pueblo de Dios; y si se negaba a pagar el tributo, se oponía al poder romano, y los herodianos lo condenaban. Pero Jesús era aquel de quien hipócritamente decían que enseñaba el camino de Dios “con verdad” (v. 14). Los judíos estaban bajo el yugo romano por su propia culpa; tenían que aceptarlo y sufrir las consecuencias sometiéndose a la autoridad establecida por Dios sobre ellos. Por otra parte, tenían que reconocer los derechos de Dios y darle lo que le correspondía: “Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios” (v. 17). Debido a su mal estado, estaban tan poco dispuestos a hacer una cosa como la otra.

La enseñanza divina es la misma para nosotros hoy; debemos someternos a la autoridad establecida, porque la autoridad es de Dios. Pero también es necesario dar a Dios lo que le corresponde, es decir, toda nuestra vida.

Pregunta de los saduceos

Los saduceos, otra secta de los judíos, se presentaron a Jesús tratando de confundirlo con una pregunta concerniente a la resurrección, verdad en la que no creían. Le citaron un mandamiento de Moisés según el cual, si un hombre moría sin dejar hijos, su hermano debía casarse con la viuda, a fin de levantarle descendencia. Estos incrédulos inventaron el supuesto caso de siete hermanos que murieron uno tras otro sin dejar descendencia, todos con la misma esposa. Entonces preguntan a Jesús cuál de los siete será el marido de esta mujer en la resurrección, ya que los siete la tuvieron. Jesús les respondió:

“¿No erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios? Porque cuando resuciten de los muertos, ni se casarán ni se darán en casamiento, sino serán como los ángeles que están en los cielos” (v. 24-25).

Las relaciones naturales son parte de la creación donde nos encontramos; tan pronto como la dejemos para ir al cielo, las relaciones instituidas para la tierra desaparecen. La resurrección pondrá al creyente en posesión de un cuerpo espiritual, cuerpo que se ajustará a la vida divina que ya posee ahora, relacionado con la gloria celestial; por lo tanto, este cuerpo no tendrá nada que ver con las leyes e instituciones de la primera creación. En este sentido seremos como los ángeles en el cielo, algo importante de recordar, porque muchas personas piensan que en el cielo encontrarán las relaciones familiares de las cuales la muerte les ha privado aquí en la tierra. Si estas no se vuelven a encontrar, es porque tendremos algo infinitamente mejor. Conoceremos a quienes no hemos conocido aquí en la tierra, y ciertamente nos reconoceremos, para disfrutar juntos con Cristo, de sus glorias y del infinito amor de Dios que hoy comprendemos tan poco, en una felicidad perfecta que no dejará lugar para nada más. “Las primeras cosas pasaron” (Apocalipsis 21:4). Esto ocurrirá con los que tendrán parte en la primera resurrección.

En cuanto a la resurrección de los muertos, Jesús les dijo: “¿No habéis leído en el libro de Moisés cómo le habló Dios en la zarza, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino Dios de vivos; así que vosotros mucho erráis” (v. 26-27). Cuando Moisés se volvió para ver la zarza ardiente (Éxodo 3:1-6), de en medio de la cual Dios le habló, hacía mucho tiempo que Abraham, Isaac y Jacob habían muerto; sin embargo, el Señor es llamado su Dios. En ese tiempo él también era su Dios, lo mismo que cuando estaban en la tierra, prueba de que para Dios ellos vivían, porque él no es Dios de muertos, sino de vivos. Entonces Dios les hizo promesas que aún no se han cumplido. Necesariamente deben resucitar para dis-

frutarlas. En su sabiduría Jesús les citó esta prueba de la resurrección, sacada de los escritos de Moisés, los únicos que los saduceos admitían, como otras porciones del Antiguo Testamento se la habrían proporcionado.

Vemos cuán necesario es pesar todas las expresiones de las Escrituras, para extraer las lecciones que contienen; a primera vista no habríamos pensado que una de las pruebas de la resurrección se halla en el hecho de que Dios se llama el Dios de personas que ya no están en esta tierra.

El mayor mandamiento

Un escriba, viendo que Jesús había respondido bien a los saduceos, se le acercó y le preguntó cuál era el más grande de todos los mandamientos. Esta pregunta no tenía el carácter insidioso de las anteriores, sino que provenía del interés real que este escriba tenía en el asunto, sobre todo porque los fariseos creían que había más mérito en cumplir unos mandamientos que otros. Sin embargo, el que infringía uno de los mandamientos se hacía culpable de todos, porque menospreciaba la autoridad de Dios al desobedecer a los unos como a los otros. “Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos” (v. 29-31). Jesús no cita los diez mandamientos, sino la esencia de la ley, lo que hizo imposible cumplirlos, porque el amor era necesario, y el corazón del hombre no puede producirlo sin la vida de Dios. Jesús vino a mostrar su amor a Dios y al hombre, de quien se había hecho su prójimo; fue mucho más allá de lo que la ley exigía. Jesús amó a su prójimo más que a sí mismo, pues murió para salvarlo. Una vez nacido de nuevo, el creyente debe vivir como Jesús vivió, una vida que tenía a Dios como objeto, porque Jesús siempre hizo las cosas que agradaban a su Padre. Vivió enteramente para él. La ley se resumía así: tener un solo Dios, amarlo de manera absoluta, y amar a su prójimo como a sí mismo. Si amamos a Dios, le obedeceremos; si amamos a nuestro prójimo, no lo mataremos, no le robaremos, etc. El apóstol Pablo dice: “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10).

El escriba respondió a Jesús:

“

Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios (v. 32-34).

Este escriba entendía el pensamiento de Dios en la ley, y no estaba lejos de recibirlo en cuanto al reino, viendo en Jesús la expresión perfecta del pensamiento de Dios. Desde entonces nadie se atrevía a preguntarle; todas las sectas de los judíos habían pasado ante Jesús y habían sido silenciados con sus respuestas.

La pregunta de Jesús concerniente a él

Llegó el turno de Jesús para probar a sus contradictores. Cuando estaba en el templo, preguntó: “¿Cómo dicen los escribas que el Cristo es hijo de David? Porque el mismo David dijo por el Espíritu Santo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga tus enemigos por estrado de tus pies. David mismo le llama Señor; ¿cómo, pues, es su hijo?” (v. 35-37). Esta era una pregunta embarazosa, a la que nadie pudo responder. La genealogía presentada por Mateo y Lucas prueba que Jesús era realmente el hijo de David según la carne; pero el Salmo 110, citado por Jesús, lo muestra en gloria, Señor de todo, esperando que todo sea sometido bajo sus pies. Jesús sería rechazado y luego ocuparía su lugar como Hijo del Hombre a la diestra de Dios, mientras espera hacer valer sus derechos sobre Israel y sobre toda la tierra. El hecho de que Jesús fuera visto como el Señor de David implicaba su rechazo, ya que está sentado a la diestra de Dios esperando el juicio de aquellos que no lo quisieron como rey. Ese Jesús despreciado era Señor de David, aunque era su hijo según la carne. Él es el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, el Heredero de todas las cosas. Nadie podía responderle, pero la multitud disfrutaba escuchándole. Esperamos que de los muchos que lo admiraban y lo escuchaban, un gran número haya tenido el corazón preparado, a través de las palabras de Jesús, para escuchar el testimonio dado por los discípulos después de la ascensión de Cristo, y que las tres mil personas convertidas por la predicación de Pedro hayan estado entre ellos.

En los versículos 38-40 Jesús desenmascara la hipocresía de los escribas, quienes buscaban los honores de este mundo y utilizaban su posición religiosa para su propio beneficio material. Les gustaba exhibirse, ser saludados en los lugares públicos, tener los primeros asientos en las sinagogas y en las comidas; devoraban las casas de las viudas, y como pretexto hacían largas oracio-

nes. Como muchos lo harían más tarde en la Iglesia, consideraban la piedad como una fuente de ganancia (1 Timoteo 6:5). Este pecado ha caracterizado demasiado a ciertos clérigos, pero está muy lejos del espíritu del Siervo perfecto, quien vino a la tierra en una absoluta abnegación y devoción; se hizo pobre por nosotros, para que por medio de su pobreza nosotros podamos ser enriquecidos (2 Corintios 8:9). Hablando del servicio religioso, Santiago dice: “La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es esta: Visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo” (Santiago 1:27).

La ofrenda de la viuda

En contraste con la conducta de los escribas, Jesús observó a una viuda pobre en medio de los que echaban dinero en el tesoro del templo. La gente rica echaba mucho dinero, pero esta viuda echó dos blancas, pequeñas monedas de cobre que valían poco más que un centavo de nuestra moneda. Como valor material era poca cosa; pero según la apreciación del Señor, ella dio más que los otros. Jesús dijo:

“ De cierto os digo que esta viuda pobre echó más que todos los que han echado en el arca; porque todos han echado de lo que les sobra; pero esta, de su pobreza echó todo lo que tenía, todo su sustento (v. 43-44).

Esta apreciación del Señor es un valioso estímulo para aquellos que no pueden dar mucho. Si los ricos hubieran dado tanto como esta mujer, habrían dado todos sus bienes. En el libro de los Hechos de los Apóstoles vemos que, al principio de la Iglesia, se hacía así bajo la primera y poderosa influencia del Espíritu de Dios (Hechos 4:34-35). Las cosas cambiaron rápidamente, pero si el amor de Dios llena nuestros corazones y los gobierna, nada será demasiado para el Señor; él nos enseña lo que podemos hacer para él, y estamos seguros de que él nunca estará en deuda con nosotros. Además, en cualquier posición que nos encontremos, solo podemos ofrecer a Dios lo que él nos ha dado, y en su gran bondad todavía quiere recompensarnos por la forma en que hemos sido dispensadores de sus bienes.

¡Comprendamos mejor que lo que debemos al Señor no son solo dones, sino a nosotros mismos! Somos exhortados a ofrecer nuestros cuerpos en sacrificio vivo a Dios (Romanos 12:1), y a dar nuestras vidas por nuestros hermanos y hermanas (1 Juan 3:16-17). Dios aprecia todo en la me-

didá del santuario, y lo manifestará en el día de Cristo. Mientras tanto, recordemos que el Señor observa, hoy como entonces, la forma en que ponemos a su disposición nuestros bienes y nuestros cuerpos.

Capítulo 13

Advertencias de Jesús a sus discípulos

Saliendo Jesús del templo, uno de los discípulos le habló sobre las inmensas piedras y edificios que componían dicho edificio, cuya imponente grandeza hacía pensar que tendría una duración perpetua.

“ Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada (v. 2).

Jesús y los suyos continuaron su camino fuera de Jerusalén, descendieron al valle de Cedrón, para luego ascender al monte de los Olivos. Allí se sentaron, teniendo al frente los edificios del templo. Preocupados por la respuesta del Señor, Pedro, Santiago, Juan y Andrés le preguntaron en privado: “Dinos, ¿cuándo serán estas cosas? ¿Y qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?” (v. 4). En este evangelio el Espíritu de Dios, fiel al propósito de resaltar lo que está relacionado con el servicio, solo nos recuerda de esta conversación lo concerniente al ministerio futuro de los discípulos. Por eso hay menos detalles que en el tema correspondiente en Mateo, donde se habla más del Mesías y del establecimiento del reino. Aquí todo es más breve, más simple, más apropiado para el propósito que Dios tiene en vista.

En su respuesta, Jesús dio a los discípulos las enseñanzas y advertencias que les serían útiles a partir del momento en que los dejara, hasta su regreso en gloria. Todo lo que aquí les dice está relacionado con los judíos y el establecimiento del reino, pero expresado de tal manera que se aplica al ministerio que los apóstoles cumplieron poco después de la ascensión del Señor, así como el que será retomado en medio de los judíos después del rapto de la Iglesia. La Iglesia y su historia se desarrollan en los siglos que separan estos dos acontecimientos. Hoy todavía nos encontramos en ese tiempo; estos pasajes no lo mencionan, ni ninguna profecía del Antiguo Testamento, como a menudo hemos tenido la oportunidad de ver. El servicio de los apóstoles fue primeramente hacia los judíos, pero estos no escucharon a los apóstoles que les presentaban a su Mesías ascendido al cielo, como tampoco habían escuchado al mismo Señor, por esta razón los apóstoles continuaron su ministerio a favor de la Iglesia. Cuando Dios vuelva a tratar con su pueblo terrenal, los discípulos que se levanten de en medio de los judíos, que hayan regresado de Palestina, se alegrarán al encontrar en este capítulo, como en Mateo y otros pasajes, las enseñanzas que Jesús les dio. El Señor divide en dos partes el tiempo durante el cual su testimonio

será dado. La primera comprende el período que transcurre desde su partida hasta el establecimiento del ídolo en el templo de Jerusalén (v. 5-13), y la segunda va desde este momento hasta su manifestación gloriosa al mundo (v. 14-27).

Primera parte

Jesús comienza advirtiéndoles a sus discípulos contra los seductores que, en esos tiempos de angustia, se presentarán en su nombre, cada uno afirmando ser el Mesías, para apartarlos de la fidelidad a Cristo, mientras lo esperan. Cuando el Señor venga, nadie podrá confundirse, porque su venida será con gran poder y gloria (v. 26). En estos tiempos habrá guerras y “rumores de guerras” (v. 7), ocasionadas por todos los preparativos bélicos entre las naciones respecto a los judíos, ya sea para defenderlos o para atacarlos; todos se levantarán “contra Jehová y contra su Ungido” (Salmo 2:2). Habrá terremotos en varios lugares, hambrunas y disturbios. Pero por muy aterradores que sean estos acontecimientos, solo serán “principios de dolores” (v. 8). En cuanto a los siervos del Señor, serán entregados “a los concilios, y en las sinagogas” serán azotados; serán llevados ante los gobernadores y los reyes por causa del nombre de Cristo, “para testimonio a ellos” (v. 9). Estas cosas les sucedieron a los discípulos a quienes Jesús se dirigía; así lo vemos en el libro de los Hechos; lo mismo sucederá a los que los seguirán en el futuro.

Antes del fin, el Evangelio aún debe ser predicado a todas las naciones. El Evangelio de la gracia fue predicado por los apóstoles, y el Evangelio del reino será anunciado en esos días, aún futuros, por fieles creyentes judíos. El Señor exhorta a los discípulos a no preocuparse por lo que tendrán que decir cuando sean entregados a las autoridades, pues todo les será dado en esa misma hora con la ayuda del Espíritu Santo. Testigos de todos los tiempos han experimentado esto. Personas muy jóvenes testificaron con verdadero poder y sabiduría divina durante las persecuciones, en presencia de enemigos que usaron artimañas diabólicas para ultrajarlos. Podemos contar con los mismos recursos cada vez que somos llamados a dar testimonio de la verdad.

El poder del mal será tan grande en esos días –como lo ha sido en todas las persecuciones–, que los vínculos naturales no protegerán del odio de los perseguidores a ningún miembro de la misma familia. Jesús dijo: “El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y se levantarán los hijos contra los padres, y los matarán. Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; mas el que persevera hasta el fin, este será salvo” (v. 12-13). Los que permanezcan fieles en estas circunstancias tan dolorosas, sin ser desviados por la sutileza de sus enemigos ni por las dificultades, llegarán al momento de la liberación que el Señor traerá con su venida.

Apreciemos la gracia que se nos ha concedido de vivir en días en que podemos dar testimonio en nuestras familias, entre los hombres, sin sufrir persecución, esperando la liberación por medio de la venida del Señor, que puede tener lugar de un momento a otro, para llevar con él a los suyos, a los que son salvos. Para cada uno de los redimidos surge esta pregunta: ¿Cómo damos testimonio de Aquel que nos ha salvado? ¿De qué manera aprovechamos los tiempos de paz que Dios nos concede para servirle?

Segunda parte

Llegará un momento en que ya no será posible dar testimonio en Judea; los fieles tendrán que huir, cuando vean la idolatría establecida en el templo de Jerusalén. Jesús lo anuncia a sus discípulos diciendo: “Cuando veáis la abominación desoladora de que habló el profeta Daniel, puesta donde no debe estar (el que lee, entienda), entonces los que estén en Judea huyan a los montes. El que esté en la azotea, no descienda a la casa, ni entre para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás a tomar su capa” (v. 14-16). En ese momento todo el pueblo judío habrá apostatado, es decir, habrá rechazado a Dios como objeto de su culto, para adorar a un ídolo o abominación colocado en el lugar santo (ver Daniel 12:11). El anticristo, o rey de los judíos, y su aliado, la cabeza del imperio Romano, ejercerá libremente un poder satánico casi ilimitado contra aquellos que rehúsen someterse al nuevo culto (Daniel 7:21, 25; 11:36-39). Por eso durante ese tiempo, que será de tres años y medio, los fieles no podrán resistir; tendrán que huir para salvar sus vidas. Solo quedará un pequeño testimonio en Jerusalén, representado por los dos testigos de Apocalipsis capítulo 11, quienes al final de estos terribles días serán condenados a muerte, pero resucitarán de entre los muertos después de tres días y medio, y ascenderán al cielo ante los ojos de sus enemigos.

El poder perseguidor del anticristo y de la bestia romana estallará de manera tan inesperada en un momento en que públicamente el ídolo reemplazará a Dios en su templo, que se advierte a los fieles a no perder ni un instante, ni siquiera para llevar las cosas más necesarias como la ropa o cualquier cosa que no tengan a mano. El Señor piensa en todo lo que podría obstaculizar la huida de este residuo; piensa en las madres que tengan hijos con ellas; les dice que oren para que su huida no sea en invierno, para que no tengan que sufrir las inclemencias del tiempo que podrían retrasar su huida, pues, dice: “Aquellos días serán de tribulación cual nunca ha habido desde el principio de la creación que Dios creó, hasta este tiempo, ni la habrá. Y si el Señor no hubiese acertado aquellos días, nadie sería salvo; mas por causa de los escogidos que él escogió, acertó aquellos días” (v. 19-20).

¿A qué precio tendrán que ser salvos estos fieles para estar presentes cuando Cristo les traiga la liberación por medio de su venida? Nosotros tenemos el privilegio de vivir en un tiempo en que las leyes protegen a todos los hombres sin distinción, cualquiera que sea su fe, y de esperar en paz el regreso del Señor para llevarnos con él a las moradas celestiales, a fin de acompañarlo cuando venga a establecer su reino (Zacarías 14:5, al final).

En esos días los discípulos no solo tendrán que enfrentarse a la violencia de Satanás, sino también a sus mentiras y astucias. Jesús les advierte diciendo: “Entonces si alguno os dijere: Mirad, aquí está el Cristo; o, mirad, allí está, no le creáis. Porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán señales y prodigios, para engañar, si fuese posible, aun a los escogidos” (v. 21-22). Los malvados sabrán que los fieles esperan la liberación a través de la venida de Cristo; tratarán de engañarlos haciéndoles creer que Él está aquí o allá. Para triunfar en su engaño, tendrán a su disposición el poder satánico con el que realizarán milagros. En Apocalipsis 13:13-14 se dice de la bestia, tipo del anticristo: “Hace grandes señales, de tal manera que aun hace descender fuego del cielo a la tierra delante de los hombres. Y engaña a los moradores de la tierra con las señales que se le ha permitido hacer”. En el Salmo 74:4 leemos: “Tus enemigos vociferan en medio de tus asambleas; han puesto sus divisas por señales”. En el versículo 9 del mismo Salmo dice: “No vemos ya nuestras señales” —es decir, los milagros del Espíritu Santo—, “no hay más profeta, ni entre nosotros hay quien sepa hasta cuándo”. Los malvados admirarán el poder que realizará estas señales o milagros, y serán seducidos. Pero los fieles, que se beneficiarán de las enseñanzas del Señor, serán guardados. “Mas vosotros mirad” —dijo Jesús—, “os lo he dicho todo antes”. En todos los tiempos, hoy como entonces, la única guía segura es la Palabra de Dios. Por medio de ella Dios nos dice todo lo que necesitamos saber para permanecer fieles y llegar a un buen fin.

“En aquellos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias que están en los cielos serán conmovidas” (v. 24-25). Este lenguaje simbólico se refiere a las diversas autoridades y poderes que Dios había establecido sobre los hombres para gobernarlos bajo su dependencia. En vez de reconocer a Dios como fuente de su poder, se pondrán bajo la autoridad de Satanás; por lo tanto, ya no darán luz a los hombres; caerán de su alta posición. En aquel tiempo, los fieles

“ Verán al Hijo del Hombre, que vendrá en las nubes con gran poder y gloria. Y entonces enviará sus ángeles, y juntará a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo (v. 26-27).

El glorioso poder del Hijo del Hombre sucederá al tenebroso poder de Satanás, y enviará a sus mensajeros a reunir de entre las diez tribus a los judíos aún dispersos entre las naciones en aquel tiempo, los que habrán entrado en Palestina antes de la venida de Cristo, pertenecientes a las tribus de Judá y Benjamín.

Este glorioso momento para el débil remanente, perseguido y sufrido, será terrorífico para los malvados. Así lo describen muchos salmos, donde vemos celebrar la liberación y el triunfo de los justos, mientras los juicios sin misericordia caen sobre los que los han odiado. Si ignoramos que la mayoría de los salmos hablan de este tiempo, y si lo aplicamos a los tiempos actuales de gracia, nos extraviamos. No entendemos. Llegamos a acusar a Dios de injusticia, e incluso no tememos decir que estos salmos, que algunos llaman «salmos de venganza», no son inspirados. Por no distinguir las diversas dispensaciones, tergiversamos las Escrituras, pretendiendo ser mejores y más sabios que Dios. Si no entendemos ciertas partes de la Biblia, debemos concluir que somos ignorantes, y creer, diciendo a Dios como el salmista: “Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu ley” (Salmo 119:18).

Exhortaciones a la vigilancia

En Oriente, cuando las hojas de la higuera brotan, se sabe que el verano está cerca. Jesús dijo a sus discípulos que lo mismo les sucedería a ellos cuando las cosas de las que había hablado tuvieran lugar; ellos sabrían que su venida para establecer el reino iba a llegar. En efecto, será un verano maravilloso, ya que el milenio sucederá a un invierno frío y oscuro, hacia el final del cual las primeras señales de su liberación animarán a los discípulos. Jesús les dijo de nuevo: “De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (v. 30-31). En los últimos tiempos, la generación rebelde y perversa de los judíos se encontrará con los mismos caracteres de odio y oposición a Dios que en los días en que Jesús y sus apóstoles ejercían su ministerio. Esto no significa que sean las mismas personas de entonces, ya que hay toda la duración de la dispensación actual entre dichos acontecimientos; pero esta generación tendrá el mismo carácter. Moisés usa una expresión similar en Deuteronomio 32:5 y 20.

Los discípulos podrán confiar en la palabra de Jesús, que es la palabra de Dios, aun cuando todo parezca oponerse a su cumplimiento. Lo que parece estable, como el cielo y la tierra, pasará, pero su Palabra permanecerá. Hasta que se cumpla, los discípulos no tendrán nada que temer. En cuanto al momento de su cumplimiento, nadie lo sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni

siquiera el Hijo, el Hijo visto en su dependencia como siervo, porque el siervo no sabe lo que hace su señor. Solo Dios el Padre sabe en qué momento vendrá el Señor. Por eso es necesario velar y orar, para permanecer en el estado en que el amo desea encontrar a sus siervos cuando regrese. “Es como el hombre que yéndose lejos, dejó su casa, y dio autoridad a sus siervos, y a cada uno su obra, y al portero mandó que velase. Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad” (v. 34-37).

El Señor salió de la tierra para ir al cielo; pero tiene una casa en la tierra, un estado de cosas en el cual su autoridad debe ser reconocida. Allí dejó a sus siervos, asignó a cada uno su obra, y dejó un portero en la entrada para que vigile durante la noche, hasta que él regrese. Este portero representa a todos los que esperan al Señor, hoy como entonces, porque la exhortación a vigilar se dirige a los fieles de todos los tiempos. La actitud de cada discípulo de Cristo es la de un portero, hasta que el Señor vuelva. Para esperar al Señor, debemos tener nuestros corazones ocupados de él; porque lo que espiritualmente nos duerme en la noche moral en la que debemos velar es dejarnos absorber por las cosas del mundo. Si ellas satisfacen nuestros corazones, ¿por qué querríamos dejarlas? ¿Por qué esperar a Aquel cuya venida perturbaría nuestras vidas y planes? Velar es el estado de quien no puede encontrar descanso en la noche de este mundo; él espera a su Maestro obedeciendo su voluntad; no puede traicionar su confianza. El descanso vendrá después y será eterno, en el gozo de la presencia del Señor a quien esperamos. Vale la pena esperar un futuro así. Nuestro precioso Señor y Salvador es digno de ello. Recordemos sus últimas exhortaciones:

“Lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad” (v. 37)

“

Capítulo 14

La cena en Betania

Mientras los sumos sacerdotes y los escribas maquinaban cómo arrestar a Jesús y matarlo, una escena muy diferente ocurría en Betania, en casa de Simón el leproso, donde el Señor estaba a la mesa con sus discípulos.

Una mujer –a quien el evangelista no nombra, pero sabemos que es María– quebró un vaso de alabastro lleno de un perfume de nardo puro, de gran precio, el cual derramó sobre la cabeza de Jesús. Algunos de los asistentes, los discípulos, se indignaron y dijeron: “¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trecientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella” (v. 4-5). Los discípulos, especialmente Judas (Mateo 26:8; Juan 12:5), mostraron lo poco que entendían los sentimientos de esta mujer, que venían de su gran amor por Jesús. Este amor le permitió comprender lo que convenía testificar a su Señor en el momento en que los hombres estaban a punto de dar rienda suelta a su odio contra el objeto de su corazón; un odio que solo se vería satisfecho con la muerte de Aquel cuya presencia bendita ya no podían soportar en medio de ellos. Por el contrario, María quería mostrar cuán preciosa era para ella la persona de Jesús. Había aprendido a sus pies las perfecciones y glorias del Hombre–Dios, quien apreciaba retirarse a su casa como profeta y siervo. Ante sus ojos, no había nada demasiado grande para expresar el valor de tal persona para ella.

Ajenos a la sensibilidad de un corazón que se había nutrido de las fuentes del amor, los discípulos no podían apreciar el valor de su Maestro, ni, por consiguiente, sentir los efectos que la proximidad de su muerte debería haber producido en ellos. En el acto de esta mujer solo vieron una pérdida material que privaba de alivio a los pobres.

Es bueno dar a los pobres. Pero para que un acto tenga valor ante los ojos de Dios, debe hacerse en su tiempo. La sabiduría consiste en dejar las cosas en su lugar y actuar en consecuencia. El amor a Cristo es el motivo supremo que permite discernir lo que se debe hacer según las circunstancias. “Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora” (Eclesiastés 3:1). María había comprendido que esta era su última oportunidad para mostrar su amor a su Señor. Ella presentía que se lo iban a quitar. Jesús respondió a los discípulos:

“ Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura” (v. 6-8).

Jesús dio al acto de María un alcance que ella no imaginaba. Porque, presintiendo la muerte de su Señor, ella quiso concederle la unción real, pero Jesús, sabiendo que resucitaría, lo aceptó para su embalsamamiento, privilegio que solo ella tuvo, ya que las otras mujeres piadosas que quisieron realizar este servicio encontraron el sepulcro vacío. María de Betania no estaba con ellas, su servicio ya había sido cumplido.

Cuán precioso fue este acto para el corazón de Jesús, en un momento como este, cuando todo el mundo se oponía a él, y cuando incluso sus discípulos no lo comprendían y entraban tan poco en sus pensamientos para rendirle el testimonio apropiado. Por eso él dijo: “De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella” (v. 9). Tal acto estaba tan íntimamente relacionado con la muerte de Cristo que no sería posible hablar de esta muerte, base del Evangelio, sin hablar de lo que María había hecho.

Que todos amemos lo suficiente al Señor para comprender mejor lo que podemos hacer por él en medio del mundo que lo rechaza, ¡hoy como entonces! Pronto se acabarán las oportunidades para hacer algo por él en presencia de los que lo odian. Por eso debemos aprovechar “bien el tiempo” (Efesios 5:16), porque estamos en los últimos días. El Señor está cerca, ¡él viene!

Jesús no pide cosas que estén fuera de nuestro alcance. De esta mujer dice: “Esta ha hecho lo que podía” (v. 8). Debemos servirle según nuestras posibilidades, según nuestras capacidades; lo importante es que lo hagamos por amor a él; solo esto da a nuestras obras su valor ante Dios.

El estado de Judas presenta un contraste muy triste con el de María. Mientras ella manifestaba su afecto y aprecio al Señor de una manera tan digna, alegrando Su corazón, Judas alegraba los corazones de los principales sacerdotes y de los líderes del pueblo ofreciendo entregarles a su Maestro por dinero. A partir de entonces, “Judas buscaba oportunidad para entregarle” (v. 11).

Un triste ejemplo de la ceguera en la que puede caer un hombre que, habiendo sido puesto en contacto con la verdad, ha alimentado su corazón con codicias carnales. Todos los que tienen el privilegio de estar en contacto con la verdad en las familias cristianas deben tener cuidado para no dejar que sus corazones se endurezcan siguiendo sus inclinaciones naturales.

La pascua

El Señor todavía quería celebrar con los suyos esta pascua, la última, antes de cumplir en la cruz lo que ella representaba. Sorprendentemente, la crucifixión de Jesús tuvo lugar ese día, aunque los líderes judíos trataron de evitarlo por temor a la multitud. Las cosas suceden cuando Dios quiere; los hombres solo pueden ser instrumentos, a menudo inconscientes, para cumplir Su voluntad.

Los discípulos querían saber dónde preparar lo necesario para comer la pascua. Jesús envió a dos de ellos a la ciudad, dándoles toda la información para encontrar lo que necesitaban. Les dijo: “Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y donde entrare, decid al señor de la casa... ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad para nosotros allí. Fueron sus discípulos y entraron en la ciudad, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua” (v. 13-16).

Jesús sabía todo de antemano; pero solo usó su omnisciencia para hacer la obra que su Padre le había encomendado; nunca abandonó su posición de dependencia y de siervo.

Cuando llegó la tarde, Jesús se sentó a la mesa con los doce, y mientras comían les dijo:

“ De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar” (v. 18).

A propósito, Jesús no les dijo quién de ellos lo entregaría. “Uno de vosotros”, dijo, uno de los que había persistido en seguirlo, uno de los que había sido objeto de su cuidado, uno de los que él había elegido. Jesús quiso sondear sus corazones con esta palabra. Uno tras otro le preguntaron: “¿Seré yo?”. No confiaban en sí mismos y soportaron esta prueba con humildad, admitiendo que, aunque no lo deseaban, eran capaces de realizar tal acto. Nunca podemos estar seguros de que jamás haremos este o aquel mal; pero si somos conscientes de que somos capaces de hacerlo, podemos buscar ayuda en el Señor y beneficiarnos de su intercesión, porque él cuida de los suyos para que no sucumban a la tentación. Jesús les respondió: “Es uno de los doce, el que moja conmigo en el plato” (v. 20). En Oriente, durante las comidas, cada persona toma un trozo de pan y lo sumerge en el plato a modo de tenedor o cuchara. Esto fue lo que los doce discípulos tuvieron el privilegio de hacer con el Señor. Mediante este acto de intimidad, Jesús señaló al traidor; esto debería haber tocado su corazón, si todavía hubiera sido posible.

Jesús añade: “El Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido” (v. 21). El Señor reconoce que lo concerniente a él, el Hijo del Hombre, debe cumplirse; pero esto no disminuye la culpa de quien se presta al enemigo para cometer dicho crimen. Siempre hay que considerar dos lados en los caminos de Dios: el lado de Dios, que está por encima de todo y hace que todo contribuya a la realización de sus propósitos; y el lado de la responsabilidad del hombre, quien debe sufrir las consecuencias de sus actos. Esto se muestra en este pasaje, como en muchos otros. Las Escrituras se cumplen. Judas tuvo que sufrir las consecuencias de su horrible pecado. Los hombres son culpables de la muerte de Cristo, pero Dios, a través de esta muerte, puede cumplir sus pensamientos de gracia hacia todos.

Institución de la Cena

Jesús iba a cumplir en la cruz lo que representa la fiesta de la pascua. A partir de entonces, esta ya no tendría más razón de ser. Por eso, aún en la mesa, Jesús instituyó la Cena, el memorial de su muerte que todos sus redimidos tienen el privilegio de tomar durante su ausencia.

“
Mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos (v. 22-23).

Todo creyente tiene el privilegio de recordar al Señor que murió por él, esperando el momento en que lo veamos y lo contemplemos en su gloria, como el cordero que fue inmolado. Pero si el redimido disfruta de esta gracia, también debe mostrar, en su andar, coherencia con el acto que realiza. Porque al tomar la Cena del Señor proclama que Jesús tuvo que morir para quitar sus pecados; por lo tanto, no puede tolerar el pecado en su vida; esto sería una contradicción. Si por desgracia llega a pecar, con dolor debe confesarlo a Dios, para que sea perdonado y pueda participar en este memorial que habla tanto de la santidad como del amor de Dios y de su Hijo Jesucristo. Si un creyente no se juzga a sí mismo, su conciencia se endurece, y puede caer tan gravemente que toma el carácter de un malvado, lo cual obliga a la Asamblea a excluirlo. Hoy, tristemente, gran número de cristianos no toma la Cena del Señor, por indiferencia o ignorancia, o no la toman según el pensamiento del Señor. Así se privan de un gran privilegio y, sobre todo, niegan al Señor lo que él les pidió la tarde en que fue entregado.

Jesús dijo aún a los discípulos: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada. De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios” (v. 24-25). El nuevo pacto es para Israel, quien había vivido bajo un primer pacto, el cual fue roto por la infidelidad del pueblo. Así, en vez de recibir la bendición, Israel fue abandonado por Dios durante un tiempo; pero Dios, fiel a sus promesas, quiso bendecir a su pueblo terrenal. Hizo un nuevo pacto para él, basado en la sangre de Cristo, por medio del cual Dios podrá bendecirlo –según las promesas hechas a los padres– y cumplir todo lo que los profetas habían anunciado sobre el reino de Cristo.

La sangre de Cristo es el fundamento de la futura bendición de Israel, y al mismo tiempo es el medio por el cual todos los que creen pueden obtener la remisión de sus pecados. Ella fue derramada por muchos, no solo por los judíos, sino por todos los que por la fe aceptan su eficacia. Jesús dijo que no volvería a beber del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el reino de Dios. El vino es el símbolo del gozo; el Señor no pudo realizar este gozo con Israel en su estado de pecado, pero será su parte de una manera nueva, es decir, celestial, cuando el reino de Dios sea establecido. Para la bendición de Israel, todo se pospone, pero hasta que se cumpla, los discípulos deben recordar al Señor, quien murió en la cruz para quitar sus pecados; y son introducidos en las bendiciones celestiales y eternas, mucho más altas que las del pueblo judío. Son parte de la Iglesia que, en esta tierra, comparte el rechazo a su Señor y lo recuerda mientras espera su regreso. En el momento de su manifestación en gloria, como Rey de reyes y Señor de señores, la Iglesia aparecerá con la misma gloria como Esposa del Rey.

La pascua terminó con un himno. Y Jesús, consciente de todo lo que sucedería horas más tarde, se dirigió al monte de los Olivos y habló a sus discípulos sobre estos acontecimientos. “Todos os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y las ovejas serán dispersadas. Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea” (v. 27-28). Todos pasarían por momentos terribles; su fe sería puesta a una dura prueba al ver a su Maestro entregado en manos de los hombres. ¿Se atreverían a hablar a favor de él, como cuando lo rodeaban y disfrutaban de su protección esperando que fuera reconocido públicamente como Mesías? Su fe en él, ¿soportaría verlo muerto, seguirían creyendo en él? Pedro, confiado en sí mismo, respondió: “Aunque todos se escandalicen, yo no. Y le dijo Jesús: De cierto te digo que tú, hoy, en esta noche, antes que el gallo haya cantado dos veces, me negarás tres veces. Mas él con mayor insistencia decía: Si me fuere necesario morir contigo, no te negaré. También todos decían lo mismo” (v. 29-31). Pedro amaba profundamente al Señor; hablaba con sinceridad, pero ponía

su confianza en sí mismo, en su amor a Cristo, para seguirle en el momento de la prueba. Él tuvo que aprender, y nosotros también, que nada en nosotros puede darnos la fuerza para seguir a Cristo y servirle. Ni nuestros buenos sentimientos, ni nuestros buenos propósitos, ni el bien que hayamos hecho, ni siquiera el hecho de ser hijos de Dios, pueden ser la fuente del poder que necesitamos, especialmente en tiempos de prueba. Esta fuente se halla fuera de nosotros, se halla en Dios mismo. Solo podemos acogernos a ella reconociendo realmente nuestra impotencia. Entonces podremos decir como el apóstol Pablo: “Cuando soy débil, entonces soy fuerte” (leer 2 Corintios 12:9-10). Por la gracia de Dios, Pedro aprendió esta lección, pero a través de una profunda humillación. Porque la confianza en nosotros mismos nos envuelve en dificultades de las que siempre salimos derrotados. Pero si confiamos solo en Dios, también podemos decir como Pablo:

Todo lo puedo en Cristo que me fortalece (Filipenses 4:13).

“

Getsemaní

Se acercaba la hora de la angustia, en la cual Jesús debía avanzar resueltamente para encontrarse con el enemigo en su última fortaleza y sufrir todas las consecuencias del pecado, para salvar al pecador.

Mientras hablaba con sus discípulos sobre lo que les iba a suceder, los llevó al huerto de Getsemaní. Allí les dijo: “Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad” (v. 32-34). En esta hora terrible Jesús tenía que estar solo frente al Enemigo que trataría de hacerlo retroceder abrumando su alma santa con las consecuencias de su obediencia hasta la muerte. Sin embargo, deseaba tener con él a los tres discípulos que lo habían acompañado en otras circunstancias (Marcos 5:37; 9:2). En ese momento, su corazón humano buscaba la simpatía de aquellos con quienes parece haber tenido más intimidad. Pero, agobiado por la tristeza hasta la muerte, Jesús se fue más lejos; sus débiles discípulos fueron incapaces de compartir con él las angustias de esa hora espantosa. Jesús se alejó otra vez, y allí, solo, oró:

Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú (v. 36).

“

Dios podía hacer pasar esta copa de su amado Hijo, pero en este caso, querido lector, nosotros tendríamos que haberla bebido, lo que nos hubiera acarreado el castigo eterno. No alcanzamos a comprender lo que fue para el corazón de Dios el Padre escuchar a su Hijo, su único Hijo, dirigirse a él usando el término más íntimo, “Abba”, capaz de hacer vibrar las cuerdas más sensibles de la relación de un hijo con su padre . Pero el amor de Dios quería salvar a los pecadores; por eso en ese momento tuvo que hacer callar su amor por su Hijo, como Abraham en Génesis 22, cuando Isaac le preguntó dónde estaba el cordero para el holocausto y él levantó la mano para sacrificarlo, con la diferencia de que Abraham ofrecía a su Hijo para Dios, mientras Dios sacrificó a su Hijo por los pecadores, por los enemigos. El amor de Jesús se sometió a cumplir la voluntad del Padre, a glorificarlo en su muerte y a darle un nuevo motivo para amarlo, como dice en Juan 10:17: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar”.

Jesús volvió a sus tres discípulos y los encontró dormidos. Se dirigió a Pedro y le dijo: “Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora?” (v. 37). Después de este tierno reproche, Pedro tendría que haber comprendido su debilidad; así habría evitado la vergüenza y el dolor de negar a su Señor. Jesús no buscaba la ayuda de sus discípulos; los exhortó a velar y orar por el bien de ellos mismos, para que no cayeran en tentación, porque, les dijo: “El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” (v. 38). El espíritu se apresura a querer hacer el bien, a consagrarse, pero la carne es débil para realizarlo; ella siempre trata de protegerse; por eso no debemos confiar en ella. Jesús se apartó de nuevo y oró diciendo las mismas palabras. Luego volvió a los discípulos por tercera vez, y aún los encontró dormidos. Ellos no supieron qué responderle, pero él les dijo: “Dormid ya, y descansad. Basta, la hora ha venido; he aquí, el Hijo del Hombre es entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; he aquí, se acerca el que me entrega” (v. 41-42).

¡Maravilloso amor de Jesús por sus débiles discípulos! No les hizo ningún reproche. Ahora podrían dormir, descansar. Su Maestro era su Salvador. Él haría todo para darles a ellos, y a cada creyente, un descanso eterno. Solo él podía entrar en la batalla para salvarlos. En ese momento no entendieron nada de lo que estaba sucediendo. Pero más tarde, después de la resurrección de Jesús y del descenso del Espíritu Santo, comprendieron todo, y pronto, con nosotros, lo entenderán aún mejor, cuando veamos cara a cara a Aquel que estaba con ellos en el huerto de Getsemaní.

La traición de Judas

Jesús todavía estaba hablando con sus discípulos cuando llegó una multitud armada con espadas y palos, liderada por Judas, quien se había puesto a disposición de los principales del pueblo para entregarles a Jesús. Sometido al poder de Satanás, Judas señaló a Jesús a sus miserables compañeros, dándole el beso acordado, pues les había dicho: “Al que yo besare, ese es; prendedle, y llevadle con seguridad” (v. 44). Cuando prendieron a Jesús, Pedro desenvainó su espada e hirió al siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja. Este evangelio, generalmente tan abstracto, no relata lo que Jesús dijo a Pedro (ver Mateo 26:52-54). Como siervo perfecto y víctima voluntaria, no habló de las doce legiones de ángeles que podría haber pedido a su Padre, siendo el Mesías. Marcos solo narra las palabras de Jesús a la multitud: “¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Cada día estaba con vosotros enseñando en el templo, y no me prendisteis; pero es así, para que se cumplan las Escrituras” (v. 48-49). Si no hubiera habido Escrituras que cumplir, ni la multitud ni sus armas habrían tenido poder alguno sobre Jesús. Él se entregó a sí mismo. Al decirles: “Prendedle, y llevadle con seguridad” (v. 44), Judas les hizo creer que todas estas medidas de violencia eran necesarias. Varias veces lo habían visto escapar de ellos, y Judas probablemente pensó que esta vez también escaparía. Así quedaría bien con aquellos a quienes entregó a su Maestro, por dinero. Terrible imagen del estado en que puede caer un hombre cuando busca satisfacer una pasión, en lugar de luchar contra ella para ser liberado, especialmente cuando se encuentra en presencia de la luz, como Judas y como todos nosotros lo estamos a través del Evangelio. Está escrito:

“ La lámpara del cuerpo es el ojo; así que, si tu ojo es bueno, todo tu cuerpo estará lleno de luz; pero si tu ojo es maligno, todo tu cuerpo estará en tinieblas
(Mateo 6:22-23).

Nuestro ojo es bueno cuando el Señor es el motivo de nuestras acciones. Tener el ojo maligno es dejarse gobernar y actuar por algo distinto a él. Si Judas hubiera amado al Señor, habría tratado de agradarle y no habría llegado a este punto; pero habiendo alimentado en sí mismo el amor al dinero, vio en su Maestro un medio para obtenerlo, especulando, sin duda, sobre el poder que Jesús desplegaría para librarse a sí mismo. Por eso, cuando supo que Jesús había sido condenado, se suicidó.

Los discípulos, viendo que se llevaban a Jesús, lo abandonaron y huyeron. Sin embargo, un joven cubierto con una sábana quiso seguirlo. Se expuso a ser tratado como el Señor mismo. Pero para sufrir por Cristo se necesita una fuerza especial que solo él puede dar y que no se encuentra, como hemos dicho, en las buenas intenciones. Cuando los que se llevaban a Jesús prendieron al joven, él huyó desnudo, dejando la sábana en sus manos. La profesión, representada por los vestidos, no es suficiente para soportar la prueba siguiendo a un Cristo rechazado. Esta vestimenta abandonada manifiesta el estado real, con vergüenza. La desnudez representa el estado natural del hombre después del pecado.

Queridos lectores, recordemos que para ser fieles al Señor y seguirle, siempre debemos ser conscientes de nuestra debilidad, para buscar en él los recursos y el poder, ese poder que se perfecciona en la debilidad.

Jesús ante el sumo sacerdote

Jesús fue llevado al sumo sacerdote ante quien se reunieron los otros sacerdotes, los ancianos y los escribas. Todos buscaban algún testimonio contra Jesús, para acusarlo y condenarlo a muerte. Habiendo decidido su condena, cuyo único motivo era el odio, debían justificarla de cualquier manera ante el gobernador. Solo el gobernador podía pronunciar una sentencia de muerte. Presentaron falsos testigos, pero sus testimonios no coincidían. Algunos dijeron que habían oído decir a Jesús: “Yo derribaré este templo hecho a mano, y en tres días edificaré otro hecho sin mano” (v. 58). En Juan 2:19 se demuestra fácilmente la falsedad de este testimonio: “Destruid este templo (su cuerpo), y en tres días lo levantaré”, palabras cuyo significado es fácil de comprender. Viendo que no lograban su objetivo con testimonios tan inconsistentes, el sumo sacerdote se dirigió a Jesús y le dijo: “¿No respondes nada? ¿Qué testifican estos contra ti?” (v. 60). Jesús no respondió nada. Ellos podían comprobar por sí mismos la veracidad de sus testigos. Pero la luz de toda la vida de Jesús había brillado ante ellos, sin disipar la oscuridad de sus corazones. Jesús no tenía nada más que decir, ya que su testimonio había sido rechazado.

“El sumo sacerdote le volvió a preguntar, y le dijo: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito? Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. Entonces el sumo sacerdote, rasgando su vestidura, dijo: ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarándole ser digno de muerte” (v. 61-64). El interrogatorio terminó, porque habían alcanzado su objetivo. Esta asamblea de dignatarios judíos profirió los insultos más bajos y vulgares contra

la persona de Jesús: “Algunos comenzaron a escupirle, y a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: Profetiza” (v. 65). En efecto, Jesús acababa de profetizar, porque su respuesta al sumo sacerdote significaba que, ya que lo rechazaban como Mesías o Cristo, tomaría su lugar a la diestra de Dios como Hijo del Hombre, y lo verían venir como tal en las nubes. Entonces se lamentarían, viendo en este Rey de reyes y Señor de señores al que traspasaron (Mateo 24:30; Apocalipsis 1:7; Zacarías 12:10).

Pedro niega al Señor

Mientras la tropa se llevaba a Jesús, Pedro lo seguía de lejos, y llegó hasta el patio del sumo sacerdote; allí se sentó con los alguaciles, junto al fuego que habían encendido. Si Pedro no estaba en condiciones de seguir de cerca a su Maestro, al menos quería seguirlo de lejos. A la distancia era menos probable que lo confundieran con uno de sus discípulos; esto le permitió estar en compañía de los alguaciles que acababan de golpear al Señor (v. 65). Pensó que pasaría desapercibido y podría ver lo que sucedería. Llegó el momento de la prueba. Demasiado comprometido para evitarlo, tuvo que pasar por el cedazo, para más tarde poder seguir de cerca a su querido Maestro. Una criada, al verlo calentándose, le dijo: “Tú también estabas con Jesús el nazareno. Mas él negó, diciendo: No le conozco, ni sé lo que dices. Y salió a la entrada; y cantó el gallo. Y la criada, viéndole otra vez, comenzó a decir a los que estaban allí: Este es de ellos. Pero él negó otra vez. Y poco después, los que estaban allí dijeron otra vez a Pedro: Verdaderamente tú eres de ellos; porque eres galileo, y tu manera de hablar es semejante a la de ellos. Entonces él comenzó a maldecir, y a jurar: No conozco a este hombre de quien habláis. Y el gallo cantó la segunda vez. Entonces Pedro se acordó de las palabras que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces. Y pensando en esto, lloraba” (v. 67-72).

¡Qué dolor para su corazón cuando volvió en sí y se dio cuenta de lo que acababa de hacer! Él amaba realmente al Señor. Su deseo de no abandonar a su Maestro era sincero, pero en el ardor de su naturaleza contaba con sus propias fuerzas para lograr lo que quería. Judas no amaba a Jesús. Por eso no hubo ningún recurso para él cuando se dio cuenta de su crimen.

Dios, en sus caminos de gracia, usa las caídas de los suyos para enseñarles lo que podrían haber aprendido escuchando la Palabra, y sin deshonorar al Señor. Prestemos atención a lo que la Palabra de Dios nos enseña, para que podamos ser instruidos por ella sin necesidad de pasar por experiencias humillantes que deshonoran al Señor.

Capítulo 15

Jesús entregado a Pilato

La noche estaba muy avanzada cuando terminó el interrogatorio a Jesús ante el sumo sacerdote, pues el gallo había cantado dos veces. El canto del gallo correspondía a la tercera vigilia. La Palabra no nos dice lo que sucedió con Jesús durante el resto de esa noche única. Por la mañana vemos al sanedrín celebrar un consejo y enviar a Jesús atado a Pilato. El gobernador se convirtió en el instrumento de los líderes del pueblo judío para matar a su rey, una muerte que ellos habían decidido, pero que no podían ejecutar, ya que los romanos habían quitado a sus súbditos el derecho a imponer la pena de muerte.

Pilato preguntó a Jesús si él era el rey de los judíos. Jesús simplemente le respondió: “Tú lo dices” (v. 2). Los sacerdotes lo acusaron de muchas cosas, pero no convencieron a Pilato de la culpabilidad de su víctima. Pilato volvió a preguntar a Jesús: “¿Nada respondes? Mira de cuántas cosas te acusan. Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que Pilato se maravillaba” (v. 4-5). Esto probablemente lo confundió, pues le hubiera gustado escuchar la defensa del acusado para formarse un juicio antes de tomar una decisión. Jesús había hecho su

Buena profesión delante de Poncio Pilato (1 Timoteo 6:13),

“

declarando que era el rey de los judíos; no tenía nada más que decir al gobernador, ni a los sacerdotes; no quería hacer nada para salvarse. Él “no abrió su boca” (Isaías 53:7); dejó que los hombres continuaran su obra de iniquidad, mientras él se entregaba a sí mismo. Para salir del apuro en el que los acusadores y el acusado lo habían metido, y sabiendo que Jesús había sido entregado por envidia, Pilato ofreció a los judíos soltar a Jesús, según su costumbre de liberar a un prisionero en la fiesta de la pascua. Esta propuesta fue rechazada porque no encajaba en sus planes. Al contrario, incitaron a la multitud a pedir al gobernador que liberara a Barrabás, un sedicioso y asesino. Pilato les preguntó qué debía hacer con el que llamaban “Rey de los judíos”. Ellos gritaron: “¡Crucifícale!” (v. 13). El gobernador volvió a decirles: “¿Pues qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban aun más: ¡Crucifícale!” (v. 14). Queriendo agradar a la multitud, a la que temía más que a Dios, Pilato soltó a Barrabás, hizo azotar a Jesús y lo entregó a los soldados para que lo crucificaran.

En Pilato vemos el ejemplo de un hombre gobernado por su propia importancia. Menospreciando la justicia, hizo callar la voz de su conciencia. No pudo estar por encima de la opinión del pueblo al que gobernaba, ignorando que la autoridad que representaba le había sido dada por Dios para hacerla valer con justicia y bondad. Pero, ¿qué decir de los judíos, que conocían al verdadero Dios, que tenían como testimonio la vida perfecta de Jesús, y que presionaron al gobernador pagano para que, a pesar suyo, crucificara a su Rey?

En efecto, la muerte de Jesús manifestó lo que es el hombre, su ruina absoluta y su odio a Dios. Pero, por medio de esta muerte, el amor de Dios en Cristo también resplandece con toda su belleza en medio de la profunda oscuridad en la que el hombre, gobernado por Satanás, ha mostrado su estado irremediable y una culpabilidad que nada puede atenuar. En lugar de dejar que tales seres soportaran el juicio que merecían, sin reservas, Aquel a quien el hombre desprecia y rechaza, el Hombre perfecto, sufrió en su lugar, para que el amor de Dios, el río de la gracia, fluya libremente a favor de una raza indigna de todo, excepto del juicio divino.

En manos de los soldados

Cumplida la obra de los judíos, y también la de Pilato, Jesús pasó a las brutales manos de los soldados romanos. Estos hallaron placer en cumplir la voluntad de los hombres responsables de un crimen sin nombre ante el cielo y la tierra.

Cuando oyeron que Jesús era acusado de ser el rey de los judíos, lo vistieron de púrpura –color de las vestiduras reales–, hicieron una corona de espinas y se la pusieron en la cabeza. Luego, en señal de burla, lo aclamaron como rey, golpearon su cabeza con una caña, lo escupieron y le rindieron homenaje de rodillas. Como animales salvajes que juegan con sus víctimas, la criatura caída halló placer en burlarse de su Creador, quien se hizo hombre en este mundo para salvarla. ¡Con cuánta belleza se manifiesta el amor de Jesús en medio de esta escena en la que, como víctima voluntaria y siervo perfecto, el Salvador del mundo permite que la obra que ha emprendido llegue hasta el final!

Después de burlarse de Jesús, los soldados le devolvieron sus vestidos, de los cuales lo habían desnudado para vestirlo de púrpura, y lo sacaron de la ciudad para crucificarlo. Obligaron a Simón, “padre de Alejandro y de Rufo” (v. 21), a llevar la cruz en la que Jesús debía ser clavado. Se puede suponer que Alejandro, a quien vemos con Pablo en Éfeso (Hechos 19:33), y Rufo, el “escogido en el Señor” (Romanos 16:13), son los hijos del mismo Simón. Cuando Marcos escribió su evangelio, estos dos hombres eran conocidos por él y por los hermanos. Esto sugiere que Simón

y sus hijos continuaron llevando la cruz de Jesús, como dice en Marcos 8:34. Cuando llegaron al lugar del suplicio, llamado Gólgota, palabra que significa «lugar de la calavera», los soldados quisieron dar a Jesús vino mezclado con mirra, una bebida que tenía cierta propiedad narcótica y que se daba a los crucificados para aliviar los primeros dolores. Jesús no lo tomó. Quería soportar todo y encontrar ayuda solo en el gozo de la comunión con su Padre. En medio de los sufrimientos que soportó por parte de los hombres, él nunca fue abandonado por Dios.

Después de crucificarlo, los soldados se repartieron las vestiduras de Jesús, cumpliendo las Escrituras, sin saberlo (Salmo 22:18). Era la hora tercera (nueve de la mañana según nuestra forma de contar el tiempo). Encima de la cruz fue colocada una inscripción que indicaba el motivo de la acusación: “El Rey de los judíos”. A cada lado fue crucificado un ladrón. Allí también se cumplió la Escritura que dice:

Fue contado con los pecadores (Isaías 53:12).



Expuesto a los insultos de todos

Cuando los soldados terminaron su cruel trabajo, Jesús fue expuesto, durante las siguientes tres horas, a los insultos de todas las clases sociales, desde los líderes del pueblo hasta los ladrones crucificados a su lado. Los que pasaban por allí lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo: “¡Bah! tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y descende de la cruz” (v. 29-30). Queridos lectores, sabemos lo que hubiera sido de nosotros si nuestro precioso Salvador hubiera usado su poder para descender de la cruz: el juicio que Jesús iba a soportar de parte de Dios hubiera sido nuestra parte durante la eternidad. Una vez más, su perfecto amor lo mantuvo en la cruz. Él quería glorificar a Dios sufriendo Su ira contra nuestros pecados, para que Su amor pudiera ser conocido por aquellos que solo merecían el juicio. “También los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar” (v. 31). Y precisamente, fue para salvar a otros que permaneció colgado en la cruz, sufriendo todos los dolores de la crucifixión. Y más aún, los dolores morales con los que su corazón perfecto fue torturado en un momento en que los hombres no le escatimaron ninguna afrenta: la “cuadrilla de malignos”, los “toros de Basán”, el “león rapaz y rugiente”, los “perros”, de los cuales habla el Salmo 22. A Cristo no se le escatimó nada; en su vida y en su muerte sufrió todo lo que se puede sufrir, no solo para salvar, sino también para poder compadecerse de sus redimidos, cuando estos pasen por el sufrimiento.

“El Cristo, Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, para que veamos y creamos” (v. 32), añadieron los sacerdotes. Si Jesús hubiera descendido de la cruz, habría sido inútil creer en él; porque la fe en un Cristo muerto y resucitado es la que salva, y no la fe en un Cristo que no hubiera pasado por la muerte. Por eso Jesús dijo a los judíos: “Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros” (Juan 6:53). La carne y la sangre separadas significan la muerte. Los padres pudieron haber sido liberados cuando clamaron a Dios (Salmo 22), pero si Jesús hubiera sido liberado de la cruz antes de la muerte, nosotros nunca habríamos sido liberados. Como el siervo hebreo, tipo de Cristo decía:

Yo amo a mi señor, a mi mujer y a mis hijos, no saldré libre
“ (Éxodo 21:5),

así también, por amor a su Dios y Padre, a quien quiso glorificar en la cruz, y por amor a todos sus redimidos, Jesús no quiso usar el derecho que tenía a escapar de la muerte, porque no tenía ninguna obligación de hacerlo por sí mismo. Él vino para hacer la voluntad de su Padre; no quiso evitarla; fue hasta el final, para recibir la liberación de Dios mismo cuando todo estuviera cumplido. Fue lo que tuvo lugar plenamente por medio de la resurrección.

Las tres horas de oscuridad

Hemos seguido a Jesús en las diversas etapas desde su arresto. Compareció ante el Sanedrín, ante Pilato; pasó por las manos de los soldados; estuvo expuesto en la cruz desde la hora tercera hasta la sexta –desde las nueve de la mañana hasta el mediodía–, soportando los insultos y burlas de todos, e incluso las injurias de los ladrones crucificados a su lado. Los hombres cumplieron su obra de odio contra su inocente víctima, el hombre manso y humilde de corazón, que era como una oveja muda delante de los que la trasquilan (Isaías 53:7). Ahora comienza otra escena:

“ Cuando vino la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena (v. 33).

Este fue el momento en que Jesús, cargado con nuestros pecados, sufrió el juicio de Dios en lugar de los culpables. Es imposible dar una descripción de lo que sucedió durante esas tres horas de sufrimiento indecible que Jesús soportó. Nuestro Salvador estaba solo bajo el peso de nuestros pecados.

“ Y a la hora novena Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, Eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (v. 34).

Este grito solo expresa lo que sucedió durante esas tres horas de oscuridad que envolvieron la tierra. Separado de Dios por nuestros innumerables pecados, identificado con el pecado, porque la Biblia dice que “por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21), Jesús vio alejarse de él el rostro del Dios tres veces santo, cuyos ojos son demasiado puros para ver el mal. En ese momento único en la eternidad, él cumplía lo que era en figura la víctima por el pecado, en servicio levítico, sacrificio que no subía ante Dios como un perfume de olor grato, sino que se quemaba fuera del campamento (Levítico 4:12). No alcanzamos a sondear lo que sucedía en el alma pura del Salvador; era infinito, divino, eterno. En Getsemaní, la anticipación de esa hora, cuando Jesús bebió la copa de la ira de Dios, le había producido una angustia indescriptible y un sudor que era como gotas de sangre, pero aquí estaba la realidad, lo que corresponde al castigo eterno que el creyente tendría que haber sufrido, abandonado por Dios. Allí, como vimos en Mateo, tuvo lugar la expiación por el pecado. En virtud de lo que sucedió durante esas tres horas de tinieblas, todo el que cree tiene la vida eterna. Hasta la hora sexta, Jesús sufrió por parte de los hombres; estos sufrimientos tienen como consecuencia los juicios de Dios sobre ellos. Pero desde la hora sexta hasta la novena, Jesús soportó los sufrimientos expiatorios que Dios infligió a su santo Hijo contra el pecado. Las consecuencias son la salvación, la paz, la liberación del juicio, el perdón de los pecados para el creyente. El Salmo 22 describe estas consecuencias como una bendición, desde el momento en que se realiza la obra, ya que Jesús ha sido liberado de los “cuernos de los búfalos” (v. 21), figura de la muerte. Desde entonces, Dios tiene plena libertad para perdonar. Él hace proclamar su salvación hasta los confines de la tierra.

Algunos de los que presenciaron esta escena solemne, única y misteriosa, oyendo el clamor de Jesús, lejos de comprender lo que estaba sucediendo, sin entender su lenguaje, dijeron: “Mirad, llama a Elías. Y corrió uno, y empapando una esponja en vinagre, y poniéndola en una caña, le dio a beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarle” (v. 35-36). Hasta el final, el hombre muestra su bajeza, su dureza y todo lo que brota del corazón alejado de Dios, que no quiere nada de Dios, y que cuando él vino en gracia para visitarlo, solo vio en Cristo un objeto de odio. Sin embargo, el amor perfecto se manifestó en su máxima expresión en la persona del Crucificado; pero el hombre no lo vio y, en cuanto lo vio, no lo quiso.

La muerte de Jesús

La obra estaba cumplida, Jesús no tenía nada más que hacer en la cruz. En plena posesión de sus fuerzas, lanzó un fuerte grito y exhaló. Este último acto de su vida fue un acto de obediencia, como todo lo que había hecho hasta entonces. Él dio su vida por obediencia. Había dicho a sus discípulos: “Por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar. Este mandamiento recibí de mi Padre” (Juan 10:17-18). Jesús no murió como mueren los hombres, como resultado de un daño en los órganos vitales, por enfermedad, debilidad o por cualquier otro motivo; su muerte no fue el resultado del maltrato que había sufrido, ni de la tortura de la cruz, como muchos creen. La muerte de Jesús proviene de su obediencia, cuando todo estaba cumplido. No obstante, los hombres son responsables de su muerte; lo entregaron a Pilato para que lo matara. Este acto habría provocado la muerte de Jesús, si él no hubiera sido el Hijo de Dios. Los judíos y los gentiles son culpables de la muerte de Jesús. Pero por encima de esta escena visible, estaba la ejecución del consejo de Dios. Una obra divina de justicia y amor se realizaba paralelamente a la obra del odio y del pecado del hombre.

En el momento en que Jesús expiraba, el velo del templo se rasgó en dos, desde arriba hasta abajo. Con este acto sorprendente Dios mostraba que el camino nuevo y vivo estaba abierto al pecador hasta su santa presencia. Por la fe en la obra expiatoria de Cristo, todos los hombres pueden entrar en la presencia de Dios, porque el pecado que los mantenía alejados de ella acababa de ser expiado, y el juicio era cosa del pasado. Desde entonces el creyente tiene

“ Libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne (Hebreos 10:19-20).

¡Cuán digna de Dios es una obra así, y cuán extrañamente contrasta con la de los hombres! Cristo fue el medio para manifestar el amor de Dios y, al mismo tiempo, para mostrar el odio de los hombres.

Sorprendido por el hecho de que Jesús hubiera muerto en plena posesión de sus fuerzas, en lugar de sucumbir después de una larga agonía, el centurión que estaba presente dijo: “Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios” (v. 39). Frente a la manifestación de tal poder de vida, este

pagano vio el origen divino de tal hombre, porque una muerte así no tiene nada en común con la de un mortal. Sin embargo, Jesús era un hombre. El misterio de la encarnación permanece hasta el final. Jesús era Dios y hombre a la vez; esto lo hizo capaz de realizar la obra de la redención.

Las mujeres piadosas también fueron testigos de la muerte de su Señor. Lo habían seguido desde Galilea hasta la cruz; su amor por él no les había permitido huir. Como lo siguieron y le sirvieron en la humillación, tendrán una hermosa parte en la gloria con su Señor. En el ámbito divino, la humillación precede a la gloria; pero si tenemos una parte en la gloria con Cristo, es porque él la adquirió para nosotros; todo será gracia eternamente.

Sepultura de Jesús

Isaías había dicho:

“ Se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte
(Isaías 53:9).

Esta palabra debía cumplirse. Cuando llegó la noche, un hombre rico llamado José, de la ciudad de Arimatea, un consejero honorable que también esperaba el reino de Dios, fue y pidió a Pilato el cuerpo de Jesús. Pilato se sorprendió; apenas podía creer que Jesús ya estuviera muerto. No confiando en la palabra de José, llamó al centurión para averiguar si el hecho era real. Cuando el centurión lo confirmó, Pilato entregó el cuerpo de Jesús a José. De otra manera, como había dicho el profeta, su tumba estaba con las de los impíos, porque los crucificados eran enterrados en el cementerio común y no en tumbas excavadas en la roca. José quería evitar este deshonor para Aquel cuyo reino estaba esperando. Compró un sudario nuevo, envolvió el cuerpo de Jesús y lo puso en su tumba; luego hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro, la cual sirvió de puerta. María Magdalena y María la madre de José, quienes se hallaban entre las mujeres que vinieron de Galilea, observaban dónde ponían el cuerpo de su Señor, para poder embalsamarlo después del sábado.

Marcos es muy conciso en este relato, como en el de la crucifixión y, además, en todo su evangelio, porque el Espíritu de Dios no se aparta de lo que caracteriza la presentación de Jesús como Profeta y Siervo. Todo se relata con sencillez, pero con toda la dignidad que exige la persona del Hijo de Dios, quien se hizo hombre para servir aquí en la tierra, y que, aun en la gloria, seguirá siendo el glorioso servidor de los que le sirvieron (Lucas 12:37).

Capítulo 16

Alrededor de la tumba

El sábado había pasado, un gran día para los judíos ese año, porque había sido precedido por la pascua. A partir de entonces, ni el sábado ni la pascua tendrían ningún valor. El verdadero Cordero de Dios había cumplido definitivamente la pascua, y el sábado, símbolo del descanso en el cual Dios quería introducir al hombre, ya no era posible sobre la base de la ley. Cristo vino bajo la ley, y después de su muerte pasó ese sábado en el sepulcro. Él era, como dice Pablo, “el fin de la ley” (Romanos 10:4). Todo el sistema legal había sido, por así decirlo, sepultado con Cristo. Una nueva economía comenzaría con la resurrección del Señor Jesús.

Muy temprano por la mañana, el primer día de la semana –el primero de todos los domingos–, María Magdalena, María la madre de Santiago, y Salomé, fueron al sepulcro a llevar las especias que habían comprado para embalsamar el cuerpo de la persona que les era tan querida. Ellas se preguntaban quién les removería la gran piedra que cerraba la entrada al sepulcro; pero cuando llegaron se dieron cuenta de que ya había sido removida. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven vestido con una túnica blanca, sentado a su derecha. Ellas se asustaron, pero él les dijo: “No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos, y a Pedro, que él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como os dijo. Y ellas se fueron huyendo del sepulcro, porque les había tomado temblor y espanto; ni decían nada a nadie, porque tenían miedo” (v. 6-8).

Marcos solo menciona la venida de las mujeres al sepulcro, su encuentro con el ángel y el mensaje que debían llevar a los discípulos, para recordarles lo que Jesús les había dicho (capítulo 14:28). Mateo da más detalles sobre este tema. Sin embargo, en este relato de Marcos tenemos un detalle que no se encuentra en ninguna otra parte: el ángel mencionó particularmente a Pedro: “Decid a sus discípulos, y a Pedro” (v. 7). En esto se muestra de manera conmovedora el amor del Señor por su pobre discípulo. Pedro debía estar inmerso en un dolor muy comprensible, al recordar que había negado a Jesús –su último acto hacia su Señor y Maestro– y la mirada que encontró en el tribunal del sumo sacerdote. Por eso la mención de su nombre en el mensaje a los discípulos debería consolarlo y hacerle entender que Jesús no lo había negado. Si el mensaje se hubiera dirigido simplemente a los discípulos, sin mencionar a Pedro, este podría haber dicho: «Yo no debo contarme más entre los discípulos, porque negué a mi Maestro». Pero el Se-

ñor se ocupó especialmente de su discípulo, a fin de levantarlo y restaurarlo con miras al servicio que quería confiarle. En Juan 21:15-20 vemos cómo lo hizo. El apóstol Pablo cita a Pedro como uno de los testigos de la resurrección del Señor: “Y... apareció a Cefas” (1 Corintios 15:5).

Encuentro de Jesús con los suyos

En el resto del capítulo Jesús se da a conocer a los suyos. Primero se apareció a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. En Juan 20:1-18 la vemos llorando en el sepulcro. Objeto de una liberación tan maravillosa, su corazón estaba profundamente dolido al pensar que no volvería a ver a su Señor. Él lo sabía. Ocupado de ella, como de Pedro, respondió a su ardiente afecto manifestándose primero a ella. Jesús resucitado se ocupa completamente de los suyos; los tiene presentes ahora que su servicio en el mundo ha terminado; esto es lo que siempre ha hecho desde la gloria:

Viviendo siempre para interceder por ellos (Hebreos 7:25).



María fue a decir a los discípulos que Jesús estaba vivo y que ella lo había visto; pero ellos no le creyeron. Aunque a menudo él les había hablado de su resurrección (cap. 8:31; 9:9, 31; 14:28), ellos no habían creído. Solo podían creer en Jesús como un Mesías vivo, estableciendo su reino. Muchas verdades en la Palabra permanecen oscuras para nosotros, porque queremos acomodarlas a nuestro propio pensamiento, en vez de dejar que nuestros pensamientos sean formados por ellas.

“Después apareció en otra forma a dos de ellos que iban de camino, yendo al campo” (v. 12). En Lucas 24:13-35 tenemos el relato de esta reunión. Ellos dijeron a los otros discípulos que habían visto al Señor, pero tampoco les creyeron. “Finalmente se apareció a los once mismos, estando ellos sentados a la mesa, y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no habían creído a los que le habían visto resucitado” (v. 14). Sin embargo, Jesús les encargó la tarea de anunciar el Evangelio a toda la creación. Estos pobres discípulos se mostraron poco capacitados para cumplir tal misión, pero Jesús lo sabía. Al principio él les había dicho: “Haré que seáis pescadores de hombres?” (cap. 1:17). Solo él podía capacitarlos para ello, y lo hizo. Jesús les dijo: “El que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado” (v. 16). El tema del Evangelio es la obra que Dios realizó en la cruz. El pecador debe aceptarla creyendo que esta obra fue hecha por él. El que cree es salvo; nace de nuevo. Judío o gentil, se convierte en otro hombre, es decir, en un cristiano. Los que se convertían por medio del mensaje de los apóstoles

debían demostrarlo públicamente a través del bautismo. El bautismo es una figura de la muerte de Cristo, la cual libera del pecado, del mundo, y nos introduce en la casa de Dios. Como testimonio, esta casa ha reemplazado a Israel, el pueblo terrenal de Dios. Así, la fe salva, y el bautismo introduce en el testimonio de Dios en la tierra. El que se bautiza profesa que la muerte de Cristo lo sacó del estado antiguo en el cual se encontraba según la naturaleza, y que ahora es parte de la casa de Dios en la tierra, donde Dios habita por su Espíritu. En relación con este nuevo estado, los misioneros dan un nuevo nombre a los paganos convertidos que bautizan; ellos pierden, en ese momento, incluso el nombre que se unía a su antiguo estado.

La travesía del mar Rojo es un ejemplo muy claro del significado del bautismo. Los israelitas pasaron por él, no para que el ángel destructor no los alcanzara (la sangre del cordero los había preservado), sino para ser liberados de Egipto y de su príncipe, figura del mundo y de Satanás, su jefe, y para ser introducidos, no en Canaán, sino en el desierto donde Dios moraría con ellos. Él quería que ellos estuvieran completamente separados del mundo. La sangre del cordero pasual expía el pecado; el paso por el mar Rojo libera del mundo. Por eso Jesús añade: “El que no creyere, será condenado” (v. 16). La fe en la eficacia de su sangre es la que salva.

Al comienzo de la predicación del Evangelio entre los judíos –enemigos de Cristo– y los gentiles –inmersos en las tinieblas de la idolatría bajo el poder de Satanás– era necesario demostrar el poder divino que acompaña la predicación de la Palabra y que se manifiesta en los que creen. Por eso Jesús dijo a sus discípulos: “Y estas señales seguirán a los que creen: En mi nombre echarán fuera demonios; hablarán nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán” (v. 17-18). Todas estas señales mostraban la victoria de la gracia sobre el poder de Satanás, bajo el cual yacía el hombre, ya que el diablo, la serpiente antigua, había sido vencida por Cristo en la cruz. Las nuevas lenguas están relacionadas con la proclamación del Evangelio a todos los pueblos, divididos como resultado del pecado cometido durante la construcción de la torre de Babel. Todo en este pasaje nos habla del triunfo de la gracia.

Estas señales no se ven más en la Iglesia. El Señor no dijo que permanecerían hasta el fin. En Mateo 28:20 Jesús, después de dar órdenes a los discípulos, les dice lo que permanecerá hasta el fin: él mismo. “He aquí yo estoy con vosotros... hasta el fin del mundo”. Si los creyentes ya no tienen el poder para hacer milagros hoy, es porque estamos al final de la historia de la Iglesia en la tierra, y estas señales fueron dadas para el establecimiento del cristianismo.

Lo que ahora caracteriza a los creyentes fieles no es el poder, sino la debilidad y la obediencia a la Palabra de Dios, en medio de la cristiandad que reclama el nombre de Cristo, pero que no se preocupa por obedecer su Palabra, sino que ambiciona el poder. Si tuviéramos el poder para hacer milagros, lo usaríamos con orgullo; nos creeríamos muy importantes y descuidaríamos los verdaderos intereses del Señor, olvidando que la obediencia es la que lo honra.

Después de hablar con sus discípulos, el Señor fue alzado al cielo, y

Se sentó a la diestra de Dios (v. 19).

“

Habiendo terminado su obra, el Siervo perfecto podía tomar el lugar de descanso y honor a la diestra del Dios cuya voluntad acababa de hacer.

El relato de Marcos termina con un pasaje que muestra una vez más lo mucho que el servicio caracteriza este Evangelio: “Y ellos, saliendo, predicaron en todas partes, ayudándoles el Señor y confirmando la palabra con las señales que la seguían” (v. 20). Los discípulos emprendieron diligentemente su trabajo, y el carácter del servicio del Señor aparece nuevamente aquí: “ayudándoles el Señor”.

Queridos lectores, que todos nosotros podamos sacar de este Evangelio –que acabamos de estudiar con gran debilidad e ignorancia– algo de su rasgo característico, tal como podemos verlo en la persona de Jesús, quien sirvió perfectamente a Dios su Padre, dejándonos un modelo para que lo sigamos.

Uno de los principales elementos del servicio es la consagración, cualidad de la que carecemos en este siglo. Cada uno busca su propia comodidad, satisfacción y bienestar. La devoción no se puede ejercer sin renunciar a uno mismo; solo el amor debe ser la fuente de ella, porque el amor siempre piensa primero en los demás, nunca busca su propio interés. Este amor fue el que Jesús manifestó cuando dejó la gloria y vino a este mundo, no para ser servido, sino para

Servir, y para dar su vida en rescate por muchos (cap. 10:45).

“

Si pensamos en él, sabiendo que vino a este mundo por nosotros, para sufrir todo lo que soportó a lo largo de su camino y en la cruz, comprenderemos que nuestra actividad debe tenerlo como modelo y como motivo, para que por él podamos renunciar a muchas cosas y seguir sus pasos,

con el corazón lleno de su amor. El apóstol Pablo dice: “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron... para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14-15). Para ello obviamente es necesario tener la vida de Dios.

En los tiempos difíciles a los que hemos llegado, todo nos muestra la cercanía de la venida del Señor. Por eso es importante que todos tengamos esta preciosa y solemne verdad ante nosotros: honrar al Señor con la obediencia a su Palabra, la dedicación a su servicio, separados del mundo en cualquier forma que se nos presente. Que los que aún no se han convertido vayan sin tardar a Aquel que, en los últimos días, todavía extiende sus brazos, diciendo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28). “El que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente” (Apocalipsis 22:17). El Señor termina su Palabra diciendo: “Vengo en breve”. Que todos podamos responder: “Amén; sí, ven, Señor Jesús” (Apocalipsis 22:20).